

LAS FUERZAS DÉBILES



MAR CAJAL

CONTENIDO

[Derechos de Autor](#)

[Dedicatoria](#)

[LAS FUERZAS DÉBILES](#)

[PRÓLOGO](#)

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Esto no ha hecho más que empezar...](#)

[Acerca del autor](#)

[Otras obras de Mar Cajal](#)

Derechos de autor© 2026 @Mar Cajal Todos los derechos reservados

Los personajes y eventos que se presentan en este libro son ficticios. Cualquier similitud con personas reales, vivas o muertas, es una coincidencia y no algo intencionado por parte del autor.

Ninguna parte de este libro puede ser reproducida ni almacenada en un sistema de recuperación, ni transmitida de cualquier forma o por cualquier medio, electrónico, o de fotocopia, grabación o de cualquier otro modo, sin el permiso expreso del editor.

Diseño de la portada de: Shema Vallejo

A Papá y Mamá

LAS FUERZAS DÉBILES

Mar Cajal

PRÓLOGO

*KONSERTHUSET STOCKHOLM.
JUEVES, 10 DE DICIEMBRE DE 2026.*

Fabrice ensayó un par de posturas frente al espejo de cuerpo entero de su camerino. Su mirada se centraba en la franja de la cintura a la rodilla. No temía que le hiciera bolsas donde no debía, el frac le quedaba como un guante; su preocupación venía del minúsculo detonador alojado en el bolsillo de la derecha.

«Toc, toc». Unos nudillos golpearon suavemente la puerta.

—Diez minutos, doctor Flamcourt —anunció una voz de mujer con la misma medida con que había llamado.

Una gota de sudor se deslizó por la columna de Fabrice. Alojó la lengua en la parte superior del paladar y con las pupilas buscó la parte de atrás de la cabeza. Cuando el pequeño espacio entre sus pestañas solo mostró una esfera blanca, respiró hondo. Tras varias inspiraciones y expiraciones, a pesar de seguir de pie, los músculos se relajaron.

Hacía tiempo que no necesitaba la posición del loto para alcanzar cierto grado de semiconsciencia. Ni en la entrevista para la revista *Nature*, ni en la sesión de fotos posterior, ni en la rueda de prensa nada más conocerse los Premios Nobel 2026 había sudado. En cambio, lo que ahora guardaba en el bolsillo del pantalón le perlaba la espalda de gotitas frías. Por eso, aunque lo sabía en los cuatro idiomas que hablaba, ensayó frente al espejo en su lengua materna:

—*Bêtise humaine. «Humaine» est de trop: il n'y a que les hommes qui soient bêtes.*

Lo repitió varias veces en distintos idiomas, pero seguía tenso. Pensó en la mujer que había llamado hacía unos segundos a la puerta; por las miradas que le dirigía, él sabía que haría lo que fuera por complacerle y no solo en el aspecto formal y científico. De rodillas y con un poco de entusiasmo, tenía tiempo para un apaño antes de salir a recoger el premio.

Negó con la cabeza. Aquello era una primitiva y eficiente forma de relajación, pero había tomado la determinación de que nada lo distrajese.

Con los primeros compases del himno de Suecia resonando en el auditorio, Fabrice salió al pasillo, donde el resto de galardonados mantenían una ordenada fila. La mujer del comité organizador le hacía gestos con la mano, ya que su sitio era el primero, el segundo si contaba a la chica de la banda azul que abría la comitiva.

Comenzó el desfile antes siquiera de que hubiera reconocido con la mirada al resto de premiados. Cuando todos llegaron al escenario principal, efectuaron un teatral rodeo antes de saludar a los monarcas suecos.

Después, Fabrice centró la mirada en los ojos de la reina. Fueron solo unas décimas de segundo, pero su intensidad consiguió que Silvia de Suecia se revolviera en la silla. En la fila de atrás, las cejas de la princesa Victoria también se alzaron; no había perdido detalle del intercambio de su madre con el apuesto científico.

La satisfacción de Fabrice por la conquista se trasladó a su rostro. Cuando las cámaras de televisión ofrecieron un primer plano del galardonado con el Nobel de Física, él, sentado ya, todavía sonreía.

Esperó a que pasara la comitiva por delante y, cuando el resto de premiados se acomodaban en sus asientos, echó un vistazo al patio de butacas. No tardó en divisar la gran cabeza de Pedro Gutiérrez sobresaliendo desde la quinta fila. El frac no le abrochaba y la frente le brillaba de sudor. No podría mantener una conversación con ninguno de sus vecinos a menos que fuera en español, pero allí

estaba, buscando las cámaras, esperando que alguna le enfocara. Aquel gordo era el centro de la diana, pero esperaba que no se salvara ni uno solo de sus otros invitados.

Unas filas más atrás, junto al pasillo de la izquierda, más seca que una pasa, se encontraba Silvie Darras. Al verla, un leve escalofrío le recorrió la espalda. No había pensado en ella en muchos años, pero cuando en la rueda de prensa uno de los periodistas sacó a relucir esa parte de su pasado, la incluyó en su lista de invitados.

Antes de terminar la ronda, divisó la cabeza de Robert y la de Pier, lo que le confirmó que ninguno de aquellos estúpidos se había planteado el motivo de la invitación.

Probablemente, a los miembros de la organización les extrañó que no empleara ninguna de las invitaciones de las que disfrutaban los galardonados para que asistieran su mujer e hijos, pero su exquisita educación les impidió preguntar.

Fabrice retornó la atención al escenario, donde una de las profesoras de la Fundación Alfred Nobel continuaba con las alabanzas a su trabajo. Por el tono de voz, estaba llegando al final.

Ese pensamiento le disparó el pulso. Cerró los ojos e intentó contener el caudal de adrenalina que se vertía en su torrente sanguíneo. Ensayó unas respiraciones y consiguió que su ritmo cardíaco bajara una decena de pulsaciones. Cuando volvió a abrir los ojos, el rey Carlos XVI Gustavo de Suecia se incorporaba de su silla; no había sido consciente de que había terminado el discurso y de que su nombre había vuelto a pronunciarse.

Se levantó con un movimiento fluido que lo situó frente al monarca. «*Bêtise humaine...*», comenzó a recitar en su cabeza mientras recogía el galardón. En la segunda reverencia, mientras daba la espalda al público, sintió una pereza inmensa. En contraste, su corazón latía a doscientas pulsaciones.

En ese instante, cambió de planes: no exclamaría nada. Aunque perdía gran parte del gancho televisivo, los hechos hablarían mucho mejor que sus palabras. Mientras se giraba hacia el público, Fabrice introdujo la mano derecha en el bolsillo. Escuchó un clic y, una milésima después, el patio de butacas saltaba por los aires.

CAPÍTULO 1

DOMINGO

El teléfono vibró sobre la mesilla de noche. Una, dos, tres, cuatro, cinco veces... Marek lo cogió cuando estaba a punto de caerse. Un número oculto aparecía en la pantalla. El corazón empezó a latirle con fuerza, pero cuando comprobó que su hijo dormía a su lado, se serenó.

—*Cześć*—contestó de forma pastosa.

—Hola —La voz tras el número oculto era de mujer.

—*Powiedz?* —murmuró, todavía ubicándose. No hacía ni un par de semanas que se había trasladado a ese piso de alquiler y todavía le resultaba extraño despertarse en aquel dormitorio.

—*Marek... Marek Kraszewski?*

—*Yeah* —contestó él tras un carraspeo.

—Hola, soy Flavia Amato, de la Europol.

Por toda contestación, Marek se volvió a aclarar la garganta mientras su cerebro hacía la transición del polaco al inglés.

—Marek, mañana debe presentarse a su responsable directo... Ehh... —Al otro lado del teléfono se oyeron unos papeles—. Kaspar Niemic, ¿no?

—Sí.

—Él tendrá toda la documentación para firmar.

—¿De qué me está hablando?

—Hace trece meses usted tramitó una solicitud para unirse a Europol, ¿sí o no?

—Ehh, yo... sí.

—Considere aceptada su solicitud. Mañana a las siete de la mañana le esperamos en la oficina central.

—¿Cómo? ¿Dónde?

—Oficina central de Europol, La Haya. Es policía, sabrá encontrarla.

—OK, de acuerdo —contestó de forma automática.

—Ah... y, Marek, bienvenido al equipo.

Antes de que pudiera agradecer la extraña bienvenida, la llamada se cortó.

Marek se restregó los ojos a la vez que se incorporaba en el borde de la cama. «*Flavia Amato*» escribió en la aplicación de notas de su móvil. Antes de que se apagara la pantalla, el resplandor de la luz azulada le mostró a Bazily durmiendo plácidamente. Resopló de forma audible. Cuando su hijo despertara, tendría que darle la noticia.

Un niño de cuatro años no entendería por qué una llamada podría arruinarle el domingo que había planeado con su padre, primos y amigos en el parque Bielansko-Tyniecki. «A la mierda —pensó—, el domingo lo paso con Bazily». Buscaría un vuelo que saliera por la tarde, costara lo que costara y aunque tuviera que hacer escalas.

El reloj del móvil marcaba las 5:48. Buscó la diferencia horaria entre La Haya y Cracovia: ninguna. ¿A qué venían entonces las prisas?

Flavia Amato comprobó que la dirección de Fiona Magee, vicedirectora de la Europol, estaba actualizada —por seguridad, los dominios de correo electrónico de lo alto del escalafón cambiaban con frecuencia— y envió su escueto mensaje.

El reloj de la pantalla marcaba las 6:05, hora del primer *capuccino* del día. Técnicamente era el segundo, ya que a la 1:30 la máquina a la que se dirigía entre bostezos ahogados le había servido el último. En su camino, saludó a alguno de los rostros diseminados por las mesas de la amplia estancia. El gesto era

devuelto por miradas tan vidriosas como la suya, venitas dibujando líneas caprichosas sobre el lienzo de la esclerótica.

Al entrar en la sala de descanso, encendió su móvil personal y, cuando la máquina le indicó que su café estaba listo, quince mensajes esperaban para ser leídos. Los diez primeros eran del grupo de *running*; habían quedado a las 9:30 para hacer una tirada larga aquella mañana de domingo.

Los cinco siguientes, más una llamada perdida, eran de Nathaniel: propuestas para el sábado noche. Justo por eso decidió apagarlo la tarde anterior, no sabía cómo dar respuesta a aquellos mensajes. Desde que el jueves había estallado la bomba en la entrega de los Premios Nobel, su vida era más caótica que de costumbre.

Con el primer sorbo de *capuccino*, comenzó a redactar un mensaje de disculpa para Nat. El brebaje hizo su magia y el texto comenzó a fluir, pero antes de enviarlo sonó su móvil del trabajo: era Fiona Magee.

—Buenos días. ¿Qué haces trabajando a estas horas? —preguntó la vicedirectora de la Europol.

—Buenos días. Podría hacerte la misma pregunta... —contestó Flavia.

—Yo tengo excusa, Julie ha pasado toda la noche vomitando.

—Vaya, pobrecita, ¿qué le pasa?

—Es uno de esos virus, pero creo que ya pasó; no tiene fiebre y se ha quedado dormida en mi regazo, sitio del que no tengo ninguna intención de moverla. Mi hijo vendrá a buscarla en unas horas y, aunque esté revisando correos electrónicos, voy a aprovechar cada minuto de contacto. Y tú, ¿qué excusa tienes para estar trabajando un domingo a estas horas? Por favor, dime que has pasado una noche de pasión desenfrenada que te ha disparado la adrenalina y no puedes dormir.

—Me temo que la noche de desenfreno la he pasado en compañía de la física cuántica..., y sigo sin entender nada —respondió Flavia; pensaba en los mensajes ignorados de Nathaniel. Tal vez pudiera hacerle una visita en un rato, cuando aún estuviera

durmiendo, y comprobar si seguían en pie sus ofertas de la víspera. La idea era apetecible, seguro que después de eso se relajaría.

—Flavia, esto es una carrera de larga distancia, te necesito descansada. Sin esparcimiento, las neuronas se cortocircuitan.

—He pasado por el piso, he dormido unas horas y me he dado una ducha; estoy bien. Además, como habrás leído en el correo, los refuerzos vienen de camino. Marek Kraszewski estará en la reunión del lunes a primera hora. Le estoy preparando un dossier para que se ponga al día lo antes posible.

—De acuerdo, para entonces ya estará colgado el informe completo del equipo de Craston. Por lo que me han adelantado, tienen el alias del tipo que ayudó a escapar a Fabrice en Estocolmo. Se hace llamar Mijaíl Bajtín. O es un tío culto o quiere parecerlo. ¿Qué me dices de la científica española?

—No lo sé, me estoy empapando de informes que no consigo entender, pero... —Flavia suspiró—. A ver, es la única del grupo de investigación que no asistió a la gala; intuyo que fue pareja de Fabrice Flamcourt, pero en las entrevistas este no la menciona nunca. Hace nueve años dejó un alto puesto en la Agencia Espacial Europea para dedicarse al cultivo de hortalizas y plantas aromáticas... Raro, ¿no?

—Raro no es sospechoso, querida. Ahora mismo la entiendo perfectamente, no veo el momento de jubilarme.

—No sé, Fiona, no sé... Esta tarde te paso un informe con todo lo que tengo y tú decides.

Flavia escuchó unos gorgojeos entrecortados que indicaban que el sueño de la criatura que dormía en el regazo de Fiona se estaba alterando.

—De acuerdo, te digo algo esta noche —contestó la vicedirectora susurrando—. Adiós.

Flavia se llevó el café a su mesa a la vez que pensaba en el esparcimiento que le había recomendado Fiona. Un par de horas de trabajo más y se calzaba las zapatillas y se iba con el grupo de *running*, algo efectivo para relajarse y menos complicado que la visita a Nathaniel, procrastinada una vez más.

En un pasillo subterráneo, en algún lugar de la meseta central rusa, Fabrice miraba el ir y venir de cinco batas blancas a través de la cristalera: dos frente al microscopio, una en la cabina de flujo laminar y las dos restantes, dándole la espalda, centradas en un monitor.

Como si sus ojos emitieran infrarrojos, bastaron apenas unos segundos para que una de las figuras frente al monitor, la que correspondía con la portadora de una coleta larga y rubia, tensara su nuca antes de girarse. Su compañero de taburete le señalaba entusiasmado un punto de la gráfica, pero Lindsay Hargrave ya no prestaba atención, sus ojos azules chisporroteaban ante la imagen de Fabrice al otro lado de la cristalera. En un rápido movimiento, las gafas abandonaron su rostro para quedar alojadas en el bolsillo derecho de su bata y se dirigió hacia la puerta.

Su compañero de taburete había dejado de hablar, también se habían interrumpido las filtraciones microbiológicas y observaciones en el microscopio. Todos hicieron un alto en el trabajo para seguir con la mirada el paseo de la joven doctora hasta la puerta del laboratorio.

Cuando salió al pasillo, Fabrice la esperaba con una enigmática expresión en el rostro.

—Fue... Estuviste... —titubeó Lindsay, todavía con el pomo de la puerta en la mano— ¡impresionante! —exclamó y se abalanzó sobre el recién llegado.

Fabrice se retiró con un movimiento seco, mirando hacia los lados, y el rostro de Lindsay se tiñó de grana claro. Con un gesto de la cabeza, la dirigió al final del pasillo, donde no había cristaleras. La joven doctora apresuró el paso.

—Quítate la bata —le ordenó con mirada reprobatoria—. No querrás que se contamine con el ambiente exterior.

La joven obedeció, bajando la cabeza. Durante unos segundos, Fabrice se deleitó con las prietas formas que empezaban a adivinarse. Después, el nobel comenzó a desabrochar los primeros botones de la camisa de Lindsay y la sonrisa fue asomando al rostro

de esta. Dejó que sus dedos se movieran lentos y perezosos por el pecho, que iba quedando al descubierto, hasta alcanzar, con los dedos índice y pulgar, el pezón derecho.

Lindsay permanecía inmóvil, pero su pecho se agitaba como si acabara de ganar la final de los cien metros.

—Buenos días —susurró ella, envalentonada por la evidente erección del francés bajo el pantalón de raya diplomática.

—Llevo tantas horas despierto que para mí ya es como si fuera de noche.

—¿Desde dónde has volado hoy? —preguntó Lindsay, levantando la vista mientras le bajaba la bragueta.

—Ya sabes que no te conviene saber eso.

Ella levantó una ceja antes de recorrer con la lengua la parte externa de sus labios. Consciente del efecto que provocaba, comenzó el descenso hacia el inicio de la bragueta, prolongando el momento con ayuda de sus tonificados muslos.

El sonido de una puerta detuvo el movimiento de la mano de Lindsay cuando ya contactaba con el miembro endurecido. Fabrice se retiró con un gruñido agónico. Amortiguados por el suelo vinílico, unos pasos se acercaban. Fabrice se subió la bragueta y, un segundo después, un hombre alto y fornido, cuya imagen borrosa había copado junto con la de Fabrice los informativos de medio mundo, doblaba la esquina del pasillo.

—¿Cómo lo lleváis? —preguntó Fabrice a Lindsay, tratando de enfriar su cuerpo.

—Hemos avanzado mucho en la selectividad —contestó ella, que se abrochaba los últimos botones de su camisa—, pero todavía no conseguimos estabilidad en los recipientes unitarios.

Cuando llegó hasta ellos, el hombre conocido como Mijaíl Bajtín advirtió bajo el pantalón del francés la evidencia de lo que acababa de interrumpir, pero su rostro no mostró emoción alguna.

—¿Y las pruebas del recubrimiento epoxi? —preguntó Fabrice, que saludó la llegada de Mijaíl con un leve gesto.

—El prototipo no ha funcionado. No supera los doce minutos. El vidrio borosilicato sigue siendo la opción más económica y estable.

—El vidrio no, ya lo sabes.

—Entonces, me temo que habrá que ir al teflón.

—Bueno, pues ya estás tardando en volver a tu trabajo.

La doctora no se demoró y regresó al laboratorio con la bata en la mano.

—Tu familia está completamente vigilada —dijo Mijaíl, revelando un timbre de voz característico, un tono grave y rasgado con el que podría haberse ganado la vida en los *nightclubs* del siglo xx—, han pinchado el teléfono hasta del entrenador de surf de tu hija. Tardarás en verlos o en comunicarte con ellos una buena temporada.

—Un tiempo alejado de mi familia —murmuró Fabrice con la mirada en el ir y venir de las caderas de Lindsay camino del laboratorio. Los vaqueros se ajustaban a su trasero como hacía años que no lo hacían al de su mujer—. Lo superaré, gajes del oficio de un apuesto héroe universal —culminó con media sonrisa en los labios.

Si el comentario había hecho gracia a Mijaíl o le había molestado profundamente, no se sabría por su expresión. Fabrice llevaba varios años trabajando con él y, salvo en el lenguaje del dinero, en el que se expresaba alto y claro, no tenía ni idea de sus preferencias. Ni en los casos excepcionales, en los que se habían emborrachado juntos, le había conseguido sacar ni el nombre de su madre. Optó por suponer que su comentario le había hecho gracia.

—Está listo para enviar —añadió Mijaíl, que le tendió un iPad—. También hemos resuelto lo de la música.

La pantalla mostraba unos pocos párrafos sobre fondo blanco y el símbolo maya Muluc destacado en un grafismo impactante.

La tierra está enferma: el ser humano, con su codicia estúpida y autodestructiva, es el origen del desequilibrio.

Pero hay esperanza, somos mayoría.

Somos un ejército de ciudadanos de moral intachable, trabajadores no solo conscientes, sino respetuosos con el

resto de los seres vivos que pueblan la Tierra, cuya existencia es tan legítima como la nuestra.

Si conseguimos eliminar lo que la enferma o, por lo menos, reducirlo de una manera relevante, podremos construir un futuro sostenible, fraternal e igualitario para todos los seres vivos.

Morirán seres humanos, es un mal necesario. Todas las revoluciones han estado bañadas en sangre: uníos a esta y haremos que la única derramada sea la de las células enfermas.

El ejército universal es posible.

Contamos contigo para restablecer el equilibrio.

Fabrice amplió el último párrafo.

—«Hagamos la mejor selección natural de la historia —entonó con solemnidad—. Si quieres unirse a las células sanas para formar la nueva y verdadera civilización, sal los miércoles a la calle con un distintivo verde: camiseta, jersey, chaqueta, gorra, pañuelo o lo que quieras. Estamos en todas partes. Nos pondremos en contacto contigo».

—Serán ocho minutos, saltando de un servidor a otro en intervalos de quince segundos —le explicó Mijaíl.

—¿Por qué tanto?

—Podemos hacerlo más seguro si restringimos el número de versiones.

—Lo quiero en los ocho idiomas más hablados del mundo.

—Entonces, quince segundos y en ocho minutos se desvanecerá de todos los servidores.

—En ocho minutos será viral e irrastreable —sentenció Fabrice con una sonrisa triunfal—. Adelante.

CAPÍTULO 2

LUNES (I)

Marek cerró la aplicación del móvil justo en el momento en que esta le indicaba que había llegado a su destino. Dejó de arrastrar la maleta un instante para buscar todas las identificaciones que había traído consigo.

Al levantar la vista, el imponente edificio de la Europol le hizo pensar en lo que habían cambiado sus circunstancias personales en tan solo trece meses. Cuando solicitó el traslado al cuerpo de la policía europea, su matrimonio ya hacía aguas, pero entonces Anna estaba en el paro e instalarse los tres en Rotterdam podía ser la huida hacia delante que necesitaban. Y ahora, recién firmada la separación, con todo lo que había luchado para conseguir pasar una quincena al mes con Bazily, él ya no estaría en Cracovia. Todavía no sabía cómo iba a arreglarlo.

Sacudió la cabeza intentando alejar esos pensamientos. La gente pasaba a su lado solo con bolsos de mano o mochilas y se sintió estúpido por no haber dejado la maleta en el coche de alquiler. Pensó en volver para hacerlo, pero el reloj marcaba ya las 6:50. Después de viajar durante toda la noche, resultaría mucho más estúpido llegar tarde.

Como una especie de juego consigo mismo, Marek decidió utilizar una identificación en cada puesto. En el primero entregó el pasaporte; en el segundo, el PESEL, y al llegar al mostrador de la entrada, su placa de Polska Policja.

—Tengo una reunión con Flavia Amato. —Al pronunciar el nombre, la agente de policía del mostrador dibujó una sonrisa.

—Ahora mismo la aviso —contestó esta, descolgando el teléfono.

Marek soltó el equipaje y se recostó contra una de las columnas. La gente entraba y salía, algunos iban uniformados y otros vestían muy elegantes para ser policías. Echó un vistazo a su atuendo: sus vaqueros y camisetas nunca habían desentonado en la comisaría de Cracovia; en cambio, allí todo era nuevo y elegante. Como aquella morena en traje de chaqueta que se dirigía hacia él.

—Buenos días, Marek, soy Flavia Amato —le saludó, tendiéndole la mano con una sonrisa.

Él tragó saliva. No le había dado tiempo de rastrearla por las redes, había apurado el domingo con su hijo y después se había pasado la noche viajando. Desde luego no era lo que se había imaginado.

—Buenos días —correspondió él a su saludo.

Se miraron durante un instante, con las manos todavía entrelazadas.

—Vaya, eres alto... —añadió Flavia, recriminándose mentalmente su torpeza— y puntual —reaccionó al instante—. ¿Cómo ha ido el viaje?

—Cansado —contestó Marek de forma breve; se esforzó por evitar que su mirada se deslizara por el escote de la agente. No había dormido en toda la noche y no confiaba en poder mantener a raya el subconsciente.

—En ese caso, creo que te puedo invitar a un café. Ven, sígueme.

Flavia se giró en dirección a las escaleras, pero Marek se quedó parado y se volvió a preguntar por qué demonios no habría dejado la maleta en el coche. Ella siguió la mirada del polaco hasta entender el motivo de sus dudas.

—Ah, bueno, deja tu equipaje aquí, hay una consigna. Louise —se dirigió al mostrador—, ¿puedes ocuparte de esto?

—Por supuesto.

La agente del mostrador tecleó unos datos a velocidad de vértigo y al instante le tendió a Flavia un documento, ampliando aún más su sonrisa.

—Gracias —respondió ella con un guiño—. Listo, pues vamos.

—¿Cojo los papeles del traslado? —preguntó Marek con una carpeta de plástico en la mano—. Están todos firmados.

Flavia suspendió un segundo la mirada sobre la carpeta, lo suficiente para que Marek se sonrojara.

—Sí, he traído los papeles impresos —respondió encogiéndose de hombros. «Si tengo que ir a casa de mi jefe alcohólico un domingo por la noche, mejor ponérselo fácil», se dijo.

—Sí —se recompuso la agente—, eso tráetelo, lo escanaremos de camino. ¿Te han informado de algo?

Marek dio una gran zancada para dar caza a Flavia, que caminaba delante.

—¿Sobre qué?

—El caso, la investigación... qué estás haciendo aquí.

—¿Quién me tenía que haber informado? Solo me has llamado tú.

—Bueno, tu jefe... o el que te haya firmado los papeles.

—¿Kaspar? No, Kaspar no...

—¿Kaspar no qué?

—Me acerqué a su casa el domingo por la noche, antes de coger el avión. Fueron unos treinta segundos en el rellano de su casa; él llevaba un vaso de vodka en la mano y... no hablamos.

—Estamos en lo de los Nobel —cortó Flavia y aceleró aún más el paso—. Magee ha citado a todo el equipo a las 7:30, mejor estar unos minutos antes.

—¿Quién es Magee?

—La jefa, la verás poco.

Cuando llegaron al tercer piso, ella se internó por un pasillo a la derecha y ambos atravesaron un amplio *hall*, donde un grupo de agentes se apelotonaban frente a una máquina de café. A base de sonrisas, Flavia se fue abriendo paso entre ellos hasta introducir una llave electrónica en la cerradura.

—La máquina de este piso hace los mejores *capucchinos* —le explicó mientras señalaba la amplia variedad de café del *display*.

—Yo lo tomo solo y sin azúcar.

Flavia chasqueó la lengua mientras pulsaba una de las teclas.

—En ese caso, hemos perdido cinco minutos valiosísimos —replicó y le tendió un vaso humeante—. La máquina del quinto piso hubiera valido.

—Gracias —aceptó Marek con una sonrisa. Después de la noche que había pasado, aquel vaso de cartón humeante era el elixir de la vida—. ¿No te tomas uno?

—Son las siete y cuarto y ya llevo dos, trato de controlar mi adicción.

—Mmm... —exclamó Marek al saborear el primer sorbo de su café.

Pero Flavia no podía oírlo, ya salía hacia el pasillo a paso ligero. Marek dio dos rápidas zancadas y notó que el líquido caliente se derramaba en su mano.

—¡Mierda! —exclamó mientras la sacudía, justo en el momento en el que abría las puertas un ascensor repleto de gente.

Sin levantar la mirada, Marek huyó hacia las escaleras, desde donde todavía podía escuchar el ligero taconeo de Flavia.

—Muy bueno el café —afirmó el polaco cuando por fin la alcanzó, ya en el quinto piso.

—¿Quieres decir el que no te has tirado encima? —bromeó la agente a la vez que tomaba la carpeta de la mano de él y entraba en un cuarto anexo—. Aquí están los equipos de digitalización cifrada, hay una en cada piso. Escaneo los documentos, me los envío y salimos.

Marek asintió, apoyándose en el marco de la puerta; de repente, descubrió una mancha oscura próxima a la bragueta de su vaquero.

—Joder.

Tras un «ding», un grupo de gente en traje de chaqueta salió del ascensor. Algunos lo observaban con cara divertida. Además, Marek aguantó la mirada intimidatoria de un hombre fornido, de

unos cincuenta años, hasta que notó la presencia de Flavia a su lado.

—Paul Waldo, director adjunto, la vieja guardia —le instruyó ella cuando el grupo desapareció en una de las salas—. De los veinticuatro agentes que hay en la investigación, él ha seleccionado a veintidós entre los mejores expedientes de toda Europa.

—¿Y los otros dos?

—Uno y dos —respondió Flavia alternando el dedo índice entre ambos—. Somos los únicos que ha podido colar Magee. La jefa se anda con mucho tiento para no herir la sensibilidad de Waldo. Venga, vamos.

—¿Por qué yo?

—¿Qué?

—¿Por qué llama la atención mi expediente ahora, después de trece meses sin noticias de la Europol?

—Por tu doctorado.

—¿Mi qué? Yo no...

Flavia se giró a mitad del pasillo tan rápido que Marek tuvo que agarrarse al quicio de una puerta para detener su movimiento. No se la llevó por delante, pero notó un agradable calorcito en el pecho, justo donde había rozado la nariz de ella. Pensó que esa era justo la altura a la que le llegaba Anna.

—Estudiaste Físicas, ¿no?

—Sí, sí, claro —respondió todavía aturdido, preguntándose por qué demonios su cerebro se había dedicado a establecer paralelismos físicos entre su exmujer y su recién presentada compañera de trabajo—. Es solo que no acabé el doctorado, me dediqué a opositar y...

Flavia suspiró de forma ostentosa, llevándose la mano al pecho.

—¡Buff, menos mal! Fui yo la que insistió a Fiona en que esta diferencia era fundamental frente a los candidatos de Paul... Y si ahora resulta que habías mentido en el currículo, nos dejas literalmente con el culo al aire.

—Pues no hay doctorado, pero lo tenía hecho, me faltó solo presentarlo...

—Bueno, eso nos vale, porque de momento únicamente he conseguido un mes.

—¿Un mes de qué?

—De presupuesto para contratarte.

—¿Y después?

—Muchacho, un mes es mucho tiempo —exclamó una mujer rubia de unos sesenta años que se acercaba por detrás. Con un gesto de la cabeza, les instó a volver a la privacidad de la sala.

—Comisaria Magee, encantada —dijo la mujer tendiendo la mano al polaco.

—Vicedirectora —matizó Flavia.

—Bueno, lo que sea —replicó Fiona volviendo a tender la mano al recién llegado.

—Encantado —respondió él—, yo soy Marek...

—Marek Kraszewski, lo sé. Créeme, te he tenido bien presente. En fin, no tengo mucho tiempo, así que voy al grano. No sabéis lo que me ha costado conseguir que se apruebe el presupuesto para la creación, por lo menos durante un mes, de esta subunidad de los locos de la bata.

—¿Qué es eso de la bata? —preguntó Flavia.

—¿Os gusta? —añadió la comisaria con una sonrisa—. Se me ha ocurrido esta mañana. Prefiero adelantarme con el mote antes de que os asignen uno más cruel. Primero había pensado en «los locos de la caja y el gato» —Fiona gesticuló con las manos, como si estuviera mostrando el cartel de una *premier*—, pero creo que ni Paul ni la mitad del equipo habrán oído hablar de Schrödinger y se nos hubiera ido la mitad de la reunión explicando la referencia. En fin, al grano, sin paños calientes: nadie confía en que esto tenga sentido. Marek —se dirigió al polaco—, sé que no es la bienvenida que esperabas, pero alegría esa cara: te dejo con la mejor. Llevo trabajando con Flavia... ¿cuánto?

—Cinco años —apuntó la mencionada.

—Eso, cinco años, y si queremos encajar las piezas de esta locura, necesitamos algo más que perfiles criminales y procedimientos. Seréis vosotros quienes daréis la aproximación que necesitamos. Pero no os voy a engañar: si no hay resultados en un

mes, se pondrá todo el mundo muy nervioso y vuestra unidad de científicos locos es la más fácil para entrar con la tijera.

—Sin presión —murmuró Marek.

—Pues espera a entrar en esa sala... —añadió Flavia con una sonrisa de circunstancias.

—Dios —suspiró Fiona—, no veo el momento de que esto acabe, me concedan la jubilación y pueda ser explotada por mi nieta en vez de por un ejército de tecnócratas.

—¿Cómo está Julie?

Con esa simple mención y en apenas una décima de segundo, Fiona desenfundó un móvil. En la pantalla, una niña regordeta sonreía con la cara llena de chocolate.

—Fuerte como un roble —contestó la irlandesa.

Marek sintió una punzada en el pecho, apenas tendría un año menos que Bazily. No sabía cómo podía encajar su hijo en todo aquello. Lo único que tenía claro hasta el momento es que el siguiente mes sería una locura. Habían pasado y se habían dicho muchas cosas para que ahora Anna se mostrara comprensiva con las imaginativas propuestas que pudiera plantear para ajustar su acuerdo de custodia compartida.

—Está para comérsela —añadió Flavia.

—¿Verdad? —Fiona Magee dejó que una sonrisa bobalicona bañara su rostro antes de guardar el móvil personal en su cartera.

—He pensado —continuó la italiana de vuelta al perfil profesional— que sería bueno que Marek estuvieran en la reunión, así le da tiempo a situarse un poco antes de su viaje.

—¿Qué viaje? —preguntó él saliendo de su momentáneo ensimismamiento.

—Bien pensado —concedió Magee como si Marek no estuviera allí.

—¿Qué viaje? —volvió a preguntar él.

—Te vas a España. Tienes que ir a buscar a una mujer.

Marek la miraba con los ojos muy abiertos.

—Se me olvidaba —exclamó Flavia y le tendió un móvil que sacó de la cartera—. Toma, no se apaga nunca ni se presta a nadie.

—Él la observaba confundido—. Dentro te he dejado vídeos con las

normas de uso y un resumen de la investigación. Después de verlos, debes eliminarlos. Ya sabes, quemar después de leer.

—OK, vamos allá —añadió Fiona ajustándose la chaqueta de su traje antes de dirigirse a la sala de reuniones.

Elisa Bayo hundió la pala en el cubo metálico. Al instante, esta emergió colmada de ceniza, tal vez demasiado teniendo en cuenta que nunca había tenido el pulso de una cirujana. El riesgo quedaba ponderado frente a la recompensa: si conseguía esparcir el contenido completo de esa pala sobre la escuadra derecha de una de las parcelas del sector cuatro, su jornada habría acabado. Y el hecho de que ese lunes fuera el inicio de sus vacaciones, una semana llena de buena compañía, risas y algunos orgasmos, o por lo menos eso esperaba, le dibujaba una sonrisa difícil de borrar.

Difícil, pero no imposible.

Todo empezó con la vibración, transmitida por el aire hasta su muñeca, que provocó que la ceniza se desparramara entre el suelo y sus manos. Elisa levantó la vista en busca del origen de la perturbación, pero por encima de las montañas más cercanas solo se apreciaba el sol de mediodía. Recogió con las manos los montoncitos de ceniza más grandes y los volvió a depositar en la pala.

Antes siquiera de llegar a la esquina de las judías verdes, un helicóptero enmudeció cualquier otro sonido del ambiente.

Elisa apretó los labios, afianzando su determinación de no distraerse hasta que el contenido de su cubo hubiera quedado diseminado. Si la ceniza mantenía a raya a caracoles y otras plagas, las cebollas, judías y escarolas estarían listas para ser recolectadas antes de las primeras nevadas.

De pronto, un viento huracanado dispersó la ceniza. Con la mano derecha haciendo de visera, Elisa observó consternada el descenso del helicóptero, que azotaba también el sector de las plantas aromáticas.

Desde que habían inaugurado un campo de golf en el pueblo, había visto pasar toda clase de vehículos de lujo, pero bajar en helicóptero era el colmo. Cuando volviera de vacaciones pondría una reclamación en el ayuntamiento. Bueno, recapacitó mientras se echaba su larga trenza a un lado, mejor que se encargara Héctor, el secretario de la cooperativa tenía mucho más temple para la burocracia. La última visita de Elisa al consistorio se saldó con una sanción para la cooperativa y una dilatada y sospechosa demora en la concesión de la licencia de ampliación.

Con un profundo suspiro, Elisa se agachó de nuevo para coger un cubo. Una marca grisácea en forma de luna destacaba en su frente, allí donde había colocado su improvisada visera.

Diez minutos más tarde, el incidente casi había quedado olvidado y se incorporaba satisfecha con el resultado de su jornada. Ya no se veía el helicóptero, que había descendido detrás de un cerro cercano, pero su molesto repiqueteo había enmascarado el avance de dos todoterrenos de la Guardia Civil a toda velocidad por la carretera cercana a la cooperativa.

Miró su reloj; con un poco de suerte a la una y media podía estar duchada, sentada frente a un plato de escalivada y una copa de vino tinto. Desde que Rosanna, la propietaria del mesón del pueblo, le había enviado la foto del resultado de su experta mano sobre la última entrega de hortalizas del invernadero, su estómago no había dejado de segregar jugos.

Pero la nube de polvo que se acercaba desde la entrada de la finca no parecía traerle su escalivada. Muy al contrario, era portadora de dos vehículos de la Guardia Civil dando tumbos.

En el tiempo que estuvo parada viéndolos aproximarse, le dio tiempo a abrir y cerrar la boca varias veces; a pasar de la estupefacción a la inquietud en oleadas regulares.

El primer todoterreno derrapó en la esquina del huerto, dejando algunos cadáveres de judías a sus pies, y el segundo se detuvo a continuación. Sin dar tiempo a que la nube de cenizas y polvo se posara, un agente uniformado emergió del asiento del conductor.

Elisa lo esperaba con los brazos en jarras, ni rastro quedaba ya de la sonrisa que lucía hacía unos instantes.

—Buenos días, ¿es usted Elisa Bayo?

—Pero bueno... —contestó airada—. ¿Usted cree que esta es forma de entrar...? —Elisa no terminó la pregunta porque se distrajo con los gestos que, desde el asiento del copiloto, le hacía Héctor. No entendía qué hacía su persona de confianza en la cooperativa en aquel coche de la Guardia Civil, gesticulando para que se calmara.

—Disculpe las molestias, señorita Bayo, soy el sargento Romera —volvió a empezar el agente, quitándose las gafas de sol—. Venimos a buscarla porque necesitamos su cooperación.

Ella mantenía el ceño fruncido mientras las palpitaciones del cuello aceleraban su ritmo.

—Elisa —Héctor había llegado hasta su lado y le cogía con delicadeza del brazo—, es por lo de la bomba de los Nobel.

—¿El qué? —preguntó confusa.

El guardia civil alternó su mirada entre Héctor y Elisa y después la dirigió a un compañero uniformado que se acercaba desde el segundo coche.

—¿Qué dices de los Nobel? —susurró ella a Héctor.

—¿Qué le pasa? —preguntó el otro agente como si Elisa no estuviera allí.

—Bueno, Elisa no ve mucho la tele... —les explicó Héctor.

Los dos guardias civiles la miraban como si fuera una extraterrestre.

—Tampoco está mucho en las redes. Bueno, quiero decir que... —El chico se rascó el inicio de la melena en busca de inspiración—. Les aseguro que no está fingiendo.

—Pero ¿qué demonios pasa? —volvió a estallar Elisa, sondeando los ojos de Héctor, que escurrieron su pregunta con un gesto de hombros.

—Señorita Bayo —el tono del sargento anunciaba que el límite de su paciencia estaba siendo sobrepasado—, no andamos muy sobrados de tiempo y necesitamos que nos acompañe.

—¿A dónde? ¿Por qué?

—Se lo explicarán todo en el helicóptero.

—¿El helicóptero? Pero bueno, ¿a dónde me llevan?

—Señorita, hay otras formas de hacerla venir —le advirtió el sargento tomándola del brazo.

—Mañana tengo que coger un vuelo —protestó Elisa, que se soltó con brusquedad—. Me voy con unos amigos...

La puerta del copiloto del segundo coche se abrió y apareció un hombre alto, de aspecto nórdico, en vaqueros y camiseta. Se acercó lentamente, consciente de la atención de todos los presentes.

—Señorita Bayo, soy Marek Kraszewski, de la Europol. —Su voz calmada contrastaba con su aspecto vikingo—. Tiene que venir conmigo, le necesitamos.

—Ya, bueno..., pero no va a poder ser... —balbuceó Elisa, perdida en aquellos ojos verdes que la miraban desde la altura—. Tengo un vuelo, me voy con unos amigos.

—Podrá ir con sus amigos.

—No, es que no son las típicas vacaciones de pulserita «todo incluido». Tenemos acceso al observatorio de Mauna Kea —protestó con apenas un hilo de voz.

—Dos días máximo —sentenció Marek con una sonrisa capaz de desarmar a un ejército de osos hambrientos—. Por favor.

Con un suspiro, Elisa dejó caer los brazos a ambos lados del cuerpo.

—¿Podréis terminar por mí? —preguntó señalando el cubo de cenizas.

Héctor asintió y ella siguió al gigante rubio como si fuera el flautista de Hamelín.

—¡Elisa! —exclamó Héctor.

Cuando esta se volvió, el chico se señalaba la frente. Sin saber muy bien cómo interpretar el gesto, ella respondió con un volteo de mano antes de subirse al segundo coche.

Unos minutos después, Elisa caminaba hacia el helicóptero y con la mano derecha aferraba la bandolera con las pocas pertenencias que había podido coger del despacho de la cooperativa. Los agentes de la Benemérita, recostados sobre el capó, observaban el andar encogido del gigante rubio bajo las aspas del rotor.

No era la primera vez que Elisa subía a un helicóptero, pero su movimiento quedó congelado frente a la puerta. En la cabina solo había un sitio disponible y apenas cabía medio cuerpo de Marek en él. El ruido impedía cualquier comunicación verbal, así que el policía se limitó a indicar con un gesto que él pasaba primero.

Elisa admiró la agilidad con la que movía su gran humanidad hasta ubicarse en el asiento del copiloto. Ella se sentó en la parte trasera. Mientras intentaba averiguar cómo se abrochaba el cinturón, Marek se giró hacia ella para entregarle unos cascos integrales. Sin más explicaciones, levantó los dos dedos pulgares hacia el piloto y el helicóptero inició el ascenso.

Él también se puso los cascos para aislarse del ruido y darle voz a los pensamientos que se agolpaban en su cabeza. Según el dossier que le había preparado Flavia, aquella mujer que acababa de subir al helicóptero era una incógnita con letras mayúsculas. El abanico de conjeturas abarcaba desde una ciudadana inocente, ajena a todo lo que no fuera su cooperativa de cultivo ecológico, hasta ser uno de los cerebros de la trama terrorista. Por eso tenía que ser todo tan rápido: el factor sorpresa y que no pudiera comunicarse con nadie eran determinantes para poder extraer lo máximo de aquellas primeras horas.

Hacía tres días y medio que Fabrice Flamcourt había hecho estallar una bomba en la entrega de los Premios Nobel, matando a diez personas e hiriendo de gravedad a una veintena más. Pero eso no era lo que más miedo daba. Sus amenazas de próximas acciones estaban copando las redes y, con el despliegue de medios orquestado en su primera acción, no hacía falta ser muy listo para tomarlas en serio.

Durante todo ese tiempo, mientras los agentes de la Europol entraban y salían de las oficinas y Marek escoltaba a Elisa Bayo a cientos de kilómetros de distancia, Flavia no se había movido de su silla: repasaba el rastro digital de Fabrice Flamcourt. Salvo ir al baño y los viajes a por el *capuccino* de la tercera planta, sus ojos enrojecían inmersos en artículos de física cuántica. Entre los textos y publicaciones del investigador, el nombre de Elisa Bayo era el que más aparecía con diferencia, justo hasta llegar a un punto de

inflexión a partir del cual sus carreras divergieron. Quince años después, Fabrice había sido galardonado con el Nobel mientras Elisa cultivaba hortalizas en un pueblo de Navarra.

Una intuición, o tal vez el revoltijo en el que se había convertido su cerebro con tantos bosones, fermiones, quarks y leptones, instó a Flavia a continuar por esa vía.

«*E. Bayo en helicóptero* —tecleó Marek en su móvil—. *No la he dejado sola ni un segundo. Lleva tatuado en la frente el mismo símbolo maya del comunicado*».

Justo cuando envió el mensaje y cerró la aplicación, notó unos nudillos en su espalda.

—¿Y dónde vamos a comer? —preguntó Elisa mediante gestos.

Marek se encogió de hombros y trató de no pensar en las más de veinte horas que llevaba sin ingerir nada decente.

—Donde sea mientras lleguemos al aeropuerto de Biarritz a las cuatro —aclaró elevando la voz hasta hacerse oír—. ¿Alguna sugerencia?

Elisa se inclinó para coger el móvil de las manos del policía. Marek permaneció expectante hasta que, un instante después, ella se lo devolvió con la aplicación de Google Maps abierta.

—Dile que aterrice aquí —gesticuló ella.

Veinte minutos después, sentado en el banco de una sidrería, Marek sonreía frente a kilo y medio de chuletón. No contaba con información para emitir juicio sobre la sospechosa, pero aquel detalle añadía kilo y medio en la balanza de la inocencia. Solo esperaba que el saldo de la tarjeta que le habían dado en la Europol diera para pagarlo.

Con un trozo de carne roja en la boca, Marek disfrutó de su primera experiencia gratificante en las últimas cuarenta horas, descontando el escote de Flavia Amato. Con un imperceptible meneo de cabeza, trato de desterrar ese pensamiento sobre su compañera.

Durante los siguientes diez minutos, el polaco no fue capaz de emitir más que sonidos guturales. Elisa también estuvo entretenida, pues él le había dejado una *tablet* para que consultara los diarios

digitales. La imagen de Fabrice Flamcourt en esmoquin copaba todas las portadas.

Cuando levantó la vista de la pantalla, descubrió a Marek espiando sus movimientos.

—Así que el observatorio de Mauna Kea, ¿eh? —le preguntó él recuperando sus habilidades sociales.

—¿Lo conoces? —preguntó ella sorprendida mientras pinchaba un trozo de bacalao. Aunque la sidrería contaba con una buena selección de verduras y hortalizas, aquel día había decidido hacer una concesión a su veganismo.

—No, ya me gustaría. ¿Cómo habéis conseguido el acceso?

—Uno de mis amigos trabaja en la NASA.

—Lo dices como si fuera lo más normal.

—Lo es si en tu grupo de amigos todos son físicos o astrofísicos.

—¿Fabrice Flamcourt pertenece a ese grupo de amigos?

Elisa levantó la mirada del plato y Marek se reprimió su impetuosidad. En el tiempo que se tomó en contestar, los ojos pardos de ella no dejaron de escrutar el iris azul de los del policía.

—Lo era hace muchos años —respondió y dejó el tenedor en el plato. Sin apartar la mirada, movió la silla hacia atrás y se incorporó con elegancia—. Voy al lavabo, no tomaré postre.

Marek asintió, sus orejas le quemaban y se le habían humedecido las axilas, pero confirmó con la mirada que el bolso y el móvil de ella continuaban en la mesa.

Dos minutos después, con el sonido de la cisterna retumbando en las paredes del servicio de la sidrería, Elisa sacó su cepillo de dientes plegable. Extrajo apenas una mancha de pasta del pequeño bote y comenzó a lavárselos, preguntándose si el ayuno intermitente al que se había sometido esa semana había tenido que ver con la docilidad con la que había accedido a aquel rapto, orquestado a base de urgencia, Guardia Civil, un helicóptero y la arrolladora presencia de aquel gigante rubio.

—Señorita Bayo —reclamó Marek al otro lado de la puerta.

—Ya salgo —contestó con la pasta de dientes en la boca.

Cuando levantó la mirada, algo en el espejo llamó su atención. Su frente estaba impregnada con lo que parecían restos de ceniza y... o estaba muy ofuscada o esa maldita mancha tenía la forma de Muluc. Se encogió de hombros y se limpió.

Cuando salió del lavabo, Marek la esperaba en el pasillo con su bolso en la mano. Por la expresión de su rostro, resultaba obvio que el policía era muy consciente de la mancha de su frente, ya que durante unos segundos se quedó paralizado con la mirada fija en ese punto de su anatomía.

—¿Qué tenemos, agente Amato? —preguntó el director adjunto Waldo.

Flavia bajó la tapa de su portátil; veintitantos pares de ojos la observaban.

—Tenemos... —Se aclaró la garganta. No entendía el sentido de aquella reunión. Se habían visto todos por la mañana, habían confrontado los avances de cada línea de investigación y ahora, aprovechando la ausencia de Magee, el director adjunto los había vuelto a convocar. ¿Qué podían haber avanzado en apenas ocho horas?—. Ehh... Tenemos a la científica con la que Fabrice Flamcourt y dos de las víctimas mortales publicaron sus trabajos más importantes.

—Eso ya lo he oído esta mañana.

—También es la mujer con la que con mucha probabilidad estuvo relacionado sentimentalmente y en unas horas la podremos interrogar.

—¿De qué es sospechosa?

—¿Perdón?

—He preguntado por qué es sospechosa. Llevamos desde las 16:30 —consultó su reloj de muñeca—, eso hace unos quince minutos, escuchando a los oficiales de esta sala llenar esa pizarra de hechos probados. —El director adjunto hizo una pausa dramática para situarse frente a la mampara que ocupaba una de las paredes de la sala de reuniones—. Conocemos el helipuerto desde el que

despegó el helicóptero que hizo desaparecer a Fabrice, en la calle Sveavägen. Tenemos el nombre y licencia del piloto, para el que ya se ha emitido una orden de busca y captura. Con todo esto hemos llegado hasta el segundo hombre, el que esperaba a Fabrice en la calle para llevarlo hasta el helicóptero. Su nombre es Mijaíl Bajtín.

—Eso no es un nombre —murmuró Flavia, que se ganó la sonrisa cómplice de un agente trajeado sentado a su derecha.

El director adjunto Waldo no se percató del intercambio, absorto en su perorata.

—La ruta de escape que utilizó ese segundo hombre ha sido rastreada por agentes suecos. Tenemos una foto de Mijaíl y hasta el puto patinete motorizado que usó para escapar. Todo eso a base de llamadas y desplazamientos locales. Entonces, dígame por qué tengo que autorizar el sobre coste de un helicóptero, más los billetes de avión desde Biarritz, si no es para traer al puto Hannibal Lecter en él.

—Magee dijo que...

—El que firma los cheques soy yo, así que deme una buena razón para que autorice estos gastos.

—Tenemos nombres. —Flavia alzó la mirada hacia la pizarra. El número doce, en letra capital, recordaba las víctimas mortales, pero la esquina destinada a las pruebas recopiladas por su equipo permanecía desangelada. Con un suspiro, conectó el portátil al proyector y, tras un clic, Fabrice Flamcourt, Silvie Darras, Pedro Gutiérrez, Elisa Bayo, Pier Moos y Robert Kimberly miraban a la cámara quince años atrás—. La instantánea está tomada en junio del 2011, en el laboratorio subterráneo de Canfranc, en los Pirineos españoles. Las caras sonrientes de la foto se deben a que acababan de registrar el primer impacto de la materia oscura contra su detector de bismuto, germanio y oxígeno...

—No tenemos tiempo para sus alardeos, agente Amato.

Flavia arrastró la silla de forma violenta y se encaminó hacia la pantalla. De todos los pares de ojos que la miraban desde aquella instantánea, los de Elisa Bayo la atraían como un imán.

—Silvie Darras —señaló a una mujer morena y menuda que sonreía y tomaba del brazo a Fabrice—, directora del Instituto de

Física Nuclear y Física de las Partículas francés. Hacía ocho años que no tenía contacto con el grupo, pero llevaba un mes concediendo entrevistas a todo periodista que estuviera dispuesto a pagarlas en las que aireaba los trapos sucios de su relación con Fabrice. Salida de la nada, hace unas semanas le llegó una invitación a la ceremonia de la entrega de los Nobel. Murió en el acto.

»Pedro Gutiérrez —Flavia apuntó al centro de la foto, donde un tipo rellenito, con una más que incipiente calva, hacía el signo de la victoria— por aquel entonces fue nombrado jefe del Departamento de Ciencias Físicas de la Universidad de Zaragoza, España. No tenía ni siquiera el doctorado, pero su padre era un alto cargo del Gobierno autonómico y lo pusieron a dirigir el equipo. Hemos encontrado una denuncia, interpuesta por un becario y firmada por casi todo el equipo de investigación, en la que se le acusaba de robar datos para su propia tesis. La bomba estalló debajo de su asiento.

»Pier Moos y Robert Kimberly. —Flavia marcó la esquina derecha de la imagen, donde dos jóvenes eludían la cámara con gesto serio—. Actualmente ambos se dedican a la docencia en universidades de prestigio. Recibieron sendas invitaciones a la ceremonia, pero estaban situados lo suficientemente lejos de Pedro Gutiérrez para que no se haya firmado su certificado de defunción. Su pronóstico es reservado y no será posible interrogarlos hasta dentro de unas cuantas semanas.

—Incorrecto —intervino una agente desde la esquina opuesta a la de Flavia—. Pier Moos está de vuelta en Bélgica desde esta misma mañana. Sus heridas no alcanzaron ningún órgano vital, su evolución es favorable y seguirá su recuperación en el Hôpitaux Iris Sud - Molière Longchamp.

—Gracias, agente Trapesonian, lo interrogaré tan pronto como se pueda —sentenció Waldo con una sonrisa.

Flavia apenas conocía a aquella agente pelirroja, pero no pudo evitar fulminarla con la mirada. Sabía que se llamaba Kate por las presentaciones del primer día y también recordaba habérsela cruzado por los pasillos, de lo que deducía que llevaba unos cuantos meses en la Europol. Lo que no le encajaba era su acento,

marcadamente norteamericano. Pero le encajaría: si aquella agente, de impecable traje de chaqueta y zapatos de tacón, iba a acompañar al director adjunto en su lista de personas no gratas del equipo, encontraría los defectos que escondía aquella fachada tan pulida.

—Me gustaría estar en ese interrogatorio —apuntó Flavia.

—Ya veremos, agente Amato —contestó el director adjunto—. Todavía estoy esperando oír algo con fundamento para aprobar los gastos.

Flavia se volvió hacia la pantalla en la que, quince años atrás, la mirada de Elisa Bayo se perdía en algún punto lejano, más allá del objetivo de la cámara.

—Elisa Bayo —continuó sin poder apartar la mirada de aquellos ojos verdes—, la única de esta foto que no asistió a la gala. Qué casualidad, ¿no? En aquella época se le relaciona sentimentalmente con Fabrice, al parecer antes, durante y después de la relación de este con la otra mujer de la foto, Silvie Darras.

—¿Y eso cómo lo sabe? —preguntó la agente Trapesonian.

Flavia apartó la mirada del rostro de Elisa Bayo para girar en redondo y reconocer a su interlocutora con una sonrisa condescendiente.

—Como ya he mencionado, antes de ser asesinada, Silvie Darras entregó los últimos meses de su vida a dar carnaza a la prensa. Para comprobarlo no hace falta un máster en criminología, solo unos segundos de conexión a la red. —Sin darle tiempo a la réplica, Flavia retornó la atención de los presentes a la pantalla—. Volviendo al 2011, el momento en que se tomó esta foto, el equipo de investigación anunciaba la detección de materia oscura, algo que nadie en el mundo había hecho. Tiempo después, el experimento entero se puso en duda, la publicación fue retirada, pero eso ya dio igual, aquella publicación fue el despegue de las carreras de todos y cada uno de ellos.

»En enero del 2012, Elisa Bayo entró a trabajar en la Agencia Espacial Europea, donde su carrera progresó de forma moderada, hasta hace nueve años, cuando dimitió de forma inesperada. En su carta de renuncia adujo motivos personales, pero, escarbando un poco, se encuentra que el origen de esa renuncia podría estar muy

relacionado con la diferencia de opiniones con Conrad Liebs, el director del proyecto INTEGRAL, en el que ambos trabajaban. Este fue nombrado director de la Agencia Espacial Europea un par de años después de la renuncia de Elisa y es otra de las víctimas mortales del pasado viernes en Estocolmo.

Flavia aprovechó el silencio que se instauró tras sus palabras para pasear su mirada por los asistentes. Algunos manifestaban su escepticismo de manera elocuente, otros asentían con la cabeza y el resto se debatía entre lo uno y lo otro.

—¿Me quiere hacer creer que esa mujer es el cerebro de toda la operación? —estalló el director adjunto Waldo—. ¿Que convenció a un nobel para tirar su carrera y prestigio por la borda para vengarse de todos los hombres malos que le habían llevado la contraria a una novia que tuvo dieciséis años atrás? ¡Guau! Esa mujer debe de ser una fiera en la cama. —Algunos agentes rieron la gracia, pero la mayoría, hombres y mujeres, bajaron la vista—. Agente Amato, estadísticamente las mujeres no matan, solo lo hacen en defensa propia. ¿Sabe cuántos casos de homicidios y muertes violentas llevo resueltos en mi carrera?

El agente vecino garabateó en una hoja «3987», lo que provocó una sonrisa en el rostro de Flavia, que negaba con la cabeza al director adjunto.

—Tres mil novecientos ochenta y siete, y de todos esos solo en el dos por ciento se ha podido relacionar la autoría con una mujer; y de ese dos por ciento, en el ochenta y cinco por ciento se trataba de casos de violencia doméstica. Así que no, no me lo creo, y no, no voy a autorizar que vuelva a despegar ese helicóptero ni los billetes de avión de vuelta.

El corazón de Flavia bombeaba como el de un purasangre esprintando tras una yegua lozana.

—Señor —interrumpió al director adjunto al mismo tiempo que se agarraba con todas sus fuerzas a la silla para tratar de mantener el tono de voz—, ¿de verdad cree que una mente privilegiada como la de esa mujer lleva los últimos nueve años de su vida dedicada al cultivo de hortalizas en un pueblo perdido del norte de España?

—Primero, ¿por qué asume que la mente de esa mujer es privilegiada? Segundo, ¿por qué asume que cultivar hortalizas no la llena de plenitud? Señorita, cultivar pepinos, muy gordos, puede suplir muchas carencias. Si no se lo cree, pregunte a las monjas de clausura.

Un silencio absoluto de los presentes acompañó la gracia del director, mientras el esfuerzo de contención de Flavia empezaba a convertirse en sudor en las axilas y la cabeza.

—Lleva un tatuaje en la frente —explotó Flavia.

—¿Qué?

—Lleva tatuado en la frente el mismo símbolo que encabeza los comunicados del Ejercito Universal. Cuantas casualidades, ¿no?

—Señorita Amato, para ser director adjunto de esta organización no vale con seguir las corazonadas. Algunos debemos tener en cuenta otros factores mucho más relevantes para la sostenibilidad de esta institución. ¿Sabe lo que es la eficiencia? —Sin mostrar el menor interés por la contestación de Flavia, Paul Waldo continuó con su perorata—: Mide el resultado de condenas alcanzadas ponderado frente al coste y es la ratio más importante para esta organización. Agente, en el divisor de esta operación, sobre la que responderá usted misma, se le acumulan muchos ceros. Joder, estamos en el siglo xxi, solo hay que dejar que la policía española haga su trabajo y en unas horas tendremos hasta el puto vídeo del interrogatorio de esa señora subido a la nube.

—Señor —Flavia se aclaró la garganta—, el avión que lleva al agente Kraszewski y a Elisa Bayo ha despegado hace unos minutos del aeropuerto de Biarritz.

En un gesto impulsivo, el director adjunto apretó el puño derecho, pero, antes de golpear cualquier superficie con él, cerró los ojos y lo envolvió con la otra mano.

—En ese caso —añadió tras abrir los ojos de nuevo— acaba de agotar los recursos de su equipo para el próximo mes. Y cuando llegue esa mujer, yo mismo la interrogaré. ¡Agente Berg!

El hombre trajeado sentado junto a Flavia dio un respingo.

—Usted me acompañará en el interrogatorio.

El interpelado asintió a la vez que hacía una bola con el papel que había garabateado.

—Agente Trapesonian, usted también vendrá. —La pelirroja cruzó una milésima de segundo la mirada con la de Flavia antes de dar su conformidad—. Ahora, todos a trabajar.

En unos segundos de murmullos, pisadas y sillas arrastradas, la sala quedó vacía. Con la cabeza hundida entre las manos, Flavia pensaba en la manera de hacerse un hueco en aquella sala de interrogatorios. A Fiona no podía irle con el cuento, se encontraba en Estrasburgo dando la cara ante las altas esferas. Tampoco le suplicaría al director adjunto, eso es justo lo que estaba esperando aquel dinosaurio.

Cuando sacó la cabeza de entre las manos, encima de la mesa seguía la bola de papel que había dejado el agente Berg. La desenrolló con cuidado; entre rayas y dibujos, resaltaba la frase en rojo *«Mijaíl Bajtín, ¿en serio? Hasta un mono con acceso a Google sabe que es un alias»*. El comentario dibujó la primera sonrisa de la tarde en el rostro de Flavia. El gesto se completó cuando descubrió la segunda frase en rojo del papel: *«Te invito a un capuccino, máquina de café de la tercera planta, ¿en treinta minutos?»*.

Acariciando la tapicería de cuero de su nuevo deportivo, Ramón Solans saboreaba el fin de su periodo proletario. Trece años viviendo como un burgués de provincias, vacaciones en *resorts* cutres del Caribe, aguantar a los paletos del club de golf y cientos de kilómetros en el utilitario del banco cada vez que quería catar los encantos de una mujer. Pero ese mismo día ponía el punto final a esa clase de vida. Habían pasado quince años desde el inicio de la investigación en el banco, doce si contaba desde que había testificado. Le habían imputado, claro, pero él no era un pringado de los que van a la cárcel. El circo periodístico, el linchamiento público de todo aquel que ocupara un puesto directivo de la banca española, había acabado hacía mucho tiempo. Ya nadie hablaba de aquello, los medios iban generando carnaza distinta para el proletariado y la

rueda seguía girando. Sin embargo, aquellos que se habían enriquecido tanto o más que él, y que en todo ese tiempo no habían tenido que esconderse, seguían insistiendo en que fuera un soldado obediente y pasara desapercibido. ¿Y todo para qué? Ya nadie se acordaba de él.

En los últimos meses solo había recibido unos correos sin ninguna gracia de unos *hippies* antisistema. Unas cartas largas de cojones, retórica que pretendía esconder que a aquellos anarquistas que se erigían en guardianes de la moral les gustaban los billetes más que a un tonto un lápiz. Los de seguridad informática del banco habían revisado su cuenta varias veces, pero, aun así, aquellos desgraciados conseguían volverse a colar en su correo.

No solo querían dinero, los piojosos pretendían que hiciera un montón de sandeces, como enviarles un comunicado de arrepentimiento para difundirlo por las redes sociales. Ramón hizo el comunicado, vaya si lo hizo. Media sonrisa se le dibujaba cuando recordaba lo que les envió de vuelta.

En el banco cada vez tenía menos trabajo y se aburría. Una tarde, tras apretarse un buen plato de fabada, se encontró con otro de aquellos desagradables correos en su buzón. Ni siquiera llamó a los incompetentes de informática para que lo revisaran; aquella tarde se encontraba creativo. Se grabó un vídeo expulsando lo que quedaba de fabada en su organismo. «*Me cago en vuestras amenazas, perroflautas*» escribió en el asunto del correo.

Después de enviarlo, se arrepintió. Llevaba trece años cumpliendo como un buen soldado, esperando su recompensa en forma de traslado a la sede del Banco Central Europeo. Si aquel vídeo se difundía, esos trece años sin tocar las cuentas suizas, manteniendo el *low profile* de los cojones, no habrían servido. Pero no pasó nada. Aquello no se hizo viral, nadie de la central le llamó a su despacho para pedirle explicaciones y las cartas de los chantajistas dejaron de llegar.

Lo que tampoco había llegado era el ascenso que le habían prometido. Acababa de salir del despacho de un niñoato en la sede de Frankfurt. No había puesto para él en el Banco Central Europeo,

pero lo mandaban a Grecia «a broncearse en la cuna de la civilización», le había dicho el puto crío que daba las órdenes.

Trece años hirviéndole la sangre, con sus apartamentos de la costa cerrados a cal y canto mientras veía los precios a los que los estaban alquilando sus vecinos. Ni un día, en todos esos años, cada vez que se levantaba para dirigir la sucursal del banco en ese pueblo de mierda, había dejado de pensar en el dinero que estaba perdiendo. No le costaba nada imaginarse a los responsables de esa decisión riéndose a su costa, con su malta de doce años en la mano en el salón de un club privado.

Tras acabar la reunión, había ido directo al concesionario de Frankfurt. Llevaba meses visitándolo: que si el color, que si un modelo que llame menos la atención..., pero, después de lo que había escuchado aquella mañana, se acabó esconder lo forrado que estaba. Se moría de ganas de comprobar el efecto de un Serie 10 sobre las mujeres.

Habían tardado una eternidad en prepararle el coche, pero el ronroneo del motor bajo sus pies le hizo olvidar la espera. No sabía por qué el chico del concesionario se había subido al coche vestido de cuero y con el casco de la moto en la mano, pero tampoco se lo iba a preguntar; solo quería hacer rugir a aquella fiera por la A7.

Los primeros minutos condujo en silencio. Ramón se familiarizaba con los mandos mientras el chico se movía inquieto, comprobando el salpicadero y atendiendo al móvil, pero, cuando empezaron a dejar atrás la ciudad, ambos se relajaron sobre el asiento.

—Pise a fondo, señor Solans —dijo el chico.

Con un gruñido, Ramón Solans apretó un poquito más el acelerador.

—Venga Ramón, no tienes pinta de dejar que los límites de velocidad te corten el rollo.

Ramón aguantó la mirada retadora del chico a la vez que la punta del pie derecho llegaba al final del recorrido. ¿Por qué no le habrían puesto a atenderle a la rubia de las tetas gordas que se paseaba por el concesionario?, se preguntaba mientras retornaba su vista a la autopista.

De pronto, por el rabillo del ojo, detectó un movimiento inesperado.

—¿Qué coño...?

El chico del concesionario se estaba poniendo el casco de la moto. Ramón alternaba las miradas entre el chico y la autopista, hasta que este se levantó la visera.

—Solans prepárate a morir por tu cagada.

Con la sonrisa que dibujó este comentario en su rostro y un movimiento de su mano izquierda, el chico desabrochó el cinturón de seguridad del conductor a la vez que su mano derecha giraba el volante con la suficiente brusquedad como para que Ramón no pudiera hacerse con él y, tras ir dando tumbos por los sembrados, acabara empotrado contra uno de los pilares de un paso elevado de la autopista.

A los treinta y cinco minutos de haber leído el mensaje que se escondía en la bola de papel, Flavia se encontró con la sonrisa del agente Berg desde la otra punta de la sala de descanso del tercer piso.

—No tenía naranjas —dijo él y le tendió el vaso de café que sostenía con la mano derecha.

—¿Naranjas?

—Aunque a una italiana, en la era de los drones y la IA, esto le va a sonar a chino, en Suecia, hace solo unos cuantos años, una naranja era un regalo muypreciado.

Con ese dato, Flavia acabó por ubicar el acento de su compañero. El inglés era el idioma oficial en la Europol —«siempre que tu interlocutor no sea británico», se añadía siempre de coletilla —, pero eran los acentos los que ubicaban tu infancia, más o menos próxima al Atlántico, el Mediterráneo, el mar del Norte o, como en este caso, el Báltico.

—Yo me empaché de ellas.

—¿Eso es posible? ¿La naranja puede ser indigesta?

—No creo, el problema viene cuando las ponen en una bebida llamada Agua de Valencia. Pero esa es una larga historia de cuando estuve estudiando en España y que ahora no viene al caso.

Flavia dio un sorbo al *capucchino* del vaso de cartón.

—Mmm... —saboreó, cerrando los ojos—. Primero —dijo al volver a abrirlos—, ¿cómo sabías que mi preferido es justo el numero dieciséis?

—Detalles, Amato, el diablo está en los detalles.

—Segundo, está caliente. ¿Cómo sabías que abriría la bola de papel, leería el mensaje y entraría por la puerta justo ahora?

—Bueno... —respondió Berg, encogiéndose de hombros—, si no venías, me lo podría tomar yo; este *capucchino* está de muerte.

—Son mi perdición —confesó Flavia—, hace dos cafés que dije que era el último. Si me tomo este y vuelvo a tener cerca al director adjunto Waldo, mi sangre hervirá, literalmente.

Berg volvió a iluminar la estancia con su sonrisa.

—Te salía humo por las orejas.

—¿Qué?

—En la reunión, te salía humo por las orejas, pero has aguantado el tipo. No todo el mundo tiene ese autocontrol.

—Me he dejado las uñas clavadas en el dorso de la silla y creo que he agotado mi serenidad de este año y del que viene.

Durante un instante, ninguno dijo nada. Flavia se concentró en saborear su café y Berg encontró algo que llamó su atención al otro lado del ventanal.

—¿Puedo decirte una cosa? —preguntó él con la mirada en la calle.

—¿Qué?

—No te va a gustar.

—Dispara de una vez. Tengo un café caliente en la mano y acabamos de concluir que no me queda ni un gramo de serenidad en el cuerpo.

—Sus métodos dan asco, el tío es lo peor, pero, siendo racional, el director adjunto tiene parte de razón.

—¿En qué exactamente?

—Al no quererte en el interrogatorio —contestó mirándola a los ojos.

—Por supuesto, tú lo vas a hacer mucho mejor —replicó Flavia sin poder contenerse—. Gracias por el café.

—Espera —Berg la tomó por el brazo cuando ya se había dado la vuelta—, escucha un momento. No digo que Waldo no sea un gilipollas, no digo que no ajuste cuentas con Magee apretándote las tuercas a ti. Solo digo que llevas tres días delante del ordenador, alimentándote del número dieciséis de esta máquina, y en los que no creo que hayas pasado por tu casa más que para cambiarte. Todo ese tiempo repasando una y otra vez la vida de esa mujer. Es imposible que la imagen que te hayas formado de ella se ajuste a la realidad.

Flavia dejó que aquel razonamiento calara poco a poco en su materia gris.

—Solo digo que no estaría mal ganar un poco de perspectiva —añadió él en tono conciliador.

—Sí, la perspectiva que dará la agente Trapesonian, ¿no? —rezongó Flavia—. Por cierto, ¿de qué va ese acento yanqui?

—Trapesonian es del FBI. Entró en un programa de intercambio hace unos meses. Desde que el viernes estalló esto, los norteamericanos quieren entrar a saco, pero de momento los tienen a raya con montañas de burocracia. Así que, hasta que no consigan un acceso por la vía diplomática, solo tienen a Trapesonian.

—¿Y qué pasa con Waldo? ¿Por qué le da tanta bola?

—Solo para tus oídos, esta es mi teoría, no contrastada. —Berg echó un vistazo a su alrededor. No había nadie en la sala de descanso, pero, aun así, bajó la voz—. A Waldo toda esta modernidad europea le tiene hasta los cojones: no solo la directora de la Europol es una mujer, sino que nombra vicedirectora a otra, que encima ha estado a sus órdenes y con la que no le une un pasado de entrañable amistad. Si ahora se porta bien con los norteamericanos, cuando acabe todo esto seguro que el FBI le encuentra un puesto bien remunerado para terminar su carrera por todo lo alto.

—Blanco y en botella —dijo Flavia asintiendo—. Compro tu teoría. Un *cowboy* solitario como él encajaría...

La irrupción de la agente Trapesonian, directa hacia ellos, dejó la frase en suspenso.

—¿Cómo sabía que estábamos aquí? —susurró Flavia.

—Porque yo se lo he dicho —respondió él.

Mientras Amato atravesaba con la mirada a Berg, la agente del FBI llegó hasta ellos y comenzó a hablar:

—Han encontrado muerto a un directivo de la banca española en Frankfurt. Se ha estrellado con el coche de alta gama que acababa de comprar.

—¿Y por qué nos interesa ese accidente? —interrumpió Flavia.

—Porque no ha sido un accidente —contestó la norteamericana—. Un vendedor que le acompañaba en el asiento del copiloto ha desaparecido y en su lugar se acaba de publicar un nuevo comunicado del Ejército Universal.

—Fin del café —sentenció Berg y se dirigió hacia la puerta.

Flavia miró el contenido del vaso; apenas quedaba para un par de sorbos, pero decidió prolongarlos en su recorrido hasta el quinto piso.

—Agente Amato —se dirigió a ella Trapesonian sin detener el paso—, todavía no comparto con usted la teoría de que esa mujer sea el cerebro de la operación, pero creo que su aportación es muy valiosa y estoy segura de que ese enfoque va a ser determinante en el desarrollo de la investigación. Necesitaría reunirme con usted y Berg unos minutos antes del interrogatorio.

Flavia detuvo el paso para evaluar a la agente con la mirada, pero esta siguió andando, ajena al escrutinio. Unos metros por delante, el sueco sonreía con los pulgares en alto.

CAPÍTULO 3

LUNES (II)

Marek miraba la pantalla de su móvil; esperaba contestación a su último mensaje o, por lo menos, confirmación de que Flavia lo había leído y que sabía que la frente de Elisa Bayo estaba limpia. Aquello que su impetuosidad había interpretado como un símbolo maya, una evidencia relevante del caso, era solo una mancha.

No llevaba ni veinticuatro horas en la investigación y ya había cometido su primer error. La falta de sueño, el viaje y las prisas no eran justificación para su precipitación en lo del tatuaje. Lo único que esperaba es que Flavia no lo hubiera tenido en cuenta y todo quedara olvidado en menos de una hora, cuando condujera a la sospechosa a la sala de interrogatorios.

Miró a la derecha; el bolso de Elisa descansaba sobre el asiento del copiloto, justo donde lo había dejado nada más bajar del avión. No creía que ella hubiera tenido la oportunidad de ponerse en contacto con alguien en todo el trayecto.

El reloj marcaba las 19:49; apretó el acelerador. Con un poco de suerte, cuando llegaran al edificio de la Europol podría escaparse un instante para hablar con su hijo antes de que se acostara. Eso siempre le ponía de buen humor.

Mientras contemplaba la ciudad a través de la ventanilla del asiento trasero, Elisa dibujó una tímida sonrisa. No podía precisar el mes ni el año de aquel viaje a Amsterdam que incluyó un día en La Haya, pero tuvo que ser cuando era becaria, porque algunos de los

mejores recuerdos de aquel viaje, aquellos que ahora le hacían sonreír como una idiota, estaban protagonizados por Virginia. En cualquier caso, más de veinte años seguro.

«Volver» de Carlos Gardel se coló en su cabeza mientras se preguntaba qué habría sido de ella. Tras obtener el doctorado, ella empezó su relación con Fabrice y Virginia aceptó una beca en Estados Unidos, sus destinos profesionales se distanciaron. Cada una aceptó la separación como algo natural, siguieron sus vidas, sin acritudes ni enfados, porque entonces no existía WhatsApp ni las redes sociales y perderle la pista a alguien no era tan complicado.

Fue consciente de que estaba cantando el tango en alto cuando, en la parte de «que veinte años no es nada», notó los ojos de Marek a través del espejo retrovisor. La expresión del policía no dejaba lugar a dudas de que estaba evaluando su salud mental. ¿Qué clase de chalada se pone a cantar cuando va detenida? No es que fuera esposada y hasta ese momento la habían tratado con corrección, pero no hacía falta un doctorado para saber que esa era su condición.

Apoyada en el marco de la puerta, protegida en la penumbra de la sala, Flavia esperaba que pasara la comitiva. Los agentes Berg y Trapesonian habían salido apenas treinta segundos antes, con los blocs cargados de anotaciones garabateadas mientras Flavia daba consistencia, con fotos, informes y esquemas, a lo que antes de reunirse parecían solo conjeturas.

Ahora aguardaban la llegada de la sospechosa junto al director adjunto Waldo, mientras el acceso de Flavia a Elisa Bayo quedaba limitado a lo que transmitiera la cámara de circuito cerrado. Esto se traducía en un plano general y un sonido pobre, los mismos datos, fríos e indiferentes, en los que llevaba dejándose los ojos los últimos tres días.

Flavia necesitaba más. Se había escondido en aquella sala, arriesgándose a la ira del director adjunto, solo para verla pasar. Para asomarse al intangible intercambio de información que provoca

la proximidad entre los seres vivos y que, hasta la fecha, ninguna tecnología ha sido capaz de suplir. Sentir que la teoría que había montado delante del ordenador podía ser cierta.

El sonido del ascensor la sacó de sus cavilaciones. Se abrieron las puertas y la respiración de Flavia aumentó su frecuencia. Apareció Marek; llevaba un bolso en la mano y miraba hacia todos los lados. Obviamente, nadie le había dicho a dónde tenía que ir. Permaneció confundido hasta que la agente Trapesonian le hizo un gesto con la mano y comenzó a caminar por el pasillo. Tras él, apareció la sospechosa. Llevaba una camisa de franela y mostraba unas manchas de barro en las rodillas que, aunque parecía haberse esforzado en ocultar, eran visibles de lejos. No obstante, algo en su porte, en la forma de caminar, le confería una elegancia que ningún ropaje podría disimular.

Marek pasó por delante de ella raudo y con la vista al frente. Elisa, por el contrario, al hacerlo se giró hacia el punto de la penumbra donde se escondía Flavia.

La agente Amato contuvo el aliento. El tiempo se paró y unos ojos pardos se comunicaron con ella de forma intangible. Durante ese instante, el universo no incluyó nada más. El parpadeo del fluorescente del pasillo ya no era tan molesto, los teléfonos móviles y los murmullos lejanos quedaron silenciados. Después, Elisa reanudó su paso y, con ella, los relojes volvieron a su tictac. Flavia soltó el aire de los pulmones mientras su cerebro le devolvía el contacto con el entorno: una silla arrastrada en el piso de arriba y una puerta que se cerraba.

Cuando salió al pasillo, todos excepto Marek se habían perdido dentro de la sala de interrogatorios.

—¿Dónde estabas? ¿Por qué no entras? —le preguntó el polaco, entre aliviado de verla y confundido por haber tardado tanto en hacerlo.

—Órdenes de Waldo —respondió ella con resignación—, nosotros a la tele. Ven conmigo.

Marek siguió a Flavia hasta el final del pasillo, donde pasó su identificación por el dispositivo de acceso de la pared. Con un «ding», la luz cambió de rojo a verde y, cuando todo parecía indicar

que pasarían a través de la puerta que se abría, ella giró ciento ochenta grados, lo que provocó que, a pesar de los reflejos del policía, partes de Marek impactaran con partes de Flavia. Un aroma a mandarina inundó los sentidos del polaco, que esa vez no pensó en su exmujer, ya que, desde las partes más calientes de su cuerpo, le inundaban otros pensamientos. Algunos de ellos sugerían que contactar dos veces en el mismo día no podía ser casualidad. Tal vez esta fuera la forma italiana de ligar.

—¿Y el tatuaje de la frente? —preguntó ella—. No se lo he visto.

Marek volvió de golpe a la realidad, con el sonrojo caldeándole las orejas.

—Era una mancha —susurró con la vista en el suelo.

—¿Qué?

—Que no hay tatuaje; me precipité. Te he mandado un mensaje, pero creo que...

—¿Es una broma?! —exclamó Flavia, buscando los ojos del policía.

—Lo siento. —La expresión de Marek era sincera y la italiana asumió el revés sin necesidad de prolongar la agonía de su compañero.

Con un movimiento de cadera, abrió la puerta una décima de segundo antes de que la luz pasara a rojo y le invitó a entrar. Marek se adentró en una sala en penumbra. Poco a poco fue reconociendo algunos de los rostros entre la decena de agentes que se situaban frente a la pantalla; los había conocido en la reunión de esa misma mañana. En ese instante permanecían en silencio, susurraban a lo sumo, dejando que las voces distorsionadas por el micrófono de la sala de interrogatorios ocuparan la habitación. Flavia hizo un saludo mudo a varios y se colocó detrás de todos.

—Con tu altura, mejor al fondo —le susurró a Marek.

Este se sentó en la silla de al lado; el interrogatorio había empezado en la sala contigua.

Durante los primeros diez minutos, los asistentes fueron pasando de apelotonarse expectantes frente a la pantalla a buscar asiento en las primeras filas. A partir de entonces, se dejaban

resbalar por las sillas. Aquello era un tostón; los murmullos dieron paso a las conversaciones mientras la sospechosa contestaba con monosílabos. Marek también acusaba el cansancio de los dos últimos días y empezó a dar cabezadas. La única que permanecía erguida era Flavia.

—¿Eh? —contestó el polaco, que se recompuso al notar el codo de la italiana en su costado—. Esto está grabado, ¿no?

Ella asintió.

—Lo puedo ver luego —sentenció él y buscó una postura menos dolorosa para su larga humanidad.

Flavia volvió a prestar atención a la pantalla, justo a tiempo para escuchar la primera frase completa de Elisa Bayo tras veinte minutos de interrogatorio.

—El mundo no va a ser peor sin ellos.

—¿Celebra el asesinato de esas personas? —preguntó el director adjunto, hasta ese momento en un segundo plano mientras Berg y Trapesonian se repartían el peso del interrogatorio.

Elisa se volvió hacia el director adjunto con un amago de sonrisa en los labios.

—¿Tengo que llamar a un abogado?

—Doctora Bayo —intervino Berg—, esto es una entrevista informal; si lo desea, puede avisar a su abogado, pero le aseguro que no es necesario.

—Que haya venido de forma voluntaria no significa que sea idiota. Todavía estoy esperando que alguien me explique qué hago aquí.

—Desde el atentado del viernes —contestó Berg en tono conciliador— se han precipitado mucho las cosas, debemos actuar rápido. Se han tomado medidas extraordinarias que...

—Estaremos de acuerdo en que un acto de terror no es excusa para atentar contra los derechos del resto de ciudadanos. Que yo sepa, Europa todavía no es Estados Unidos.

Al oír el comentario, la agente Trapesonian dio un leve respingo y Berg la miró de soslayo. Nada de eso pasó desapercibido para Elisa.

—No se ofenda —se dirigió a la agente pelirroja—. No es culpa de los ciudadanos estadounidenses. Es este sistema «democrático» —marcó las comillas con las manos— el que nos hace parecer estúpidos a todos.

La agente Trapesonian sonrió condescendiente, pero Waldo lo tomó como el pistoletazo de salida.

—Entonces, ¿está usted de acuerdo con este manifiesto? —preguntó.

Elisa tomó el manuscrito que Waldo le tendía.

—¿Rápido o lento?

—¿Perdón?

—El gigante rubio tiene mi bolso con mi móvil, mi cartera y mis gafas de cerca. Acabaremos antes si me las devuelve.

Todos en la habitación en penumbra abandonaron la atención de la pantalla para mirar a Marek, quien había despertado de su letargo y sostenía el bolso en la mano como si se tratase de una granada de mano.

—Yo se las llevo —se adelantó Flavia, arrebatándoselo de las manos. La mirada de los presentes se dirigió a la puerta tras la que desaparecía la agente.

No tardó ni un minuto en reaparecer por la pantalla, justo lo que le costó recorrer el pasillo, colocar una de sus tarjetas en la funda de las gafas y acceder a la sala de interrogatorios.

—Buenas noches —saludó Flavia en español—. Aquí tiene.

Los que lo seguían todo por la pantalla no lo pudieron apreciar, pero los ojos de la sospechosa se hicieron más grandes.

—¿Prefiere la versión en español? —continuó Flavia, señalando las diferentes copias del manifiesto.

Elisa pareció perturbada por primera vez desde que había entrado en aquella sala. Miraba de forma alternativa a las copias del manifiesto, la funda de las gafas —en la que asomaba la tarjeta que acababa de dejar Flavia— y los ojos de la agente. Tomó las gafas sin apartar la mirada de ella y el estuche se cerró como la concha de una ostra. Un gesto de dolor atravesó el rostro de Elisa, desviando hacia allí la atención de los asistentes mientras la tarjeta pasaba desapercibida.

—No, gracias, no será necesario —contestó al fin. A continuación, cogió la primera versión del manifiesto y se colocó las gafas.

Flavia permanecía inmóvil frente a la sospechosa.

—Gracias, agente Amato —le recriminó Waldo con mirada severa.

—Sí, claro —respondió ella perturbada. Abandonó la sala y regresó a la otra, donde consiguió evadir todas las miradas de sus compañeros hasta llegar a la última fila.

Marek la esperaba con el pulgar hacia arriba y ella respondió con un ladeo de cabeza antes de volver a centrar su atención en la pantalla.

—Tras la interrupción —prosiguió el director adjunto— y por respeto al resto de personas en la sala, ¿podemos volver al inglés?

—No hay problema —contestó Elisa, levantando la vista del papel para asentir.

—Gracias. —La sonrisa de Waldo no engañó a nadie—. Entonces, señora... ¿Es señora o señorita Bayo?

—Si me pregunta si estoy casada, la respuesta es no.

—Entonces, señorita Bayo, ¿está usted de acuerdo con ese manifiesto?

—¿Usted no?

—Me da asco —exclamó él, apoyando las palmas en la mesa y acercando su rostro a unos centímetros del de Elisa.

—Agente Berg —dijo la interrogada, que se retiró hacia atrás para alejarse lo más posible del aliento de Waldo y poder encarar al sueco—. No me diga que no está usted, aunque sea un poquito, de acuerdo.

—No —respondió él con contundencia.

—¿Ni un poquito?

—Nosotros no estamos del lado del terror —contestó, pero esa vez con menos contundencia.

—Así que se trata de eso: el bando de los malos y el de los buenos. ¿De verdad? De otros me lo puedo esperar, pero usted tiene pinta de inteligente.

—Han matado a inocentes. ¿No es suficiente justificación para saber en qué lado nos deja eso? ¿Está usted de acuerdo con el asesinato de esa gente? —la interpeló Berg.

—Acostumbro a no desear la muerte de ningún ser vivo, por muy detestable que sea —contestó Elisa a la vez que miraba de reojo al director Waldo de forma tan sutil que pasó desapercibida para muchos, pero no para Berg, que estaba frente a sus pupilas—. En cambio, los Estados a los que ustedes representan hacen excepciones con esa parte, encuentran justificaciones a ese respecto.

—¡Basta de cháchara! —interrumpió Waldo con un golpe en la mesa—. Esa señorita que ha entrado y le ha hablado tan dulcemente en español tiene una teoría muy interesante sobre usted. ¿Quiere escucharla?

Elisa hizo un leve asentimiento.

—Piensa que usted es una solterona amargada que sigue enamorada de Fabrice Flamcourt y que trabaja sin descanso para él con la esperanza de que un día, por fin, se dé cuenta de su error y se case con usted. De esta forma, usted es responsable, tanto como el señor Flamcourt, de los asesinatos del viernes en Estocolmo y puede que también del de hoy mismo —Waldo hizo una pausa para escrutar a la sospechosa, que permanecía impertérrita—. La agente se ha gastado mucho dinero en traerla hasta aquí y ahora espera que usted confiese sus atroces crímenes. ¿Lo va a hacer?

Elisa negó sin que pudiera leerse en su rostro emoción alguna. Trapesonian y Berg se dirigieron una mirada de incredulidad. Desde luego, si era una nueva técnica de interrogatorio, la desconocían.

—En ese caso —continuó Waldo—, le aconsejo que nos diga algo que nos conduzca hasta la localización de Fabrice Flamcourt. Algo que no sean monosílabos o diatribas comunistas, porque todavía podemos alargar esto muchas horas más —la amenazó y se acercó más y más a la burbuja vital de la sospechosa.

Elisa cerró los ojos. Pasaron varios segundos en los que la científica no parecía respirar. El silencio fue ganando densidad mientras Berg se movía incómodo en la silla y Trapesonian escrutaba

el rostro de Elisa y el del director adjunto. Lo único que evidenciaba que todavía corría sangre por las venas de la interrogada era su yugular, cuyo tamaño se había agrandado y palpitaba con fuerza.

Berg se centró en esa parte de la anatomía de la científica. Justo cuando percibió que la palpitación se calmaba, Elisa abrió los ojos.

—Legalmente —dijo en un tono calmado—, dudo mucho que todavía tenga que estar aquí. He venido por propia voluntad y por propia voluntad voy a salir ahora mismo de esta sala —terminó y retiró la silla hacia atrás en un gesto pausado.

—Ahora mismo puedo acusarla de asesinato —amenazó el director adjunto, apoyándose sobre la mesa para volver a entrar en el espacio vital de Elisa—. Así que dígame dónde está Fabrice Flamcourt si no quiere pasar la noche en el calabozo.

—Me voy ahora mismo —respondió ella y se levantó de la silla.

Berg lo hizo también como un resorte para llegar a su lado.

—Por supuesto, señorita Bayo; yo la acompaño a la salida. Vamos a buscar alojamiento y encargarnos de que pueda volver a su domicilio lo antes posible.

—¡Y una mierda! —exclamó Waldo, que volvió a golpear la mesa—. Se vuelve en autobús. ¡Y se vuelve ya! Trapesonian, saque un billete en el primer autobús que salga de la Estación Central.

—Señor —replicó ella con un tono apenas audible—, a estas horas no creo que haya nada. Me temo que habrá que buscar alojamiento y mañana ya...

—Por supuesto, si quiere alojarse en nuestros calabozos del sótano, estaremos encantados. Tal vez mañana, más descansada, podamos tener otra charla.

Elisa se alisó la camisa y pensó en lo que había variado su día desde que esa misma mañana se la había abrochado al llegar a la finca de la cooperativa.

—Correspondiendo su amable trato... —respondió a Waldo mientras recogía su bolso—, bueno, el suyo no tanto, pero el gigante rubio me ha caído bien, no emprenderé acciones legales. Encantada de conocerlos. —Y se despidió con un ladeo de cabeza—. Gracias, sé

dónde está la salida —añadió para detener el avance de Berg, que pretendía acompañarla.

Cuando la puerta se cerró, Berg y Trapesonian se miraron incómodos. Waldo, por el contrario, esbozó una sonrisa.

—Sirva a todos los presentes de ejemplo —afirmó el director adjunto, paseando la mirada hasta dirigirse directamente a la cámara del interrogatorio—, y en especial a la agente Amato, responsable de esta cagada, de cómo no se lleva una investigación y de cómo no se prepara el interrogatorio de un testigo o sospechoso. Gracias a mi intervención, por lo menos los contribuyentes no han tenido que pagarle unas vacaciones a esta señora. Agente Amato, espero el informe en mi mesa mañana a primera hora.

El centro de la diana de la perorata de Waldo no escuchó la orden, porque justo en ese momento salía corriendo hacia la puerta. Flavia llegó al pasillo cuando las puertas del ascensor empezaban a cerrarse tras la científica.

Elisa respiró hondo y se recostó contra la pared del ascensor con los ojos cerrados. Miles de pensamientos se agolpaban en su cabeza; el prioritario y más acuciante, salir de allí cuanto antes. El segundo, buscar un sitio para pasar la noche, uno con suficiente espacio para sus ejercicios de taichi. Necesitaba, antes de irse a dormir, canalizar toda la energía negativa que le había caído encima.

Pero un instante después algo no iba bien, las puertas deberían estar cerradas y el ascensor bajando. Todavía contra la pared, abrió un ojo para descubrir que en el espacio entre las puertas había un tobillo coronado con un zapato de tacón bajo. El ascensor volvía a abrirse, pero Elisa no dejaba de mirar lo que parecía un tatuaje al final de aquel tobillo. El dibujo de la piel se alejó de su ángulo de visión para recuperar la verticalidad y bajar al suelo, mientras la mirada de Elisa siguió el trayecto inverso. Detrás de aquel tobillo aparecieron unas piernas enfundadas en un pantalón de traje azul marino. Ascendiendo por ese camino, pasó por una cintura breve y un escote que respiraba trepidante.

Para una mente como la de Elisa, curtida en las disciplinas del taichi y el yoga, ese movimiento del escote no debería suponer distracción alguna. Pero tal vez la dedicación cartujana con la que se

había empleado en los últimos meses le había privado de otros esparcimientos de la carne y ahora su cuerpo se rebelaba y detenía su mirada en ese punto.

La demora no pasó desapercibida para los ojos negros que la miraban al final del ascenso. El primer movimiento de la mujer del traje fue cerrarse la chaqueta. Después, tenderle una mano.

—Hola, soy Flavia Amato.

De nuevo aquella mujer se dirigía a ella en español y no pudo menos que incorporarse para devolverle el gesto.

—Elisa Bayo —contestó, evitando que los impulsos eléctricos, generados por el contacto con la mano de aquella mujer y cuyo destino se alborotaba por diferentes partes de su anatomía, afectaran al tono o el timbre de su voz.

Durante un instante ninguna retiró la mano, alguna energía universal las mantenía entrelazadas al igual que sus miradas. Después, una puerta que se abría y un murmullo de voces rompieron la conexión y Elisa presionó el botón de bajada.

—No sé por dónde empezar... —comenzó Flavia en un perfecto español—. En primer lugar, esto no debería haber sido así...

—¿Qué parte?

—Todo.

—¿Quiere decir que me han secuestrado por error?

—Bueno, lo de secuestro es un poco fuerte, pero no, no nos hemos equivocado de persona, te buscábamos a ti... Bueno a usted, pero no así, en plan sospechosa número uno...

A Flavia se le enredaba el discurso y la mirada escéptica de Elisa tampoco ayudaba. Cuando empezaba a derivar en balbuceos, el ascensor llegó a la planta baja y las puertas se abrieron.

Elisa salió con paso decidido mientras que a Flavia le costó un poco más reaccionar, ya que estaba tratando de poner un poco de orden en su cabeza.

—¿Dónde va a pasar la noche? —preguntó la agente a la vez que daba rápidos saltitos, que no eran correr, pero con los que logró dar alcance a Elisa.

—En el calabozo no.

—Podría... ¡Podría quedarse en mi casa!

—Perdón, ¿cómo dices? —preguntó Elisa, girándose hacia ella con las cejas a la altura del cogote.

—Quiero decir... ¡Espere! —exclamó; la cogió del antebrazo y detuvo su paso—. Volvamos a empezar.

Elisa esperó paciente a que, tras una larga respiración, Flavia recuperara el habla.

—He buscado lo que cuesta un billete de autobús de Amsterdam a Pamplona, que es el único gasto aprobado por el responsable. Son ciento nueve euros —explicó, mostrando la pantalla de su móvil con la página de un buscador y la cifra indicada junto al itinerario—, pero no puedo presentar la factura de un hotel porque no estoy autorizada para ese gasto concreto. Sí que puedo pagar parte del billete de vuelta en avión y usted deberá hacerse cargo del resto. —Flavia hizo una pausa para confirmar en el rostro de Elisa que iba por buen camino—. Decía lo de dormir en mi casa para que no tuviera que hacerlo en una silla en el aeropuerto o en la estación de autobuses.

—En primer lugar, me acabas de invitar a pasar la noche en tu casa, por lo que creo que puedes tutearme. —Las mejillas de Flavia se caldearon—. En segundo, quiero ir a descansar a un hotel.

—Yo te busco uno y te llevo —sentenció Flavia, recuperando parte de la seguridad en sí misma que aquella mujer le arrebatava con su presencia—. Dame un segundo, conozco uno que está muy bien —añadió e indicó con la cabeza un rincón del vestíbulo con una mesa de café y sillones alrededor.

Elisa claudicó con un suspiro y Flavia extrajo de su bolso otro móvil.

Mientras la agente tecleaba en su teléfono personal, Elisa se sentó en la butaca de enfrente, observando el tránsito de gente, poco fluido a esas horas de la noche. Uno de los ascensores llegaba en ese instante a la planta baja. Elisa contuvo la respiración cuando las puertas se abrieron.

—Mejor me pido un taxi y ya...

—Un segundo, ¡ya lo tengo! —exclamó Flavia, evitando con la mano izquierda que Elisa se pusiera en pie a la vez que con la derecha le tendía su móvil.

Justo en ese instante, del ascensor emergieron dos policías uniformados, ninguno que Elisa reconociera de la sala de interrogatorios, así que volvió la vista al móvil, en el que le esperaban fotos de la web de un hotel. Mientras revisaba el aspecto de las habitaciones, saltaron tres mensajes de texto en la pantalla. Remitente: Nat.

«Voy de camino a tu casa, no me muevo de la puerta hasta ver ese cuerpazo».

Al instante...

«Como me pones».

Y una décima de segundo después...

«Te tengo unas ganas».

—Está bien, servirá —afirmó Elisa, que se levantó de la mesa y devolvió de forma distraída el teléfono a su dueña—, aunque... —añadió mientras retenía el terminal y mantenía la mirada asombrada de Flavia— a lo mejor me replanteo la oferta de tu casa. Pinta que Nat y tú vais a montar una buena fiesta.

Los ojos de Flavia se abrieron como platos cuando leyó los mensajes. Sobre su tez olivácea se impuso el tono rojo.

—Vamos, tengo el coche en el aparcamiento —reaccionó la agente un instante después y se dirigió hacia los ascensores—. No es que tenga plaza ni nada, solo son para los vips, pero cuando Fiona, la jefa, no viene, me avisa y...

Flavia detuvo su cháchara, consciente de que, por mucho y muy alto que hablara, no conseguiría borrar de sus mentes aquellos malditos mensajes. El silencio sería una opción más digna mientras digería la frustración de no contar con un DeLorean que la devolviera a un punto del pasado en el cual ella hubiera elegido su teléfono del trabajo, aséptico y opaco, para buscar la web del hotel.

Cuando salieron del ascensor, sobre la desolada tercera planta del aparcamiento de la Europol solo se oían sus pasos.

—Mi oferta sigue en pie —añadió la italiana, haciendo parpadear las luces de un Alfa Romeo Giulietta estacionado frente a ellas—, no va a haber ninguna fiesta en mi casa. Ni tampoco interrogatorios, solo descanso.

Elisa se detuvo a mirar directamente a los ojos negros de la agente por encima del techo del coche.

—Hotel, gracias.

—Por supuesto —aceptó Flavia y entró en el vehículo.

Su Alfa Romeo volvió a la vida y la parte de «They don't speak for us» del *No Surprises* de Radiohead irrumpió a volumen elevado.

Elisa se detuvo con el cinturón de seguridad en la mano para mirar a la policía con los ojos muy abiertos. Por su parte, Flavia no paso por alto el gesto que había provocado en ella la música, pero no bajó el volumen ni le devolvió la mirada, sino que simuló estar concentrada en sacar el coche del garaje.

Deslizando su Giulietta por las calles de La Haya, la agente se esforzaba por encontrar un inicio de conversación brillante. De *No Surprises* pasaron a *Creep* y un leve estremecimiento en el cuerpo de Elisa le dio la inspiración.

—¿Te gusta Radiohead? —preguntó aparentando serenidad.

Elisa tardó en contestar; su vista parecía perdida no solo en el paisaje de la ciudad a través del cristal delantero, sino en algún momento del pasado.

—Hubo un tiempo en el que Thom Yorke me acompañaba a todas partes... Hacía mucho tiempo que no lo escuchaba. Me pregunto cómo una niña como tú ha llegado hasta Radiohead.

—Que haya nacido más tarde no significa que no pueda tener buen gusto.

Elisa hizo un gesto aprobando la respuesta y Flavia se palmeó mentalmente la espalda.

—Además, no soy una niña, y para demostrar mi madurez... —se aclaró la voz— confesaré que me he tirado el pegote: no he llegado sola a Radiohead ni estaba en mi biblioteca de Spotify hasta hace unos días. —Elisa se volvió, intrigada—. *No Surprises* es la banda sonora que acompaña el manifiesto del Ejército Universal.

Elisa se quedó rígida en el asiento y la agente aprovechó el momento.

—¿*OK Computer* es el disco que escuchabas con Fabrice Flamcourt?

Elisa no respondió, dejó que un largo silencio desviara la vista de Flavia de la circulación. Cuando lo hizo, la expresión de su rostro era lo suficientemente elocuente como para que la agente se mordiera el labio, restando en la mente todos los puntos que creía haber ganado antes. La italiana optó entonces por concentrarse en el tráfico y dejar que la música enmendara el resultado de su torpeza.

—¿Cómo hablas tan bien español? —preguntó Elisa unos instantes después—. La expresión «me he tirado el pegote» no creo que aparezca en el Wordreference.

—Estuve dos años viviendo en Alicante.

—¿Erasmus?

—Ajá.

—¿Qué estudiaste?

—Algo aburrido comparado con tu carrera. Mientras yo estaba de fiesta en el Stereo, tú ya tenías un doctorado en Mecánica Cuántica.

—No sigas por ahí —le advirtió Elisa, corroborada por la voz del GPS, que justo indicó que habían llegado a su destino.

A su derecha, en lo alto de un edificio combado, el hotel anunciaba su nombre holandés.

—Para compensar todos los desaciertos que hemos tenido hoy contigo, te invito a cenar —propuso Flavia al detener el coche.

—Con una cena no se paga lo de hoy.

—Bueno, pues sacamos también el billete de avión y, con ese justificante, te puedo dar los ciento nueve euros.

—Estoy muy muy cansada —contestó Elisa a la vez que se desabrochaba el cinturón.

—Entonces, ¿cómo hacemos lo del billete? ¿Te invito a desayunar?

—No te rindes, ¿eh? —protestó Elisa, que ya se veía en horizontal sobre la cama *king-size* que había visto en la web.

—Por favor... —rogó Flavia con las manos entrelazadas.

El ruido del tranvía al detenerse en la parada cercana de Voorbug interrumpió la conversación. Elisa cerró los ojos y mantuvo la respiración hasta que este abandonó la estación.

—Está bien. Si tu amigo o amiga Nat te desata de la cama, ven mañana a las once. Tomaremos un *brunch*.

Con estas palabras Elisa se desvaneció del coche, camino del hotel. Flavia la acompañó con la mirada. Pese a lo duro del día y la ropa de trabajo con la que había sido sorprendida en el huerto de su cooperativa, su porte destilaba elegancia. La agente se preguntó cómo lo haría. Después se acordó de los mensajes de Nathaniel y el cansancio de los últimos días hizo mella en su cuerpo. Se desplomó sobre el volante del coche y trató de recuperar las fuerzas suficientes para deshacerse de él de forma amable. Eso era energéticamente menos costoso que encarar la situación desde una perspectiva madura. Justo esa dejadez le había llevado a la situación actual. Una sucesión de encuentros sexuales, más o menos placenteros, que se concentraban o estiraban según las necesidades de ambos o, para ser sinceros, en los últimos meses según el ritmo perezoso que imponía Flavia.

CAPÍTULO 4

MARTES (I)

U nos golpecitos en la puerta de su apartamento fueron suficientes para despertar a Marek. Con parpadeos intermitentes, fue haciéndose cargo de la situación; según el reloj de su móvil eran cerca de las siete, apenas cinco horas desde que soltó su maleta en el suelo de aquel lugar. De nuevo sonaron golpes, esta vez con más contundencia.

Salió de la cama para llegar en tres pasos a la puerta de entrada, donde lo esperaba la agente Trapesonian con una taza en la mano.

—Solo y sin azúcar —saludó y le tendió un café, a la vez que repasaba de forma indisimulada su vestuario. Tanto la camiseta como los calzoncillos llevaban conviviendo con él dos días.

—Gracias... —Si le había dicho su nombre la noche anterior, él no lo recordaba.

—Kathy —añadió ella. Esta dio un paso hacia delante ante la pasividad de Marek. Su pelo, todavía húmedo, desprendía aroma a flores y esencias cuyos exóticos nombres Marek nunca era capaz de retener cuando su exmujer los pronunciaba.

—Gracias, Kathy —respondió, poniendo distancia entre la esencia de flores y su sudor de dos días. Pensó que el nombre no le pegaba nada. Podría ser Jane, Hanna, Andrea..., tal vez Christine, pero no Katherine.

Con el primer sorbo de café, el agente emitió un sonido gutural, mitad oso, mitad criatura sexual.

—Cafetera de lujo —respondió ella, que acusó sobre su temperatura corporal la parte más sensual del gruñido.

No era solo que el café fuera bueno, es que Marek no recordaba haber mencionado sus preferencias la noche anterior. Desde que Flavia desapareciera tras Elisa Bayo, la agente Trapesonian había sido la única que se había interesado por él. Consiguió las llaves de uno de los apartamentos que quedaban libres, le llevó a cenar y después al edificio de apartamentos reservados para el personal desplazado de la Europol, donde ella también se alojaba. Si le había indicado el número de su apartamento, tampoco se acordaba. La noche anterior estaba tan cansado que debió de quedarse dormido antes de tocar las sábanas.

Se sentía como la mañana siguiente al rollo de una noche. No tenía resaca, estaba casi seguro de que no habían tenido sexo, pero tampoco recordaba nada de lo que habían hablado. Pensó que, ahora que estaba separado, volvería a tener que lidiar con esa sensación. No le gustaban los rollos de una noche y todas las mierdas que conllevaban.

—¿Piensas llegar tarde a la reunión? —preguntó la agente ante su inacción—. Waldo ya os odia, no le hacen falta más motivos.

—¿Reunión?

—Estamos citados a las 8:00, lo hablamos ayer —contestó Kathy y examinó las pupilas del polaco en busca de indicios de sustancias que explicaran su falta de memoria.

—El cansancio es una droga poderosa —respondió él antes de beberse el café de un trago y quitarse la camiseta, camino del dormitorio-baño.

Desde el comedor-salón-cocina americana, Trapesonian acogió con una sonrisa el despliegue de fibra y tono muscular de su compañero.

—¿Y esto cómo se paga? —gritó Marek desde la ducha.

El estudio era tan pequeño que, a pesar del ruido del agua, era como si estuvieran en la misma habitación. Katherine sustituyó la tentación de asomarse al dormitorio —y su visión franca de la mampara de la ducha— para centrarse en la maleta abierta en mitad del salón-comedor-cocina americana.

—Te lo descuentan de la nómina, algo más de setecientos euros.

—¡Si es un estudio!

—Estamos en La Haya, es una ganga —contestó ella, distraída por la foto de un crío bajo una pila de camisetas blancas—. Los miércoles y viernes hacen limpieza; se supone que es opcional, pero no es verdad: doscientos euros más al mes.

—¡Joder!

—Estas aquí para trabajar, no para limpiar. Si dejas el apartamento hecho una mierda, te cargarán más.

Marek salió con la toalla enroscada a la cintura y ella dio un respingo cuyo origen no era precisamente haber sido sorprendida cotilleando la maleta. Si Marek lo había percibido, no dio la más mínima muestra. Cogió una de las camisetas blancas de la pila, unos calzoncillos y un par de calcetines.

—Tienes hijos —afirmó Kathy mirando por la ventana, en un esfuerzo por ignorar el despliegue de carne prieta.

—Hijo, uno, Bazily, de cuatro años —contestó él mientras se ponía la camiseta y se dirigía al dormitorio-baño con los calzoncillos en la mano.

—¿Y la madre? —preguntó ella sin apenas perturbarse. El *modus operandi* de Kathy no incluía la discreción o el disimulo.

—Nos hemos separado —contestó Marek, ya completamente vestido—. ¿Nos vamos?

Subieron al ascensor y la agente del FBI no dejaba de visualizar el torso de Marek y las musculosas piernas que había visto surgir bajo la toalla.

—Iremos a Bélgica a entrevistar a Pier Moos —añadió ella para llenar el silencio de responsabilidades. Esperaba encauzar así sus pensamientos hacia lugares menos perniciosos.

—¿Quién?

—Uno de los supervivientes del ataque, que ha sido trasladado a un hospital belga. —Trapesonian hizo una pequeña pausa y, como Marek no daba signos de saber de quién hablaba, continuó con las explicaciones—: Científico, formó equipo de trabajo con Fabrice, Elisa Bayo, Silvie Darras...

—¡Ah, sí! Está en el expediente de Flavia. Me lo repasaré camino del hospital y así...

—No, tú no vienes. Me refería al agente Berg y a mí. Lo entrevistaremos nosotros.

—Ah... —Marek se quedó mirando sus deportivas hasta que las puertas del ascensor se abrieron.

—¿Qué vais a contar en la reunión? —preguntó ella de camino por el garaje.

Él se encogió de hombros.

—¿Y vosotros?

La agente imitó el gesto de Marek, pero con una sonrisa en los labios.

—La reunión será breve entonces. Los únicos que tienen algo que contar son los del equipo de Aubert —afirmó la norteamericana.

—¿Quién?

—*Senior Agent* Aubert, estaba en la reunión de ayer. Moreno, traje azul oscuro.

—Estás describiendo al ochenta por ciento de los asistentes —respondió él.

—Bueno, es igual; nos van a contar lo que han averiguado de Mijaíl Bajtín y que ya han colgado en la carpeta compartida de SIENA —explicó ella refiriéndose al servidor común de la Europol. Le tendió una *tablet* mientras abría la puerta de un Smart—. Lee mientras conduzco.

Marek tardó unos segundos en ajustar el asiento del copiloto a su envergadura. Cuando terminó, dio un toque en la pantalla y apareció la foto de un joven con un fusil al hombro y una mirada que, a través del objetivo y de casi treinta años, todavía era capaz de transmitir frío.

—Para dejarle una tarde a tu hijo, ¿eh? —bromeó Trapesonian y arrancó el coche.

—Su verdadero nombre es Igor Plogojowitz... —comenzó Marek—. Plogojowitz. ¡Guau! Ahora entiendo su aspecto angelical.

—¿Qué?

—Es un vampiro.

—¿Qué dices?

—Plogojowitz es apellido de vampiro.

—¿No era Drácula?

—Sí, bueno, ese es el famoso, el de Bram Stoker. Pero hay documentado el caso de un campesino serbio, ahora no me acuerdo del nombre del pueblo: Kisili, Kisilisiva, Kisili...

Katherine Trapesonian apartó la mirada del volante para clavarla con toda la intención en Marek, que, buen entendedor, se posicionó en su asiento para retomar la lectura del informe.

—Igor Plogojowitz. Serbio. Nacido en 1976 —continuó leyendo—. En julio de 1995, como parte del grupo paramilitar Los Escorpiones, participó en la masacre de Srebrenica.

—¿Qué?

—Srebrenica, Bosnia, guerra de los Balcanes... —Marek iba aportando datos, pero el rostro de Katherine no mostraba signos de reconocimiento—. La antigua Yugoslavia.

—¿Un resumen para una chica nacida en Arkansas? —rogó la agente.

—¿Cuánto dura el trayecto a la oficina? Es complicado hasta para un polaco, al que le tocó más o menos cerca.

—Oye, no necesito un doctorado.

—OK, Yugoslavia era una nación de repúblicas... Mezcla de culturas, religiones, todo pegado con el Loctite de un dictador comunista. Cuando muere este hombre...

—¿Quién?

—El dictador; se muere de viejo y, además de su muerte, está lo de la caída del Muro de Berlín y el bloque comunista... Todas esas tensiones, acumuladas durante años, saltan por los aires. Imagínate, ahora son seis repúblicas... ¿o siete? No sé, tendría que mirarlo... Bueno, espera, joder, no tengo que mirar nada, me las sé. A ver, Bosnia, Serbia, Croacia, Eslovenia...

—Al grano.

—OK, espera, que lo he buscado en Google —durante unos instantes solo se oía el sonido lejano de la radio, con el volumen a su mínima expresión—. Genocidio de Srebrenica... —comenzó a leer Marek en la pantalla de su móvil—. Más de ocho mil muertos... Mmm... Etnia bosnia musulmana... Limpieza étnica llevada a cabo

por unidades VRS bajo el mando del general Ratko Mladic, así como por un grupo paramilitar serbio conocido como Los Escorpiones. Aquí estaban nuestro amigo y su fusil... Se produjo en una zona previamente declarada como «segura» por las Naciones Unidas. Mmm... La mayor matanza tras la Segunda Guerra Mundial... Según el informe —ahora Marek cambió su lectura del móvil a la *tablet*—, los serbios recibieron ayuda de combatientes eslavos cristianos de Rusia y también griegos. Es aquí donde nuestro vampiro empieza a hacer contactos con soldados de diferentes partes de Europa y... Mírala con atención —le pidió. Kathy desvió la mirada de la circulación a la instantánea del militar de mirada fría y fusil al hombro—. Es aquí donde Igor Plogojowitz se desvanece para dar paso a Mijaíl Bajtín. —Con un movimiento del dedo sobre la *tablet*, emergió la imagen pixelada de aquel hombre moreno que había protagonizado los noticieros del mundo entero—. ¡Cuidado! —exclamó de repente, señalando el coche que estaba a punto de chocar con su Smart.

Flavia consultó su reloj; llegaba tarde a la reunión de las 8:00 y el detalle no pasaría desapercibido. Por eso mismo, por la larga vigilia de esa noche, unida a las anteriores, y por lo que le esperaba el resto del día, pulsó el número 3 en vez del 5.

El ascensor se fue llenando de caras conocidas. A algunos los saludó con la mirada y con otros improvisó la típica charla insustancial. Salió en el tercer piso, orgullosa por su valentía la noche anterior. Había tenido «la conversación» con Nathaniel. También pensó que había sido eterna y ahora estaba muerta. Si repasaba las horas de sueño de los últimos cuatro días, las podía contar con los dedos de las manos.

El *hall* del tercer piso estaba despejado; seleccionó el número 16 y cerró los ojos. El ruido de la cafetera electrónica la relajaba. El tiempo que duraba la preparación dejaba de luchar contra su adicción. Disfrutaba de su rendición, como un yonqui frente a una jeringuilla de heroína.

«Unos *follanoamigos*, eso es lo que somos», había dicho Nathaniel en algún momento de la conversación. Según la teoría clásica, cualquier tío estaría contento con esa relación. Pero las generalizaciones, los términos absolutos, no funcionan para predecir nada. Las personas no se rigen por prejuicios basados en su cromosoma sexual, el partido al que votan o su color de piel, sino en sistemas complejos e insondables. Y en ese momento, las complejidades vitales que se arremolinaban en Nathaniel —por muy XY heterosexual que fuera y por muy buena que estuviera Flavia— le impedían disfrutar del sexo sin ataduras. Pese a los mensajes subidos de tono que le mandaba, que, por otro lado, era el lenguaje establecido entre ellos para iniciar cualquier contacto, subyacía el deseo de cambiar veinte polvos casuales por dormir una noche juntos. Ella nunca se quedaba en el apartamento de Nat y tampoco le había invitado a dormir en el suyo.

Cuando llegó la noche anterior a su casa y lo encontró esperando en el portal, el cansancio se llevó lo mejor de Flavia. No estaba para demostraciones románticas ni para templar su discurso. «Vete», le había dicho. Ni por favor ni nada. Una cosa llevó a la otra y habían acabado diciéndose cosas feas. Luego se arrepintió y trató de arreglarlo con un polvo de despedida, tras el que Nat se quedó dormido, y se volvió a enredar la madeja. Si pensaba en cómo la abrazaba Nathaniel bajo las sábanas, confirmaba que la charla no había servido de nada.

Dio un sorbo al contenido del vaso de cartón y se dirigió hacia las escaleras. Cuando llegó a la sala de reuniones, nadie se giró por el ruido de la puerta; todos, incluido Waldo, miraban a la pantalla. Sin tratar de entender su suerte, se sentó en una de las sillas y dirigió su atención a la imagen pixelada de Mijaíl Bajtín, cuyo verdadero nombre, al parecer, era Igor Plogojowitz.

Mientras el agente Aubert describía la juventud de aquel hombre en fuerzas paramilitares serbias, Flavia notó la mirada de Marek desde un par de filas por delante. Le saludó con la mano y él respondió con una sonrisa que hizo que ella se sintiese mucho más culpable que si hubiera sido una mirada de reproche. Se había olvidado de él. Lo había traído desde Polonia, para luego mandarlo a

España y, tras atravesar Europa en un día, regresar a La Haya, donde ella lo dejó tirado, sin un sitio en el que dormir.

Retornó su atención a la reunión, donde reinaba el optimismo. Gracias al paso de gigante que había dado el equipo de Aubert, en unos días estrecharían el cerco al aparato logístico de la red, grupo terrorista o lo que fuera que hubiera montado Fabrice Flamcourt. Hasta Waldo parecía contento. Flavia llegó a albergar la esperanza de que tuviera la elegancia de cerrar la reunión sin hacer sangre, pero cuando este se encontró con su mirada no pudo evitar lanzarle una pregunta:

—¿Aportaciones de su equipo, agente Amato?

Al meneo de cabeza de Flavia, el director adjunto contestó con un chasquido de lengua.

—Vaya, esperaba que su impuntualidad tuviera que ver con alguna aportación al caso, algo tan relevante que no pudiera esperar, pero ya veo que no respetar el tiempo de los demás empieza a ser una constante en su trabajo.

Flavia bajó la mirada; a aquel hombre no le quedaba ni un gramo de elegancia, si es que algún día la había tenido. Solo levantó la vista cuando Berg le palmeó la espalda al salir. Trapesonian apenas le dirigió la mirada, salía rezagada y no quería perder la estela del sueco. Ambos iban a entrevistar a Pier Moos sin su ayuda. Otro motivo para mantener la cabeza gacha.

Unos instantes después, un sonido gutural rompió el silencio de la sala vacía. Levantó la vista para ver a Marek desperezándose.

—Buenos días —dijo ella mientras se acercaba a su silla—. ¿Arreglaría un café lo de ayer?

—Mmm... Kathy también me ha traído un café esta mañana —respondió él, mesándose la barba de tres días—, colombiano, no torrefacto, máquina de no sé cuántos bares..., después de invitarme a cenar ayer y conseguirme un sitio donde caerme muerto, literalmente.

—¿Quién es Kathy?

—Trapesonian.

—¿Ella es la que te recogió como un cachorro abandonado?

—Como un perro, sí. Estuvo recorriéndose los despachos de este laberinto hasta conseguirme las llaves de un apartamento.

—Oye, si el premio a mejor compañera del año ya lo tengo perdido, paso de esforzarme...

—Bueno, bueno... —reaccionó Marek y se levantó de la silla—. Un café te pone otra vez en la senda.

—En la senda, ¿eh? —replicó Flavia con una sonrisa—. Tira, vamos a la cafetera de esta planta, que no me voy a quedar mucho tiempo.

—¿No pensarás ir a entrevistar a Pier Moos? Ya lo he intentado y están las plazas cogidas.

—Lo sé, Waldo no está escatimando esfuerzos en complicarnos la vida, pero todavía nos da tiempo para preparar algunas preguntas para el interrogatorio. Berg está de nuestra parte.

—Kathy también.

La confusión visitó el rostro de Flavia un segundo.

—¡Ah! Se me olvidaba que la agente de enlace Trapesonian ahora es Kathy.

—Eso y que te lleva mucha ventaja en la carrera a la mejor compañera de trabajo.

—Toma. —Le tendió la taza humeante—. Mi regreso a la senda: solo y sin azúcar. Te invitaría a comer para seguir ganando puntos, pero he quedado para un *brunch*.

—Ah, ¿sí? ¿Con quién?

—Con Elisa.

El rostro de Marek pasó de la confusión a la sorpresa en una décima de segundo.

—Así que la sospechosa número uno ahora es Elisa. ¡Cuántas cosas han cambiado desde ayer a estas horas!

—Vete acostumbrando al ritmo. Sospechosa o no, es la mayor fuente de información andante acerca de Fabrice Flamcourt. Y, salvo milagro, desaparecerá en unas horas.

—Vale, voy contigo.

—No —respondió Flavia desde alguna parte muy primaria de su cerebro.

—¿Qué? ¿Por qué? —preguntó él asombrado—. Dijo que yo le caía bien.

Flavia evaluó la situación: ir con Marek era la mejor opción, ya que era el que sabía de física, por eso lo había traído de Polonia. Una conversación interesante en el *brunch* podía ser el gancho que necesitaba para retener a aquella mujer. Además, ella también recordaba la parte del interrogatorio en la que Elisa había confesado su afinidad por el «gigante rubio». Pero precisamente esto anuló su parte racional.

—También le caes bien a Trapesonian. Mejor te quedas con ellos para preparar el interrogatorio de Pier Moos.

Gustav Blumer se miró en el espejo de cuerpo entero. Las cortinas estaban abiertas y la primera luz de la mañana penetraba en el ático sin trabas; no obstante, encendió la luz.

Un minuto y cuarenta segundos después, salía disparado hacia el baño. Después de revolver el contenido de los cajones, regresó al vestidor con un espejo en cada mano. A modo de bailaora, Gustav fue alternando la posición de los espejos hasta barrer la esfera superior de su cuerpo. En todas las direcciones, el espejo de cuerpo entero le devolvía la misma imagen. Efectivamente, era lo que le habían prometido: aquella camisa, hecha a medida, le hacía desaparecer la barriga sin necesidad de ponerse la chaqueta.

Las suelas de unas deportivas incrustadas con cristales Swarovski derraparon sobre el parqué recién encerado, pero Gustav no se percató. Ingrid, su mujer, había hecho un alto en su camino hacia el gimnasio y lo miraba desde la puerta del vestidor.

De sus más de cuarenta años de matrimonio, Ingrid podía contar las sorpresas que le había proporcionado su marido, agradables o no, con los dedos de una mano. Que lo pillara haciendo posturitas frente al espejo a sus casi setenta años y que, además, estuviera hablando, literalmente, con el cuello de su camisa, colocaba aquella incidencia en el *top five* de la lista.

«¿Confirma que es usted Gustav Blumer?», preguntaba la voz sensual que emanaba de la ropa.

—Sí, lo confirmo —contestaba él como si estuviera ante el altar de una diosa.

«Pregunta número uno de seguridad: dorsal del equipo de fútbol del colegio».

Los cuarenta años de matrimonio pesaban lo suyo, por eso el interés de Ingrid no duró mucho. Su cerebro había retenido la suficiente información gráfica para provocar carcajadas en el almuerzo de los jueves con sus amigas del club tras la sesión de pilates. Alentada con ese pensamiento y las variaciones histriónicas que podría alcanzar su relato, aumentó el volumen de su iPod y ya no escuchó la respuesta de su marido a la segunda pregunta de seguridad, ya que estaba tratando de recordar cuál fue la *playlist* que le recomendó su entrenador personal para la sesión de elíptica de ese día.

«Identidad confirmada —continuó la voz sensual—. Está bien, señor Blumer, prepárese a morir».

El gesto de incredulidad de Gustav duró solo unos instantes, el tiempo que tardaron las toxinas, liberadas desde la camisa, en alcanzar su torrente sanguíneo. Después todo fue una sucesión de gestos involuntarios: la tos improductiva, sus manos agarrando la garganta en un esfuerzo tan ímprobo como inútil por conseguir oxígeno, un grito ahogado y los tres pasos hacia el pasillo, donde se desplomó como un fardo.

Cuarenta y cinco minutos después, Ingrid abandonaba el gimnasio en busca de su primera recompensa en forma de zumo antioxidante. La segunda y gran recompensa de la mañana le esperaba justo después, en la intimidad de su bañera y con Lang Lang resonando en el ambiente. Muy *mainstream*, sí, pero la fantasía de su apuesto entrenador personal en taparrabos y acariciando las teclas de un piano de cola la ponía muy cachonda.

La botella de agua vacía se escurrió de sus manos y fue rodando, de forma estridente, hasta detenerse contra la barriga de su marido. Estaba tirado en el suelo, en medio del pasillo, con la cara azul.

De entre la avalancha de sensaciones que recorrieron las terminaciones nerviosas de Ingrid, se impuso la contrariedad. Ahora su recompensa tendría que esperar. Y para que la historia del espejo y la camisa tuviera gracia de verdad habría que aguardar a enterrar primero a su marido.

En el mismo instante en que Ingrid descubría el cuerpo azul de su marido en Hamburgo, Flavia levantaba la mano para pedir la cuenta en el restaurante de un hotel de La Haya.

No había probado bocado en la hora y media que llevaba esperando. En teoría, para reservarse para el *brunch*; en la práctica, porque tenía un nudo en el estómago. Los primeros setenta minutos de adelanto sobre la hora de la cita los había pasado con un café, los siguientes, con una tila.

Frente a ella tenía los manifiestos del Ejército Universal, pero sus análisis en busca de mensajes cifrados se interrumpían con divagaciones acerca de cuál sería la elección de Elisa Bayo para el *brunch* o cómo sería un día de rutina en la cooperativa. En el momento en que se descubrió fantaseando con la idea de que se estuviera duchando en alguna habitación a unos cientos de metros, sacudió la cabeza y sacó el móvil para hablar con Marek, pero no llegó a llamarle.

Él estaba reunido con Berg y Trapesonian, preparando el interrogatorio de Pier Moos. El sueco y la americana apostaban por rescatar los detalles que lo habían llevado hasta su asiento, en el Konserthuset Stockholm, cinco días atrás. Por el contrario, Flavia y Marek estaban más interesados en los trazos de un pasado más lejano, que no aparecían en las publicaciones científicas, pero que resultaban lo suficientemente relevantes para haber reunido al grupo de investigación quince años después. A todos menos a Elisa Bayo.

De pronto, una figura familiar hizo su entrada en el salón del hotel y el corazón de Flavia empezó a bombear como si estuviera en peligro. La figura avanzó hacia su posición y ella salió de su error:

aunque aquella mujer lucía una trenza similar, no se balanceaba con la misma gracia.

Miró el reloj; pasaban más de quince minutos de la hora acordada. Con restos de adrenalina todavía en la sangre, dejó el dinero de sus consumiciones y salió del comedor.

—Buenos días —saludó a una trabajadora en el mostrador de recepción—, había quedado con una de sus clientas y se está retrasando, llevo aquí más de una hora. ¿Podría avisarle a la habitación?

Si la recepcionista se extrañó por la petición en la era de los móviles y la conectividad múltiple, no se reflejó en su sonrisa.

—Está bien, ¿qué número de habitación?

—No, no lo sé... Habíamos quedado en el comedor.

Ahora ya eran dos las incongruencias, que dibujaron sendas arrugas entre las estilizadas cejas de la recepcionista.

—¿Me puede decir el nombre y apellidos?

—Elisa Bayo. —La mujer tecleó en el ordenador y, por unas décimas de segundo, su rostro adoptó una expresión indescifrable—. Pero a lo mejor no se ha registrado con ese nombre —se precipitó Flavia, malinterpretando dicha expresión y eliminando con su comentario cualquier rastro de la sonrisa que lucía la recepcionista unos segundos antes.

El silencio ganó densidad.

—Señora Claasen —continuó Flavia, leyendo la identificación prendida en la chaqueta de su interlocutora—, si me dice el número de habitación, yo...

—No puedo dar esa clase de información —respondió la mujer con aspecto severo.

—Soy policía —concluyó Flavia, enseñando su placa.

La señora Claasen se tomó su tiempo para examinar la documentación que le tendía Flavia, demostrando que las formaciones a las que había asistido, que debían prepararle para enfrentarse a casos similares, no habían sido en balde o simplemente para prolongar la agonía de Flavia.

—En ese caso, agente Amato, debería saber mejor que yo que no me está permitido dar esa clase de información —respondió,

devolviéndole la placa y recuperando la sonrisa—. Sí que puedo confirmarle que la persona que usted busca se ha alojado con nosotros y que esta misma mañana ha abonado la factura.

—¿Cuándo?

—Realizó el *check out* hace dos horas y media.

Flavia descargó su frustración sobre el mostrador de madera antes de murmurar algo parecido a una despedida y girar sobre sus talones.

—Agente Amato —la llamó la recepcionista—, le ha dejado esto a su nombre.

Flavia tomó el sobre que le tendía la mujer y lo abrió allí mismo. La recepcionista no se movió ni un milímetro de su posición ni dio muestras de interés por el contenido del sobre. Eso no se lo habían enseñado en ningún curso de formación: los buenos modales y el pelo rubio venían de serie en los de su estirpe.

Lamento no haber acudido a la cita, asuntos más urgentes me reclaman. En el próximo universo, la buscaré yo a usted; hasta entonces, le deseo estabilidad en este tiempo y espacio.

P. D.: Recuerdos al gigante rubio.

Flavia leyó cuatro veces el manuscrito antes de plegarlo para guardarlo en el bolsillo de la chaqueta.

—De nada —murmuró la recepcionista cuando Flavia se dirigía a la salida.

Si la italiana llegó a escucharla, no respondió. Actuaciones como aquella no le iban a granjear el premio a la agente más educada de la Europol.

CAPÍTULO 5

MARTES (II)

Sobre la mesa de la sala de reuniones del quinto piso se alternaban copias de los manifiestos del Ejército Universal en inglés con ensayos de física cuántica. Marek se mesó la barba; era la tercera vez que leía el mismo artículo, una de las publicaciones que le habían granjeado a Fabrice el Premio Nobel, y tres eran los días que llevaba sin afeitarse.

Con respecto a la primera realidad, necesitaría una cuarta y una quinta lectura para que el sedimento de lo que allí leía calara en su materia gris. Le encantaba la física y, a pesar de su dedicación a la policía polaca, seguía las publicaciones de sus compañeros de doctorado que habían conseguido hacer algo parecido a una carrera enlazando becas precarias con la enseñanza. Pero estar y no estar a la vez, ondas de probabilidad, las dimensiones extras y sus infinitas compactaciones... La razón humana está inhabilitada para hacerle un hueco a la teoría de las supercuerdas.

En cuanto a lo segunda cuestión, su aspecto no soportaría un cuarto día sin afeitarse. Por alguna razón, tal vez por el imaginario común construido a base de vikingos sucios y barbados cometiendo todo tipo de tropelías, la barba le proporcionaba una imagen más violenta. Nunca le había gustado intimidar con su aspecto y mucho menos para ejercer de policía en un nuevo destino, donde no le conocía nadie.

—¿Así que aquí es donde te escondes, Kraszewski? —La pregunta procedía de Berg, seguido de cerca por Trapesonian—. Te

llevamos buscando un buen rato por todo el edificio.

Marek se encogió de hombros.

—No sé dónde está mi mesa, si es que me corresponde una.

—La burocracia de esta casa es un elefante pesado y somnoliento —sentenció Berg mientras sus ojos barrían los confines de la sala—. Es probable que encontremos a Fabrice Flamcourt en alguna cueva en el culo del mundo antes de que te asignen un escritorio y un PC. ¿Y Amato? —preguntó tras su frustrada búsqueda.

—Ha salido y me ha dejado con esto —respondió Marek y señaló la mesa, en la que asomaba una *tablet* entre un mar de papeles—. ¿Cómo os ha ido?

Berg chasqueó la lengua.

—Poca cosa. Lo más interesante que traemos es la invitación a la ceremonia de los Nobel. Nos la dio la mujer de Pier.

—Ha entrado como prioritaria en el laboratorio —añadió Trapesonian.

—No te hagas ilusiones —advirtió Berg a la pelirroja—, no habrá anotado en el remite la dirección de su batcueva.

—¿Y qué os ha contado del artículo de la materia oscura del 2011? ¿Por qué Elisa Bayo y Fabrice no lo firmaron?

—Nada, no se lo hemos preguntado.

—¿Y el asunto de la denuncia del becario? —insistió Marek.

—Jesús —exclamó Berg con la vista en el techo—, el hombre estaba sobre la cama de un hospital, recuperándose de las heridas ocasionadas por una bomba que ha matado a sus vecinos de asiento... —La frase quedó en suspenso porque un mensaje en su móvil llamó su atención.

—Sabemos que la invitación a los Nobel no llegó de la nada —interrumpió Katherine, incapaz de contenerse— y que hubo una reunión de todo el equipo de investigación unas semanas antes de la ceremonia en esta dirección —explicó mostrando sus anotaciones en un papel arrugado—. Pier Moos no fue, pero, al parecer, todos los demás sí. Tal vez también vuestra sospechosa. —Trapesonian comprobó que su compañero seguía enfrascado en su móvil y

prosiguió compartiendo sus hallazgos—: En un par de horas, podremos comprobar si existió esa reunión.

—Cuando vuelva Amato de donde quiera que esté —interrumpió Berg mientras guardaba el terminal en el bolsillo—, dile que estará todo en el informe que va a redactar Trapesonian y que subiremos a SIENA en un par de horas.

Ella dio un respingo.

—No me mires así —le dijo el sueco, levantando las palmas de las manos—, a mí me toca convencer a todo el equipo médico para que podamos volver a entrevistarlo en un par de días. Vamos, tenemos trabajo.

Unos minutos después de que ambos desaparecieran tan fugazmente como habían aparecido, Marek visionaba las últimas entrevistas que concedió Fabrice antes de la ceremonia de los Nobel.

Una mano de dedos largos y estilizados cruzó por la pantalla de su *tablet* y Marek se incorporó, quitándose los auriculares.

—¿Cómo lo llevas? —preguntó Flavia y señaló la mesa llena de documentación.

Él se encogió de hombros en un gesto recurrente en los últimos días.

—Toma. —Su compañera puso la mochila de un portátil encima de la mesa.

—¿Y esto?

—Mi escalada fulgurante a los primeros puestos del *ranking* de mejor compañera del mundo. No me he movido del departamento de IT hasta que me lo han dado. Como solo tienes contrato de un mes no tienes asignada dirección de correo ni acceso a SIENA, pero te he conseguido mochila ergonómica y estoy en negociaciones para que liberen algún puesto cerca de mi mesa.

—Me ha preguntado Berg por ti —le comentó Marek mientras sacaba el nuevo portátil de su funda.

—¿Y qué le has dicho?

—Que habías salido.

—¿Sin especificar?

—Nada más.

—Una respuesta que te sitúa en el *top five* de la lista de mejores compañeros del mundo —exclamó Flavia con una sonrisa a la vez que se ubicaba en la silla contigua a Marek y encendía su portátil—. No hubiera soportado tener que dar explicaciones a alguien más.

—¿Qué te ha contado Elisa Bayo?

—Nada, porque no se ha presentado, pero se ha tomado la molestia de escribir una nota en la que te envía recuerdos.

Marek sonrió mientras encendía su ordenador.

—Contraseña: «Inicio-uno-cero-cero-dos», la primera en mayúscula —le explicó Flavia distraída con algo que emergía en su pantalla—. Luego la cambias.

—Sí, ya.

Durante unos instantes solo se oyó el sonido del tecleo en los portátiles... hasta que Flavia lo interrumpió —«*Merda puttana!*»— de manera elegante.

—¿Qué pasa? —preguntó Marek, pero ella pareció no escucharlo pues el contenido de la pantalla absorbía su atención—. ¿Qué es eso?

Tras unos segundos, ella suspiró, se reclinó sobre la silla y, por fin, reconoció con la mirada la presencia de su compañero.

—Este es el resultado de la búsqueda de Elisa Bayo dentro del registro de viajeros en vuelos de hoy desde Amsterdam, Rotterdam, Frankfurt y París.

Cuando Marek se inclinó hacia el respaldo de la silla de la italiana, un aroma a miel, cerezas y mandarina se coló por sus fosas nasales y ya no se pudo concentrar en el listado de la pantalla. Primero, porque era complicado entender cómo una misma persona había podido tomar esa misma mañana cuatro vuelos casi a la vez y desde diferentes aeropuertos. Segundo, porque desde esa posición tenía una vista inmejorable del escote de su compañera y casi todas sus neuronas susurraban: «No mires, no mires, no mires...». Cuando el subconsciente se rebeló contra esa sencilla orden y miró, entonces a las neuronas les tocó gritar: «¡No te empalmes, no te empalmes, no te empalmes!... Piensa en tu tía Janica en bañador».

—¿Cómo? —consiguió balbucear en medio de la algarabía de su cabeza—. ¿Cómo lo ha hecho? Es imposible... —Aunque no era un comentario sublime, por lo menos no quedaba como un mono salido.

—Desde luego, no es algo que una persona inocente esté en posición de hacer —sentenció Flavia justo antes de saludar a tres agentes trajeados que entraban en la sala—. Mierda, se me ha pasado el tiempo volando —exclamó tras consultar su reloj—. Vamos a recoger esto antes de que aparezca Waldo.

—¿Para qué?

—Ah, sí, perdona, se me olvidaba que tu móvil no está en la lista de distribución. Hay reunión, ha habido otro asesinato.

Los ojos de Marek se abrieron como platos, pero su sorpresa se fue diluyendo con el goteo de agentes accediendo a la sala y la prisa por recoger los documentos.

—Buenos días. —Cuando Waldo inició la reunión un minuto después, los ojos de Marek habían recuperado su aspecto normal y en la mesa solo había dos portátiles y una pulcra pila de papeles sobre la que descansaba la *Tablet*—. Este es Gustav Blumer en abril de 2010 —continuó mientras señalaba la imagen de un hombre de unos cincuenta años proyectada en la pantalla—. Acababa de ser absuelto de un delito ecológico por el Hanseatisches Oberlandesgericht, el Tribunal Superior de Justicia de Hamburgo. Hoy ha sido hallado muerto en su domicilio, asfixiado. —Tras un clic, la pantalla mostró la foto de una mujer en traje de chaqueta y mirada severa—. Esta es... —rebuscó entre sus papeles— es...

—Traudel Meinl —apuntó el agente que manejaba la presentación ante la infructuosa búsqueda de su superior—. La foto es del mismo día del 2010, a la salida de los tribunales, tras ser también absuelta de los mismos cargos. —Después de su intervención, el agente Shaun Cranston posó la mirada en el director adjunto hasta que este le hizo un gesto para que continuara—. Su marido la ha encontrado hoy, medio asfixiada, en su domicilio, y ahora mismo ambos están siendo tratados en la unidad de cuidados intensivos del Universitätsklinikum Hamburg-Eppendorf. El pronóstico es reservado.

Un nuevo clic y la pantalla cambió de la instantánea de Traudel Meinel a otra de dos hombres, más jóvenes y sofisticados que sus predecesores.

—Christopher Scheider y Sebastian Weiß —continuó el agente Cranston—, también absueltos. Estas cuatro personas formaban parte del consejo directivo de Blumer & Libs Industries, empresa química fundada por los padres de Gustav y Traudel en los años cincuenta y cuya principal actividad era la producción de cloro y sosa de alta pureza.

»En 2009 fueron denunciados por verter mercurio de forma incontrolada al Elba. —La pantalla dejó de mostrar las imágenes de los cuatro directivos para alternar algunos artículos de prensa del seguimiento del juicio—. No se pudo demostrar el origen del vertido y fueron absueltos. La empresa tampoco tuvo que pagar la restauración medioambiental. No obstante, a partir de entonces, la imagen de la compañía quedó muy tocada.

»Una multinacional inglesa empezó a hacerse con las acciones de la empresa. Poco a poco, la autoridad de Traudel y Gustav se fue diluyendo en las figuras de Christopher Scheider y Sebastian Weiß, cuya visión del negocio difería de forma notable. De la mano de la multinacional, Christopher y Sebastian invirtieron en tecnología; la producción se fue modernizando y diversificaron sus productos.

»Cuando, unos años más tarde, fueron completamente absorbidos por la multinacional, a Gustav y a Traudel se les ofreció una superlucrativa salida del consejo. Hace ocho años que ambos cogieron la pasta para convertirse en jubilados. En la actualidad, Christopher Scheider y Sebastian Weiß siguen ligados a la empresa.

—Al grano —interrumpió Waldo cuando el resto de los asistentes a la reunión permanecían absortos por la eficiencia del equipo de Cranston en la recopilación y transmisión de la información.

—Cuando encontraron muerto a Blumer —continuó el agente sin acusar la interrupción— solo vestía una camisa y unos calzoncillos. Según la primera declaración de su esposa, la última vez que lo vio con vida estaba hablando con su camisa nueva. Por su

parte, el marido de Traudel se la encontró tosiendo en el suelo, suplicando que le quitaran el vestido que llevaba puesto. Consiguió romperlo y meterla debajo de la ducha, y por eso el marido también quedó contaminado. Ahora mismo ambos están siendo sometidos a tratamientos de diálisis y transfusión de sangre.

»Los primeros indicios apuntan a que tanto la camisa de Gustav como el vestido de Traudel liberaron una toxina que provoca de forma casi instantánea la muerte por asfixia. Terrorismo de alta sofisticación. —Shaun Cranston hizo una pausa en su exposición para dar tiempo a la asimilación de sus palabras y a cambiar la proyección a la página web de una empresa textil—. Volviendo a la multinacional inglesa que absorbió Blumer & Libs Industries, una de sus ramas tiene una sede de tejidos inteligentes en Manchester. Desde camisetas, pantalones y faldas que no hace falta lavar o planchar a avanzadas centrales de inteligencia artificial que monitorizan tantas constantes vitales del portador de esas prendas como si de una operación a corazón abierto se tratara.

—Tanto la camisa como el vestido enviados por los terroristas fueron producidos en ese centro de Manchester —dedujo Waldo.

—Bueno —Shaun carraspeó antes de volver a contradecir al director adjunto—, también podría ser que no se fabricaran en esa empresa y que los terroristas pusieran las etiquetas para ganar credibilidad frente a las víctimas. Al parecer, el vestido y la camisa fueron entregados a Traudel y Gustav en agradecimiento por los servicios prestados en el pasado. Los tejidos están siendo analizados en el laboratorio de Hamburgo y se está trazando el envío con la empresa de mensajería que hizo la entrega.

—¿Y los otros dos directivos no han sido atacados? —quiso saber Berg.

—Al parecer —contestó Cranston, felicitándole con un gesto por la agudeza de su pregunta—, Christopher Scheider, Sebastian Weiß y el resto de la directiva actual no han recibido ningún paquete. Aunque tampoco parece un movimiento inteligente: un obsequio caído de la nada de su propia empresa hubiera sido algo fácilmente comprobable y hubiera puesto sobre aviso a los destinatarios de las otras entregas. No obstante, que no hayan sido

alcanzados por el mismo ataque no significa que estén fuera de peligro. Habría que aprobar la vigilancia y protección de estas dos personas.

—Solo vigilancia —sentenció Waldo tras unos instantes de reflexión—, para la protección no necesitan el dinero de los contribuyentes. Las mejores empresas de seguridad privada estarán al alcance de sus bolsillos. Cranston, te encargas de esa vigilancia. En cuanto a los interrogatorios, quiero a todo el personal relacionado con las víctimas de Hamburgo y la empresa de Manchester... Bueno, quiero a la multinacional entera, desde los que limpian los retretes hasta los máximos responsables. En la reunión de mañana nos informas de los resultados.

—Es poco tiempo para...

—Cranston, nos llevan ventaja, tenemos que correr tanto como ellos, ¿entendido?

El agente asintió mientras tragaba saliva. Su gesto no dejaba lugar a dudas del esfuerzo de sus meninges, tratando de conciliar los recursos de su equipo con el compromiso que acababa de adquirir.

—Quiero a los CEO de la empresa aquí. Sacadlos de sus partidas de golf o de la cama de sus prostitutas, pero, Cranston... — Paul Waldo manejaba las pausas del discurso con destreza—, sin helicópteros —añadió con un guiño.

Ante estas últimas palabras, varios de los presentes sonrieron, liberando parte de la tensión acumulada. Flavia, al sentir sobre su rostro la mirada de casi todos, optó también por la sonrisa frente al sonrojo.

—Buenos días a todos. —La voz que saludaba, avanzando desde el umbral de la puerta hasta el centro de la sala, era la de Fiona Magee. La sonrisa de Flavia se hizo más amplia a la vez que se preguntaba cuánto tiempo llevaría ahí.

—Cranston y el resto del equipo, buen trabajo —continuó Fiona, dirigiéndose con la mirada no solo al agente, sino al otro personal que llenaba la estancia—. Continúad, por favor —añadió y se apoyó en una de las columnas.

—Buenos días —saludó Waldo a la recién llegada; después, con un ligero carraspeo, templó su voz—. Berg, Trapesonian, ¿qué

nos podéis contar?

La agente del FBI cedió el primer turno de palabra a Berg. Cualquiera que no viera las uñas apretadas contra el dorso de sus manos pensaría que la cesión no le costaba ningún esfuerzo.

—Nos hemos dado un paseo por Bruselas —comenzó el sueco— y hemos visitado la habitación del hospital donde Pier Moos se recupera de las heridas ocasionadas por la bomba que estalló a menos de cinco metros de su asiento. El hombre está vivo de milagro, no hemos podido apretarle mucho. Pero, aun así... —Berg accionó el control remoto y en la pantalla emergió la foto del equipo de investigación: cuatro caras sonrientes y dos distantes —, aquí están Pedro Gutiérrez, Silvie Darras, Pier Moos, Robert Kimberly, Fabrice Flamcourt y Elisa Bayo en 2011, la misma instantánea que nos mostró la agente Amato. Ayer pensábamos que la invitación a la entrega de los Nobel les cayó de la nada, sin haber tenido contacto en muchos años, pero parece ser que no fue así. —Con un nuevo movimiento de la mano, el agente Berg cambió la imagen de la pantalla a las fotos de una vivienda en la web de intercambio de casas—. En esta casa tan acogedora de París, distrito Gif-sur-Yvette, hace solo dos semanas se reunieron Pedro Gutiérrez, Silvie Darras, Robert Kimberly, Fabrice Flamcourt y Elisa Bayo. Pier Moos recibió también la invitación, pero no asistió. Su hija debutaba ese mismo fin de semana con la Société Philharmonique de Bruxelles. Toca el chelo...

—¿Qué? —interrumpió Fiona.

—El chelo, la hija de Pier Moos toca el violonchelo en la ...

Waldo hizo un gesto para que aligerara.

—Dos fines de semana antes de la entrega de los Nobel —retomó Berg—, Fabrice volvió a reunir a todo el equipo de investigación. Tal vez para asegurarse de que asistían al evento; tal vez no estuvieran tan desconectados como en un principio pensamos.

—Si Pier Moos no acudió a la reunión, ¿cómo sabemos que, efectivamente, hubo tal reunión y quién asistió? —interrumpió Flavia.

Berg asintió y volvió a la instantánea del sonriente equipo en 2011 para hacer un *zoom* sobre la imagen de Silvie Darras.

—Agentes de la policía francesa volvieron a entrevistar al viudo de Silvie Darras, que confirmó que el fin de semana del 28 de noviembre su mujer estuvo en un congreso en Milán. —Berg hizo una pequeña pausa para chasquear la lengua—. Su esposa murió un jueves y, el martes siguiente, este se enteró de que el congreso al que supuestamente había acudido ella dos semanas antes y desde el cual se había molestado en enviarle unas fotos muy convincentes, era una tapadera para encontrarse con el examante que la ha asesinado. No envidio la semana de este señor. —El *zoom* cambió a otro de los rostros sonrientes mientras Berg consultaba sus notas—. Robert Kimberly, divorciado, vivía solo en Manchester. El fin de semana del 28 de noviembre le tocaba quedarse con sus hijos, pero le pidió un cambio a su exmujer para poder asistir a un congreso en Milán. Los agentes de la policía han tomado testimonio a una vecina, que confirma que vio salir el 27 de noviembre a Robert con una maleta.

—¿Y cómo se encuentra este hombre? —preguntó la vicedirectora.

—Sigue en cuidados intensivos, las quemaduras son severas —intervino Trapesonian—. Depende de su evolución en las próximas cuarenta y ocho horas.

Mientras esta informaba sobre el delicado estado de salud de Robert Kimberly, el proyector se había orientado para mostrar al hombre del centro de la foto, en aquel momento director del proyecto.

—A la viuda de Pedro Gutiérrez —continuó Berg— también le contaron lo del congreso en Milán. En este caso, no pareció sorprenderse mucho de que este no existiera. Ya tenemos tres probables asistentes. Por último —añadió, volviendo a mover el *zoom* hacia el rostro del hombre más buscado del mundo—, la mujer de Fabrice Flamcourt confirma que su marido no pasó ese fin de semana en su residencia de Capbreton. Esto no es muy relevante, ya que viajaba mucho y casi nunca estaba en casa.

—Al parecer, la conciliación familiar no ha llegado al ámbito del terrorismo internacional —bromeó Fiona Magee.

Berg acogió con una sonrisa la interrupción.

—Es difícil dedicar una tarde de viernes a los deberes de mates de tu hijo mientras el sábado por la mañana planeas reventar el orden mundial establecido —continuó la broma.

—Y Elisa Bayo, ¿cómo sabemos que asistió? —preguntó Flavia.

El sueco se giró hacia ella; disfrutaba de la expectación creada.

—¡Porque la reunión fue en su casa! —exclamó Katherine Trapesonian, levantándose de su asiento, incapaz de contenerse más. Berg se echó a un lado y le cedió el control remoto. La pantalla mostraba ahora un listado con el sello de la Administración francesa —. Este es un extracto del registro de la propiedad de Gif-sur-Ivette, en París. —Subrayado en amarillo, resaltaba el nombre Elisa Bayo Echague.

Marek se volvió hacia Flavia de forma instintiva, quien le devolvió la mirada con las cejas a la altura del cogote. El resto de los presentes alternaban su atención entre ellos y Paul Waldo, que se mesaba la barba con un gesto nervioso.

—Agente Amato, ¿todavía tenemos a esa mujer? —preguntó Fiona. La irlandesa se incorporó desde la columna en la que se apoyaba para hacerse cargo de la dirección de la reunión.

Flavia negó con la cabeza, su tez olivácea había perdido unos tonos.

—¿Dónde está?

Marek y Flavia intercambiaron una mirada de circunstancias; ella recuperó la compostura para incorporarse y tomó el control remoto de la mano de Trapesonian.

Mientras buscaba en los archivos del servidor, Flavia organizaba sus ideas o, más bien, cómo exponer solo parte de ellas, y trataba de contener las emociones que aquella mujer, de nuevo encaramada al número uno de la lista de sospechosos, le generaba.

—Elisa Bayo ha pasado esta noche en el hotel Den Haag-Voorburg.

—¿Cómo lo sabemos?

Flavia se aclaró la garganta antes de responder.

—Porque yo misma la dejé allí.

El silencio se hizo en la sala y la mirada de Fiona la invitó a proseguir con las explicaciones.

—El resultado del interrogatorio no había sido bueno y pensé que tal vez, si la acompañaba, podría conseguir algo.

Algunos miraron a Waldo, que mantenía su rostro impertérrito, pero tampoco era capaz de afeear la conducta de Flavia.

—¿Y qué conseguiste?

—Nada —contestó ella apesadumbrada, lo que hizo nacer una sonrisa en el rostro de su superior—. Accedió a dedicarme unos minutos esta mañana. Cuando me he presentado en el hotel, una hora antes de la cita, ya no estaba allí.

—¿Dónde ha ido?

—Me temo que eso tampoco lo sabemos —respondió ella mientras buscaba entre los archivos del servidor, hasta que encontró el documento que quería mostrar—. Este es el registro de pasajeros de un vuelo que ha salido esta mañana a las 10:22 desde el aeropuerto de Rotterdam con destino Barcelona. —El nombre Elisa Bayo Echague estaba resaltado en amarillo. A continuación, Flavia desplazó el cursor un par de páginas más abajo—. Esta es la lista de pasajeros de un vuelo que ha salido a las 13:30 horas del aeropuerto de Frankfurt con destino Madrid. —Elisa Bayo Echague volvía a destacarse en amarillo. Cuando se aseguró de que todos los presentes lo habían visto, Flavia cambió de documento—. Este es un vuelo que ha despegado a las 13:00 horas desde el aeropuerto de París con destino Hilo, Hawaii. —Una vez más, Flavia detuvo el cursor sobre el nombre de Elisa—. Por último, Elisa Bayo Echague también aparece en la lista de pasajeros del vuelo de las 12:07 horas desde Amsterdam a Roma. Los cuatro trayectos son plausibles. Desplazándose en tren o coche desde La Haya ha podido llegar a todos estos aeropuertos a tiempo para coger los vuelos.

—Berg, ¿podéis revisar las cámaras de seguridad de los aeropuertos mencionados? —sugirió Fiona Magee.

—Está bien —respondió el sueco no muy convencido—, pero nos lleva ventaja, la mayoría de esos vuelos ya han aterrizado. Por otro lado, si es capaz de registrarse en cuatro aviones que vuelan de forma simultánea, ¿quién nos dice que ha volado en uno de ellos? Podría estar viajando de cualquier otra forma bajo una identidad falsa o incluso no haber salido de La Haya.

—¡Hawaii! —exclamó Marek, ganándose la atónita mirada de todos los presentes, incluida Flavia—. Hilo es el aeropuerto más cercano a Mauna Kea, volcán donde está situado uno de los observatorios astrofísicos más importantes del mundo. —Ajeno a las miradas que se intercambiaban los asistentes, se incorporó hasta donde estaba Flavia mientras tecleaba en su móvil—. De La Haya a París en tren son... tres horas y treinta y ocho minutos. ¡Podría haber cogido ese vuelo!

—Marek, no te seguimos —susurró su compañera.

El polaco levantó la vista de la pantalla para, tras observar el gesto de los asistentes, hacerse cargo de la situación.

—Elisa Bayo me dijo que se iba al observatorio de Mauna Kea, y eso está en Hawaii. Ese avión todavía no ha aterrizado.

—¿Y por qué alguien se toma la molestia de *hackear* la seguridad de cuatro aeropuertos y otras tantas compañías aéreas para cantarle luego el itinerario al primer policía que conoce? —preguntó Berg verbalizando el pensamiento del resto de los agentes.

Como única respuesta, Marek se encogió de hombros.

—Con la colaboración del FBI podríamos comprobarlo —intervino Flavia y miró a Katherine.

—¡Por el amor de Dios! —exclamó Paul Waldo.

—No tenemos nada que perder —sentenció Fiona—. Katherine, ¿puedes conseguirlo?

Trapesonian notó la mirada de todos los presentes y, aunque no tenía ni idea de cómo hacerlo, decidió jugarse un órdago a la grande.

—Sí, señora —respondió sin titubeos.

—Muy bien; fin de la reunión, todos a trabajar.

En algún punto de la meseta central rusa, a Max Hickman la sonrisa le llegaba a las orejas, y eso que no era una persona que acostumbrara a sonreír. A sus veintisiete años, podía contar con los dedos de una mano las veces que lo había hecho así; si existían las agujetas de pómulos, las experimentaría en unas horas. En cualquier caso, un bajo precio por el baño de masas que se estaba dando.

Cuando le quitaron la venda de los ojos, después de no sabía cuántas horas, se encontró en un pasillo en penumbra. A su lado estaba el hombre que le había recibido en el aeropuerto de Atatürk, en Estambul, el mismo que le había vendado los ojos, subido a una avioneta y proporcionado comida y bebida durante el largo trayecto hasta ese pasillo, en cualquier lugar del planeta.

Horas de incertidumbre, pensando que todo había salido mal, que tal vez los paquetes habían sido interceptados antes de la entrega o que los mecanismos de segregación del cianuro de la camisa y el vestido no habían funcionado. También hubo horas de arrepentimiento: por atentar contra dos seres humanos, por unirse al Ejército Universal y por haberse dejado conducir como un corderito a lo que parecía su inminente final.

Hasta que aquel hombre abrió la puerta de lo que parecía un comedor, donde una veintena de personas esperaban su entrada triunfal. Todas empezaron a aplaudir y, de manera automática, Max comenzó a andar y sonreír. En un rápido vistazo, observó que, de ellos, solo seis eran mujeres, pero el bajo porcentaje se veía compensado por lo atractivas que eran algunas. Cuando cruzó su mirada con la de una rubia, alta y esbelta, la turbación le alcanzó el rostro y trató de ocultarlo forzando una tos improductiva, parecida a un tic nervioso.

Llevaba casi dos años comunicándose a través de las redes sociales con la mayoría de ellos, y el hecho de que estuviera viéndolos en persona y fuera a asignar un rostro a cada uno de aquellos alias significaba que su misión había culminado con éxito.

De entre todas las caras a las que aún no asignaba un nombre, solo reconocía la del soldado número 003 por haber visto su imagen en las televisiones del aeropuerto. Su aspecto era muy

saludable para haberse estrellado con un coche y haber acabado con la vida de aquel banquero español solo un día antes.

Al final del pasillo improvisado por la gente le esperaban las únicas dos personas que no sonreían; también las había visto multitud de veces en internet: una pertenecía a Fabrice Flamcourt, soldado 001 y líder del Ejército Universal, y la otra, a Mijaíl Bajtín, soldado 002.

Con su avance, el rostro del primero se fue suavizando hasta que Max se situó a un par de metros.

—Bienvenido, cero cero cuatro —exclamó Fabrice dirigiéndose no solo al recién llegado, sino a todo el personal congregado alrededor de ellos—. Buen trabajo.

—Gracias, señor —balbuceó Max y dio un paso hacia delante. Todas las humillaciones del colegio, la soledad de sus fines de semana en la universidad, todas las chicas que lo rechazaron... le habían conducido a ese momento. Y aquella rubia esbelta lo estaba viendo.

—Tu manifiesto está listo para enviarse —sentenció Fabrice, luciendo por fin una sonrisa—. Cuando gustes. —Con un gesto de la mano, invitó a Max a seguirle por una puerta opuesta a la otra por la que había entrado en la estancia.

Detrás de él salió Mijaíl. Mientras recorrían un largo pasillo, más lúgubre que el anterior, notó la mano de Fabrice palmeando su espalda.

—Por aquí. —Le señaló una sala a mano izquierda.

Mijaíl cerró tras ellos y, cuando Max reparó en la expresión de su rostro, un escalofrío le recorrió la columna vertebral hasta parar con un hormigueo en el dedo gordo del pie derecho. Antes de que las dudas y el miedo se hicieran fuertes en su cerebro, Fabrice volvió a hablar:

—Si estás de acuerdo, pulsa «Enter» para enviar —le informó mientras señalaba el monitor que se elevaba en mitad de la estancia.

Max se acercó a la pantalla para leer el manifiesto:

Soy el soldado 004 del Ejército Universal. No me queda mucho tiempo de vida pues mi cometido es violento. Gustav Blumer, de manera consciente, eligió no invertir en la mejora de su proceso de extracción cloro-alkalino con el objetivo de aumentar su cuenta de beneficios. Como consecuencia, desde 1985 a 2010 dos toneladas de mercurio fueron vertidas en el río Elba. Gustav Blumer es responsable...

—¿Y Traudel? —preguntó Max, interrumpiendo su lectura—. Aquí solo habla de Gustav.

—Hemos tenido que corregir el mensaje —contestó Fabrice.

—¿Por qué?

—La misión no ha cumplido los objetivos —intervino Mijaíl.

—¿Qué ha pasado?

—Gustav ha muerto, pero Traudel no —le explicó Fabrice—. Al parecer, su marido le quitó el vestido y la metió bajo la ducha; ahora están los dos en el hospital.

—Lo que nos lleva a reflexionar —añadió Mijaíl— si era necesario añadir a la grabación de confirmación de identidad un mensaje que alertara a las víctimas.

—Asumo la responsabilidad por el error —intervino Fabrice.

—¿El error? ¿En serio? —Max no daba crédito a lo que estaba oyendo y toda la precaución que había tenido hasta ese momento se perdió junto a su orgullo herido—. Un tejido que inyecta una disolución por vía parenteral, que se activa de forma automática y que actúa en cuestión de segundos, ¿es eso un error? ¿Sabéis lo complicado que fue cambiar la insulina, para la que está diseñado ese mecanismo, por una disolución de cianuro? ¿Os hacéis una idea de la cantidad de ensayos de penetración que he tenido que hacer?

—¿He tenido? —interrumpió Mijaíl—. Perdón, ¿has dicho «he tenido»? —repitió a unos centímetros del chico.

—Bueno yo... —respondió Max, azorado.

—Parece que se te olvida que el mayor trabajo de investigación se ha hecho en este laboratorio —insistió el serbio y señaló la estancia al otro lado de la pared.

—Que no se te olvide que esto es una labor de equipo —intervino Fabrice, conciliador.

Max agachó la cabeza con consternación.

—Después de estos meses de trabajo de todo el equipo —dijo Mijaíl modulando su severidad un par de tonos— desarrollando un arma impecablemente eficiente, ¿era necesario grabar el puto mensaje de «prepárese a morir»? —exclamó a la vez que marcaba las comillas con los dedos.

—¿Cuál es el problema? —estalló Max—. Gustav está muerto y Traudel, hasta donde sabemos, está a punto de hacerlo junto a su marido. ¡Dos al precio de uno!

—El marido no era el objetivo —intervino Fabrice, volviendo a mediar entre el inglés y el serbio—. No queremos daños colaterales. Nuestra popularidad crece en las redes porque no cometemos errores: somos la justicia, infalible y certera.

—Por eso no era necesario adornarse —masculló Mijaíl.

—Efectivamente, el mensaje les pone sobre aviso —aceptó Fabrice—, pero los sentenciados deben disponer de un instante para comprender por qué mueren. Para recordar todas las oportunidades de arrepentimiento y enmienda que les hemos ofrecido y que han despreciado. Pero, sobre todo, ese mensaje se dirige al resto del mundo... y no tardará en filtrarse.

—Me apuesto lo que quieras a que en dos días está en el *top ten* de reproducciones mundiales —añadió Max entusiasmado.

—Limítate a mandar el comunicado —respondió Mijaíl y señaló la pantalla del monitor. La opción de enviar seguía parpadeando.

Max sostuvo la mirada del serbio y otro escalofrío viajó por su columna; cuando alcanzaba el dedo gordo del pie, alguien llamó a la puerta.

—Adelante —respondió Fabrice.

Era la rubia esbelta.

—Ella es la doctora Lindsay —le explicó el francés con una sonrisa—, te va a presentar al resto del equipo y a enseñarte cómo funcionamos aquí abajo.

La rubia esbelta tenía nombre y doctorado, se llamaba Lindsay y le estaba sonriendo. Las orejas de Max se pusieron incandescentes y pulsó la tecla para enviar el comunicado sin llegar a leerlo entero.

CAPÍTULO 6

MIÉRCOLES

Elisa removía su cóctel mientras la conversación del grupo escalaba en intensidad, ayudada por la nueva ronda de margaritas, mai tais y resto de combinados pseudoindígenas que prestaban exotismo a las borracheras de los turistas.

Las ocho o diez horas que había dormido en el avión le habían sentado bien, pero en ningún caso podía competir en frescura con el resto de integrantes del grupo, que llevaban un par de días en Hawaii. No habían venido todos, faltaba la última de las acompañantes de Philip. Esto no era del todo inesperado, solía cambiarlas cada cierto tiempo, renovando sus parejas por versiones cada vez más jóvenes y haciendo con su ejemplo las delicias de cualquier escritor de manuales de psicología barata.

Tampoco le hacía falta explicación para la ausencia de la mujer de Mathieu: la tensión de ese matrimonio era palpable desde hacía años y los ojitos que este le ponía cuando se cruzaban la mirada anunciaban su reciente soltería con luces de neón.

Apenas se mojó los labios en el cóctel, lo volvió a dejar en la mesa, pues no quería añadir la resaca a los efectos del *jet lag*, ni mucho menos las consecuencias de una euforia alcohólica con Mathieu al acecho. La sensación de estar siendo observada se repitió y, cuando levantó la vista, allí estaba otra vez aquella chica. En apenas un día que llevaban en el complejo, se había hecho la contradanza las suficientes veces como para darse cuenta de que no

era casualidad. Su mirada, penetrante desde la barra, tampoco era casual.

Volvió a prestar atención a sus compañeros: Philip contaba una historia que arrancaba carcajadas a los ocupantes de la mesa. A su derecha, Karen le sostenía la mano, catalizando el intercambio de energía existencial auspiciado en cada encuentro del grupo. Aunque solo se vieran dos o tres veces al año, aquella atmósfera le hacía bien.

Pero esa sensación se enrareció cuando alguien volvió a sacar el tema de la bomba en los Nobel y la conversación empezó a girar en torno a Fabrice Flamcourt. Solo se hablaba de él, conjeturas sobre dónde estaría y cuál sería su siguiente golpe. Casi todos habían coincidido en algún congreso con él, pero, sin duda, Elisa, por su pasado, constituía el vínculo más sólido de los allí presentes. Por eso, cada cierto tiempo tenía que responder preguntas o asentir ante las variadas conjeturas que se hacían del asunto.

A pesar del *jet lag* y el embotamiento de su cerebro, consiguió mantener oculto el detalle de haber sido detenida, trasladada e interrogada en La Haya. Ese viaje le había dejado muchas emociones que gestionar y no tenía ganas, ni fuerzas, de compartirlo con el grupo. Cuando estuviera más descansada, en un paseo a solas con Karen, sería el momento oportuno.

Mientras la conversación se volvía tan densa que se pegaba a los bordes de su silla, Elisa pensó en la visita del día siguiente al observatorio de Mauna Kea; ese volcán, por el que tanto había luchado los nativos, tenía algo. Si había ido hasta allí, además de para estar con sus amigos, era para sentir la atracción del centro de la galaxia y su sagitario A* desde uno de los cielos más limpios del mundo. Desde que había abandonado la investigación científica, nueve años atrás, Elisa se rendía a la inmensidad de lo desconocido. La materia oscura era la última capa que habían conseguido pelar de la cebolla, solo para descubrir que, además de la inmensidad de este universo, del que apenas se conoce nada, podían esperar muchos universos más replegados sobre dimensiones ocultas.

Después de siglos de incuestionables avances científicos y tecnológicos, mirando un cielo estrellado no se sentía tan lejos de

celtas, mayas o incas. El conocimiento, la razón, se había encargado de cambiar los sustantivos, y lo que en otras civilizaciones eran deidades, para ella era Sagitario A* y su agujero negro supermasivo. Con otro nombre, pero no por ello más conocido.

—¿Te han contado el plan de buceo que he preparado para mañana? —Instalado en su flanco izquierdo, Mathieu aprovechó su evidente desconexión de la conversación del grupo.

—Creía que mañana íbamos al observatorio.

—Sí, pero nos lo abren por las noches; podemos hacer algunas inmersiones por la mañana.

—Ya, pero ¿crees que nos sentará bien bucear por la mañana y ascender cuatro mil doscientos metros por la tarde?

Él se rascó la barba, la ilusión de unos instantes atrás se diluía en incertidumbre.

—No pasa nada —añadió Elisa con la mano en la espalda de su amigo—, tenemos más días.

La alegría retornó al rostro de Mathieu.

—Ya verás, esto te va a encantar. —Le mostró su teléfono móvil, en el que varias aplicaciones de mapas y buceo peleaban por su atención.

Elisa soltó la mano de Karen para sacar sus gafas de cerca y dar nitidez al conjunto de manchas borrosas. Cuando el estuche se abrió como una ostra, la tarjeta de la policía italiana que tan bien hablaba español cayó al suelo. No es que no hubiera pensado en ella en el largo viaje a Hawaii, pero tomó la aparición de la tarjeta como una señal para escribirle un mensaje. Su mente comenzó a hilvanar textos ocurrentes para disculparse por el plantón que le había dado en La Haya y, de forma involuntaria, una sonrisa se dibujó en sus labios. Mathieu interpretó la expresión de su rostro como de entusiasmo y apoyó la mano en su muslo.

A Elisa el contacto la dejó fría. Le tenía mucho cariño y, desde luego, el hombre sabía lo que hacía en la cama, eso lo recordaba bien. Pero, aun así, no le apetecía seguir por ahí. Una pereza enorme se había apoderado de su cuerpo y la monótona charla de buceo de Mathieu no avivaría ese fuego. Elisa no tenía nada que ver con la separación de su amigo, tres o cuatro encuentros en seis o

siete años eran lo que eran, y así estaba bien. Solo esperaba que él, que siempre había sido un tipo elegante, no intentara hacerle responsable de su matrimonio roto para tratar de meterse en su cama. Estaría muy feo y, además de pulverizar todas sus posibilidades, la amistad entre los dos quedaría resentida.

Cuando levantó la vista, allí estaba otra vez. Aquella chica no podía tener ni treinta años, pero su mirada era tan segura y elocuente como la de una mujer de cuarenta. Elisa se dirigió hacia la barra y la sonrisa de la joven no pudo ser más amplia.

—Mmgghh... —Fabrice no pudo silenciar un sonido gutural, desde lo más profundo de su ser, mientras la melena rubia no dejaba de moverse entre sus piernas. Su mirada descendió por la espalda desnuda hasta coronarse en un culito respingón para el que Fabrice también tenía planes.

La visión no podía ser más deliciosa, pero, aun así, mientras se corría, su atención no estaba en el culo de la joven doctora; tampoco la imagen que reproducía su mente era la de su mujer, ni la de su última amante en Capbreton... De una forma poco definida, la portadora de una larga trenza negra y su mirada parda ocupaban la parte de su cerebro que se mezclaba con el alma.

Cuando abrió los ojos, la joven doctora buscaba su aprobación entre sus rodillas. Fabrice forzó una sonrisa, pero la sombra de la larga trenza negra y de aquellos ojos que cambiaban de color sin un patrón definido le había alcanzado. Como tantas otras veces en el pasado, fruto de aquella maldición perenne a los años, de pronto empezó a aborrecer a la joven que tenía enfrente: demasiado complaciente, demasiado entregada.

—¿Qué estabilidad habéis conseguido con el teflón? —preguntó después de aclararse la voz.

La joven doctora en biología molecular tardó unos segundos en contestar. De rodillas y con aquel regusto en su boca, la pregunta la pilló desprevenida.

—Las pruebas del teflón no son definitivas, la cantidad que teníamos no era suficiente para...

—¿Cuánto tiempo?

—Diez minutos —contestó Lindsay bajando la vista.

—En ese caso, no podremos repetir esto hasta que no consigamos veinte minutos de estabilidad en el recipiente. Trabajamos contra reloj y estos encuentros son una distracción.

La decepción en el rostro de Lindsay Hargrave no tuvo tiempo de manifestarse, ya que la puerta del dormitorio se abrió de repente y la inglesa emitió un grito ahogado.

En el umbral apareció el hombre conocido como Mijaíl Bajtín y la joven doctora corrió a resguardar su completa desnudez tras las paredes del lavabo.

—Habíamos quedado hace quince minutos —dijo el serbio, con una mueca de disgusto.

—Me he entretenido —contestó Fabrice con una sonrisa de satisfacción.

El rostro de Mijaíl nunca había sido afable, pero su expresión tras recorrer el miembro desnudo de Fabrice no era algo que un ser humano sensible pudiera soportar sin estremecerse. Así pues, Fabrice no perdió ni un segundo en recuperar la compostura, envainar su espada y salir tras él.

En la sala del monitor principal una pantalla de cincuenta pulgadas mostraba las imágenes de seres humanos transitando por las calles de ciudades de todo el mundo. París, Londres, Moscú, Varsovia, Buenos Aires, Milán, São Paulo, Tokio y cincuenta más. Cada cierto tiempo cambiaban el entorno, la luminosidad del día y la indumentaria de las personas que circulaban frente a la cámara en función del hemisferio, la latitud y la longitud en los que se encontraban. Pero había un rasgo común: la distinción verde en su indumentaria.

—Calculamos un seguimiento del treinta por ciento en Europa —ilustró Mijaíl tras observar en silencio las calles de decenas de ciudades—; un quince por ciento, aproximadamente, en América; un nueve por ciento en Asia; y en África y Oceanía, alrededor del tres.

Por otra parte, acumulamos casi un millón de euros en donaciones que, de momento, no vamos a tocar.

—No está nada mal —afirmó Fabrice, palmeando la espalda del serbio en busca de la complicidad perdida.

—A esto habría que restarle un dos por ciento de policías camuflados, distribuidos de forma heterogénea en todos los continentes —añadió Mijaíl en un tono más suave—. Se nos ofrecen perfiles interesantes; algunos de los sujetos que nos muestran abiertamente su simpatía serían piezas claves de reclutamiento.

—Ahora no vamos a contactar con nadie.

—Lo sé, pero no es una información despreciable.

—Desde luego, podríamos necesitarlos en las siguientes fases. ¿Qué pasa con los objetivos Kappa y Lambda?

—En cuanto al objetivo Kappa, en Europa —deslizó el dedo índice en el aire y la pantalla pasó a mostrar una web llena de esvásticas y águilas imperiales—, nos está dando su apoyo incondicional en las redes sociales. —Con un movimiento del dedo, el serbio cambió la dirección web y ahora, en los márgenes de la nueva página, estaban los perfiles del Che Guevara, Marx, la hoz y el martillo. Ambas páginas eran caricaturas de sus propias organizaciones, como si las opiniones allí esgrimidas necesitaran algún tipo de aclaración o refuerzo—. El entusiasmo de Lambda, en Sudamérica, es un poco más tibio, pero nos ofrece su apoyo y el de sus fuerzas armadas.

—Los extremos se tocan, su ansia por subirse al carro es igual de patética. Hay que poner en marcha el plan cuanto antes —sentenció Fabrice con una mueca de desprecio.

—Buena parte de los más entregados a la causa provienen de esas dos fuentes —replicó Mijaíl.

—Queremos la masa social, no a tarados extremistas. Cuando los ejecutemos, nuestra popularidad se disparará.

—Tal vez convenga esperar —advirtió el serbio.

Fabrice desvió la vista del monitor para fijarla en su compañero. Mijaíl le sostuvo la mirada mientras con el dedo índice cambiaba la pantalla.

—Hay un problema en Estonia —aclaró el exmilitar y dio paso a la imagen de un tipo con una túnica verde que daba un discurso aleccionador a la cámara.

—¿Quién es este tío? —preguntó Fabrice después de unos segundos escuchando las diatribas de aquel elemento.

—Él es nosotros. Nos está suplantando.

—¿Y por qué es tan urgente?

—Hace unos años, llegó a hacernos algún trabajo. No estaba en nómina, asuntos muy en la periferia, pero me conoce. Tiene una finca en las proximidades de Tallin en la que está recogiendo devotas para sus orgías. La policía va a detenerle de forma inminente por abuso de menores.

—¿Podemos ser más rápidos que ellos?

—Podemos —asintió el serbio con una convicción rocosa.

—¿Qué nivel de riesgo?

—Bajo, mandaremos a un par de profesionales de la zona. Ni siquiera sabrán para quién trabajan.

—Entonces, adelante. Priorizamos lo de Estonia antes que los objetivos Lambda y Kappa.

—¿Haréis comunicado?

Fabrice se alisó la camisa, todavía alborotada por las escaramuzas previas.

—Sí, lo aprovecharemos —reflexionó—; será nuestro soldado cero cero seis, pero nunca será uno de nosotros.

El serbio ya se giraba hacia el pasillo, cuando Fabrice lo retuvo.

—No nos darán problemas esos profesionales, ¿verdad?

No había terminado la frase y el francés ya se arrepentía del impulso. Mijaíl tenía el poder de hacerle dudar de su inteligencia.

Ni siquiera le hizo falta levantar la mirada para que Fabrice soltara el antebrazo, con el calor de la vergüenza trepándole por las orejas.

A Elisa Bayo se le heló la sangre por segunda vez aquella noche. Apoyada en la barra del Villa Mauna Kea Bar, amplió la distancia respecto a la despampanante chica sentada en el taburete de enfrente. La morena notó la rigidez que había ganado el cuerpo sobre el que se deshacía en atenciones, pero eso no amilanó su avance. Muy al contrario, las yemas de sus dedos dibujaron una caprichosa espiral en ascenso por los pliegues de la falda.

El cosquilleo era agradable; la chica, imponente; pero es que no llevaban ni diez minutos hablando y los dedos casi le tocaban la ingle... ¿Es qué en el siglo xxi nadie había oído hablar de los preliminares? Que la chica era espectacular era una cosa, pero tanta arrogancia le quitaba gran parte de su encanto. ¿Cómo estaba tan segura de que iba a aceptar? ¿Acaso tenía pinta de desesperada?

Aquella táctica, unida al escote que no dudaba en mostrar, seguro que funcionaría con el noventa por ciento de los hombres y más del cincuenta de las mujeres, pero Elisa aspiraba a seguir cumpliendo años sin convertirse en una de esas patéticas estadísticas.

Con un solo movimiento, Elisa Bayo retornó las plantas de sus pies a suelo firme y con ello perdió el contacto de aquellos extrovertidos dedos.

—Me voy a descansar, nos vemos por aquí —sentenció, guiñándole un ojo a la joven, que la miraba asombrada.

Regresó a su mesa, en la cual ya solo le esperaba Mathieu con un brillo en los ojos que dejaba fuera de toda duda por qué no se había retirado a su habitación como el resto.

—Pensaba que traerías dulce para el postre —le dijo a Elisa antes siquiera de que esta se hubiera sentado.

—¿Perdón?

Mathieu señaló con su barbilla el punto de la barra donde todavía seguía acodada aquella chica.

—No sería la primera vez que escoges lo mejor de la carta. — Su mirada era la de un crío frente a un gigantesco helado—. Y pensaba que, para iros las dos solitas, a lo mejor podrías invitarme. Lo podíamos pasar muy bien los tres juntos... Tampoco eso sería del todo nuevo.

—Buff... Hasta mañana, Mathieu.

Con media sonrisa cansada y una palmadita en la espalda, Elisa acababa de estampar el helado de Mathieu contra el suelo. Pero él, cargado de energía como estaba, pensó que no todo estaba perdido y que aún podía salvar la vainilla. Se dirigió hacia la barra, donde aquella morenaza se había quedado sola. Cuando estaba a un par de metros, su objetivo, casi sin reparar en su presencia, se bajó del taburete y abandonó el bar. Mathieu prefirió disimular aquel revés sin modificar su trayectoria, apoyó los antebrazos en la barra y pidió otro *mai tai*.

Dando vueltas a la sombrillita de su cóctel, echó un ojo a la parroquia del Villa Mauna Kea Bar; su libido se resistía al repentino cambio de planes: hacía solo unos minutos rozaba con los dedos un trío con dos mujeres hermosas, pero ahora sus opciones se habían quedado en bajar mucho el listón con alguna de las que lo miraban desde las mesas o agachar las orejas para irse a la cama. Tardaría un par de cócteles más en aceptar su sino aquella noche. Tampoco sería de los primeros en bajar al día siguiente a desayunar.

—¿Cómo nos llamamos? —preguntó Flavia de pronto, interrumpiendo el ensimismamiento de ambos en sus dispositivos electrónicos.

—Yo Marek, encantado, ¿y tú? —respondió el polaco, ganándose un empujón de su compañera. Apenas inclinó el cuerpo sobre su fornido hombro, el fugaz contacto se propagó por la anatomía del policía como pólvora prendida.

—Me refiero a nuestro perfil de la plataforma . —Antes de continuar, Flavia evaluó al resto de ocupantes del vagón: un grupo de jóvenes, probablemente estudiantes, una madre con un crío de unos tres años, un matrimonio de la tercera edad... Ninguno parecía interesado en ellos ni en su conversación, pero, por si acaso, Flavia bajó la voz—. ¿Te lo has inventado tú o ya estaba hecho?

—Hans, el de delitos informáticos, ya lo tenía cuando llegué; solo hacía falta crear el perfil de uno de los dos y te escogieron a ti.

Pero luego pensé que, si hacemos todo esto para poder husmear en la casa sin que Elisa Bayo sepa que hemos estado allí, nuestras fotos en el perfil no es la idea más inteligente.

—¿Entonces?

—Entonces se ha creado un perfil falso con una compañera de la policía francesa, Julie, que estará esperándonos en la estación de París.

—Muy bien, ¿y qué hacemos nosotros allí? ¿Qué relación nos une con Julie?

—Ella y tú sois compañeras de trabajo en una multinacional alemana y estáis en París desde ayer.

—Y tú eres la pareja de Julie.

—No, la tuya —contestó Marek, que notó calor en las orejas—. Yo he venido también, aprovechando la habitación de hotel que paga tu empresa. El fin de semana lo pasaremos en esta casa, junto con la pareja de Julie, que vendrá el viernes —añadió del tirón, evitando un incómodo silencio—. Gif-sur-Yvette está en medio de un parque natural, que pretendemos visitar. Hoy venimos a que nos den las llaves, ya que no vamos a tener otro momento el resto de la semana.

Cuando terminó, Flavia lo miraba con los ojos entrecerrados y Marek no dejaba de temer que lo que estuviera rondando en la cabeza de su compañera fuera por qué no había elegido la solución más sencilla: con la agente francesa de pareja de Marek no hacían falta más protagonistas.

—Y bien, ¿cuál es mi nombre? —dijo al fin la italiana, asintiendo.

—Puedes adivinarlo —propuso Marek con un chisporroteo en sus ojos, mitad alivio, mitad juego.

—¿Cómo voy a adivinarlo?

Antes de responder, Marek consultó su reloj.

—Han pasado veinte minutos desde que salimos de la estación de La Haya, nos quedan casi tres horas más hasta París; después veinte o treinta minutos en cercanías hasta Gif... Tenemos tiempo.

—Técnicamente, ese tiempo es de los contribuyentes.

Marek puso los ojos en blanco en una mueca elocuente acerca de lo que pensaba del quisquilloso comentario de su compañera.

—Va, si es muy fácil. ¿Tantas ganas tienes de volver a...? — Marek tomó el iPad de su compañera para averiguar qué la había tenido ensimismada desde que se habían sentado—. ¿La teoría de cuerdas? ¿En serio?

—No entiendo nada —confesó Flavia abatida.

—Eso no lo entiende nadie, pero ¿lo consideras necesario para la investigación?

La agente reflexionó sobre el motivo por el que se estaba empapando obsesivamente de física cuántica; al principio, era para poder enfrentarse a un interrogatorio con Elisa Bayo, pero ese tren ya había pasado. Si reflexionaba un poco más, alguna que otra vez se había imaginado discutiendo esos conceptos en una hipotética conversación con aquella mujer, si no a la luz de las velas, por lo menos con una copa de vino. En primer lugar, esa hipotética conversación era ya imposible y, en segundo, querer estar a la altura en un mano a mano con la científica, si lo pensaba bien, tenía poco que ver con su deber policial y mucho menos con el dinero de los contribuyentes.

—Pues no, tienes razón, para eso ya estás tú —respondió, apagando su iPad y cruzándose de brazos—. Venga, vale, vamos a jugar; entiendo que el mote de locos de la bata ya le habrá llegado a Hans y el resto del departamento informático, ¿no? —Marek asintió—. Así que me habéis puesto el nombre de alguna científica capaz de entender la teoría de las cuerdas...

—Entender, lo entendería, pero es una teoría muy moderna para ella.

—Mmm... No sé... ¿Marie?

Marek abrió mucho los ojos con gesto de sorpresa.

—¿En serio? —continuó Flavia—. ¿Marie Curie? ¿Es que no tenéis más referentes femeninos?

Marek se encogió de hombros.

—Hans tenía más cosas que hacer, además de crear los perfiles de Airbnb, y yo soy polaco —argumentó él, justificando su

falta de imaginación.

—¿Y Julie? Esa referencia no la he pillado. Espera... —Tecleó algo en su móvil—. ¿Es por Julie Marie Vinten Hansen? —preguntó entusiasmada—. Astrónoma danesa que fue directora de la Unión Astronómica Internacional...

—No creo, ahí no hemos tenido nada que ver. A lo mejor Julie es su nombre de verdad.

—Ah... —murmuró Flavia y borró el entusiasmo del rostro.

—Ya hemos pagado el alquiler del fin de semana con dinero de los contribuyentes —puntualizó Marek en un susurro—, pero de nuestro departamento sale solo la mitad.

—¿Y eso por qué?

—Hay otra operación, en la que está el equipo de Julie —gesticuló con las comillas en el nombre—, a la que no le va del todo mal la ubicación.

—En ese caso, te felicito, esa jugada no la había visto venir.

Marek pensó que había sido una carambola y que había gestionado sobre todo Hans, pero tampoco se iba a quitar méritos frente a su compañera-jefa.

—Yo también me he puesto nombre de ilustre científico. A ver si lo adivinas...

—Contigo lo tengo más complicado, hay mil. ¿Cómo quieres que lo adivine?

—Si lo haces, te invito a un *capuccino* a la orilla del Sena mientras te cuento mi teoría de lo que pasó en 2011 con el equipo de investigación.

—¿Tienes una teoría?

—Me falta confirmar algunas cosas, pero tengo mis fuentes y no he estado cruzado de brazos.

—Vale, pero necesitaré usar la Wikipedia —respondió Flavia, señalando su móvil.

—En ese caso, tienes solo tres intentos.

—¿Solo tres? Es como buscar una aguja en un pajar...

—Venga, te doy una pista: tiene que ver con algo que comentó Fiona Magee el día de mi llegada.

Flavia lo miró unos instantes en silencio hasta que un brillo asomó a sus ojos y tecleó algo en su teléfono.

—¿Erwin? ¿De Erwin Schrödinger?

—¡Increíble! —exclamó el polaco.

—La pista era muy buena, Schrödinger y su gato fue lo primero que traté de entender.

—¿Y lo has conseguido? Entenderlo, digo.

—¿Eso de que está a la vez vivo y muerto? No, no lo entiendo.

—Bueno, tenemos un viaje largo y eso es algo de lo que se puede hablar en el vagón cafetería sin desvelar ningún secreto de Estado.

—Sí, suena apasionante y muy romántico para nuestro primer viaje como pareja —dijo y enlazó el brazo derecho con el izquierdo del polaco—. Por cierto —añadió un segundo después, soltándose—, en cuanto a Erwin, no será demasiado efusivo en público, ¿verdad?

Marek se puso rojo.

—No, claro, yo no he...

Una llamada entrante interrumpió su balbuceo; el identificador del móvil de Flavia anunciaba a Erik Berg.

—Tu chico está que se sale —anunció el sueco en cuanto Flavia descolgó el teléfono.

—Hablamos de...

—El polaco, los locos de la bata, acertó. Elisa Bayo está en Hawaii. —Berg hizo una pausa para darle tiempo a asimilar el anuncio—. Trapesonian ha movido sus hilos y hemos almorzado con las fotos que sus colegas nos acaban de facilitar. Solo son imágenes de zonas comunes, pero yo diría que esa mujer sabe soltarse la melena.

—¿A qué te refieres?

—Juzga tú misma.

—¿Habéis subido las fotos?

—Por supuesto. De hecho, estamos haciendo algo mejor: un montaje con todos los acompañantes de Elisa en Hawaii en una sola imagen, para que la dejéis caer por el vecindario de la casa de París, a ver si suena la flauta.

—De acuerdo, bien pensado, pero ¿por qué le diría a Marek dónde iba a estar? No lo entiendo.

—El chico es guapo y, por las fotos que hemos visto, yo diría que esta mujer no le hace ascos a nada. A lo mejor quería que la acompañara.

Una oleada de sensaciones contradictorias se apoderó del cuerpo de Flavia mientras miraba de reojo a su compañero, que le devolvía la mirada confundido.

—¿Estaréis mañana en la reunión? —preguntó Berg.

—Lo intentaremos —respondió ella con la mirada fija en su compañero de asiento—. Si no volvemos esta misma noche, lo haremos de madrugada.

—Muy bien, entonces mañana tendrás la oportunidad de agradecerle a Trapesonian su buen hacer con los yanquis.

—Si no hay nada más, hasta mañana, Berg —se despidió pasando por alto el último comentario.

—Hasta mañana, Amato —contestó el sueco y dejó que la sonrisa dibujada en su rostro se transmitiera a su tono.

Flavia colgó el teléfono y se quedó mirando a su compañero hasta que este no supo dónde meterse.

—¿Te invitó a acompañarla a Hawaii? —preguntó al fin.

—¿Qué? ¿Cómo? —contestó él, preguntándose qué había hecho para que el ceño de Flavia se frunciera así.

—Elisa Bayo está en Hawaii.

—¡Bingo! —exclamó el polaco y levantó la mano derecha en busca de un *high five*, pero este se quedó congelado en alto ante la expresión de su compañera—. ¿Y por qué no es una buena noticia tener localizada a la principal sospechosa? —preguntó, bajando la mano.

—No dejo de preguntarme por qué te lo dijo. ¿Era una propuesta de tipo sexual? ¿Te pidió que fueras con ella?

—¡Qué dices! No, no, absolutamente no.

—A veces las mujeres somos más sutiles que los hombres y...

—Flavia, sé cuándo una mujer se me está insinuando y Elisa Bayo no lo hizo. Me dijo que se iba al observatorio de Mauna Kea, que estaría allí con unos amigos.

—Pero... ¿por qué querría que supieras dónde iba a estar?

—Es raro, sí. ¿Que más te ha dicho Berg?

Flavia volvió a revisar el ambiente del vagón, antes de acercarse al oído de su compañero.

—Trapesonian ha conseguido la colaboración del FBI y han montado un dispositivo de seguimiento del que ya tenemos las primeras fotos —susurró.

—Joder con Kathy, se ha apuntado una buena.

Flavia emitió un gruñido que pretendía ser asentimiento.

—Nos van a hacer un fotomontaje —continuó ella mientras utilizaba su iPad para entrar en SIENA— de varios de los acompañantes.

—¿Para qué?

—Por si alguien ha visto a alguno de ellos por el vecindario —explicó la italiana. En ese momento algo captó su atención en la pantalla—. La mujer que nos entrega las llaves, con algo de...

La frase de Flavia se fue apagando hasta quedar en silencio mientras sus ojos se abrían completamente. No hacía falta una sensibilidad especial para entender que algo interesante ocurría en su pantalla, pero, con el filtro de privacidad, no había forma de que Marek pudiera verlo. Cuando, movido por la curiosidad, se inclinó sobre el cuerpo de ella, se encontró con aquel aroma a mandarina mezclado con algo más, que no podía ser otra cosa que la transpiración, y se preguntó si esa noche a la orilla del Sena, después de una jornada maratónica, seguiría siendo tan delicioso aquel aroma.

Mientras Marek se perdía por esos vericuetos, Flavia no parecía alarmada por la proximidad del polaco. No obstante, había modificado la foto que tanto la alteraba, aunque no tan rápido como para que él no advirtiera que se trataba de una instantánea en la que una chica muy atractiva invadía la burbuja personal de Elisa Bayo. Unas imágenes después, allí estaban otra vez, en una perspectiva que mostraba la mano de aquella chica descansando en un lugar no muy alejado de la entrepierna de la científica.

Katherine Trapesonian colgó el teléfono y se arregló la chaqueta valiéndose de su reflejo sobre el acero pulido del ascensor. Unos segundos después, llamó a la puerta del despacho del director adjunto.

—Adelante —dijo Paul Waldo, invitándola a entrar con la mano izquierda mientras con la derecha le indicaba silencio, señalando el auricular de su oreja—. Ajá, entiendo —afirmaba hacia su solapa, donde se adivinaba un minúsculo micrófono—. ¿El arma del crimen?... ¿La prensa? —continuaba Waldo mientras Katherine interrogaba con la mirada al agente Berg, sentado a su izquierda, y que negó con la cabeza—. Uhum, una filtración... intencionada, uhum... De acuerdo, gracias. Avisadnos tan pronto esté el informe. Muy bien, gracias.

Cuando colgó, el agente Berg y Trapesonian le miraban expectantes. Había dado las gracias dos veces, así que su interlocutor debía de ser alguien en la cima de la cadena trófica.

—Ha habido un nuevo asesinato en Estonia —informó y alternó la mirada entre los dos agentes—. Se han cargado a un desgraciado... Un momento. —Tecleó en su portátil y unos instantes después apareció la imagen de un hombre de larga melena con una túnica verde—. Concretamente —giró la pantalla hacia los dos agentes— a este desgraciado.

—¿Quién es?

—Una especie de líder de secta que recogía jóvenes descarriadas, en teoría para el cultivo de productos orgánicos, pero en la práctica para drogarlas y montar fiestas con la lista completa de delitos tipificados en el código penal.

—¿El Ejército? —preguntó Berg.

—Sí, al parecer este iluminado se estaba haciendo pasar por ellos; teníamos al equipo de Cranston colaborando con la policía estonia, había una operación en marcha.

—Entonces, ¿estaba bajo vigilancia? ¿Tenemos a los que lo han hecho? —preguntó Katherine con entusiasmo.

—Me temo que no —contestó Waldo con un chasquido de lengua—, la operación iba a ser en unos días, no había necesidad de vigilancia las veinticuatro horas. Entraron por la noche, se lo

cargaron y salieron. Muy profesional. Alguien del equipo de Cranston ha salido para allá, veremos qué podemos sacar de todo esto. — Volvió a centrarse en su ordenador hasta que la pantalla mostró un par de párrafos con el identificativo símbolo de Muluc—. Ya han colgado el manifiesto, esta gente no pierde el tiempo. «Soy el soldado número cero cero seis —comenzó a leer Paul—, no dispongo de mucho tiempo, ya que mi cometido es violento, bla, bla, bla...». —Waldo movió el cursor hacia la última parte del manifiesto, donde retomó el hilo—. «Hacerse pasar por nosotros, ese es el menor de sus errores. Los actos de ese hombre, la instrumentalización de la mujer como objeto sexual, el uso de drogas para doblegar la voluntad de apenas unas niñas, nos hablan de un hombre sin solución. No podemos dedicar recursos a alguien que está roto por dentro, víctima de un Estado patriarcal, erigido en las bases de una moral cristiano-luterano-evangélica. Ya no tiene remedio. Estaremos mejor sin él».

Paul había llegado al final del manifiesto; mantuvo un breve silencio y concluyó:

—Amén.

—Señor, si no le conociera mejor, diría que está empezando a simpatizar con los terroristas —añadió Berg con media sonrisa.

—Quitándole toda esa basura del patriarcado, que se han inventado para justificar todos los males del mundo, no me puede negar que han ahorrado mucho dinero a los contribuyentes —sentenció Waldo, calcando la sonrisa de Berg.

—Desde luego, con esto van a multiplicar sus adeptos —añadió el agente sueco—. Esta mañana, viniendo hacia aquí, he dejado de contar la gente que llevaba algo verde. Despiste, desconocimiento, puede ser, pero solo en un bajo porcentaje; el resto son partidarios. Según nos cuenta el equipo de Hans, lo están petando en las redes sociales.

—Yo he visto a un tío con una camiseta verde con el símbolo de Muluc —intervino Katherine.

—Increíble, ya tienen *merchandising* —comentó Berg en tono jovial.

Paul Waldo torció el gesto; su sonrisa mutó a un rostro fiero que desterró cualquier jovialidad del despacho.

—Recordemos que esa gentuza increíble ha matado a quince seres humanos y que tiene a unos cuantos más en el hospital, así que basta ya de babear. Trapesonian, ¿qué tenemos de nuestros amigos?

Katherine se irguió sobre la silla, estirándose la chaqueta del traje en un gesto recurrente.

—Señor, acabo de hablar con el agente de enlace del FBI. Han identificado e investigado a todas las personas próximas al objetivo en Hawaii. Todos limpios, excepto —Katherine hizo una pausa dramática para sacar su teléfono móvil— esta mujer. —La pantalla mostraba a una atractiva joven de rizos imposibles y piel de ébano. Berg la reconoció al instante, pero Waldo entrecerraba los ojos en un intento por focalizar su visión.

—Podemos verlo en los archivos compartidos —intervino el sueco, conocedor de la antipatía que el director adjunto sentía por sus gafas de presbicia.

Waldo recogió el capote y se apresuró a rescatar las fotos obtenidas por el FBI y, a continuación, ceder el ratón a Trapesonian.

—Su nombre es Emma Tonkin —continuó Katherine, haciendo *zoom* sobre la instantánea en la que esta se inclinaba sobre Elisa Bayo—. Doble nacionalidad estadounidense-australiana, padre australiano, madre americana. En redes sociales se define a sí misma como activista...

—Desde luego, parece muy activa —apuntó Waldo, volviendo a invertir el tono de la reunión como si de un partido de tenis se tratara; el director adjunto había pasado de exigir respeto por las víctimas a la jocosidad más gratuita—. Aunque igual estaba perdiendo el equilibrio y había decidido apoyarse en la entrepierna de la sospechosa —continuó, mirando al sueco, que no tuvo más remedio que forzar la sonrisa.

—No, no creo que fuera ese el caso: dos mujeres adultas pueden tener relaciones y no hace falta hacer bromas ni ponerse nervioso —respondió Katherine, coloreando las orejas de Waldo ante la mirada anonadada de Berg—. Aunque, según tenemos entendido,

no fue eso lo que ocurrió, por lo menos ayer —prosiguió sin hacer caso a la reacción de los hombres de la sala—. En la habitación doscientos seis del Villa Mauna Kea Resort solo entró Elisa Bayo. Este hombre —ahora la pantalla mostraba la instantánea en la que Elisa apoyaba la mano en el hombro de su amigo Mathieu— llamó a su habitación unas horas después de que ella se retirara, pero estuvo esperando unos minutos en el pasillo sin que la puerta se abriera y se marchó.

Katherine hizo una pausa para evaluar el rostro de sus interlocutores; no detectó intención de broma alguna, tampoco en el de Waldo rastro de ira.

—Volviendo a Emma Tonkin —siguió antes de dar tiempo a que el director adjunto se sintiera ofendido—, con dieciséis años se afilió a la ONG Friends of Earth, FOE, australiana, pero le debieron de parecer muy apocados, porque desde entonces la han detenido en todo tipo de acontecimientos. En 2018, en Bayona, en una manifestación contra el G7; en 2019, en Washington, en una marcha contra el cambio climático; también en 2019, en Hawaii, se unió a los indígenas que protestaban contra la construcción de un telescopio en el observatorio de Mauna Kea. Durante un tiempo hay menos movimiento en su expediente, parece que dedicó ese tiempo a licenciarse en la Universidad de Melbourne. El último registro de su historial es de 2025, de nuevo en Estados Unidos, en otra protesta contra Trump. Lo que proponemos en el FBI es abordar a esta mujer y ver qué nos puede contar.

—¿Y por qué va a querer charlar esa chica con nosotros? —preguntó Berg—. No tenemos nada con lo que...

—Sí que lo tenemos —le interrumpió Katherine, disfrutando de esa reunión como no lo había hecho en los cuatro meses de colaboración en la Europol—. Un momento —solicitó con la vista en su móvil—, estas me las acaban de mandar —añadió y levantó la vista justo cuando en el monitor aparecía una nueva foto de Emma Tonkin.

Katherine saboreó los rostros de confusión de Waldo y Berg antes de hacer *zoom* sobre la mano de la joven. Gracias a la excepcional calidad de la imagen, a pesar de los trescientos

aumentos no había lugar a dudas de que la mano de la chica coincidía, en espacio y tiempo, con la de otro viandante que le entregaba algo.

—Conocemos al joven con el que se cruza y no resulta descabellado presumir que, registrando la habitación de Emma Tonkin, hallaremos alguna sustancia ilegal.

—Pero no podemos echar la puerta abajo por una foto —insistió Berg.

—En los Estados Unidos podemos —anunció Katherine con una sonrisa triunfal.

—Joder, ¿no os dais miedo? —preguntó el sueco, girándose hacia la agente.

—Esa efectividad es la que necesitamos en el Viejo Continente, agente Berg —intervino Waldo—. No han pasado ni veinticuatro horas desde que hemos contactado con sus compañeros y ya tenemos la primera detención. Si no queremos hacer el ridículo, hay que actuar, presentar resultados a la ciudadanía, que vea que no estamos de brazos cruzados. Estoy de acuerdo con la estrategia —afirmó el director adjunto, dirigiéndose ahora a Trapesonian—. A Elisa hay que madurarla, nos es más útil suelta y vigilada. Adelante, puedes dar la orden.

—Son doce horas de diferencia, estará durmiendo —afirmó Berg con un hilo de voz cada vez más fino.

—Mejor, así la pillarán desprevenida o, con un poco de suerte, de resaca y con alguien en la cama —confirmó Waldo con autoridad. Si había habido algún momento violento en la reunión, se había quedado almacenado en algún punto muy lejano de su conciencia.

Flavia miraba la ventana del vagón de cercanías y buscaba la forma de abrirla. Diciembre, París, dentro hacía un calor insoportable.

—No sé puede abrir —indicó Julie, la compañera de la policía francesa que los acompañaba desde la Estación Central—. Además, esta es nuestra parada.

Casi todo el trayecto, desde Gare du Nord, lo habían hecho de pie. Al principio, a Flavia no le importó que el vagón de RER fuera completo, pero conforme avanzaban se agradecía ampliar el espacio vital. Después de la estación de Massy-Palaiseau se quedaron dos asientos libres; Julie ocupó uno de ellos, pero Marek y Flavia permanecieron de pie. Tampoco es que tuvieran mucho de lo que hablar, cualquier comentario sobre sus respectivas investigaciones estaba prohibido, mucho más todo lo relacionado con sus *hobbies* o vida personal. Mientras coincidieran en ese espacio y tiempo, serían Julie, Erwin y Marie esperando que llegara el fin de semana para disfrutar del valle de Chevreuse.

Al bajar al andén, Flavia señaló a sus compañeros uno de los bancos de la estación. No necesitó dar ninguna explicación, era una maniobra de manual; los tres policías estudiaron a los pasajeros que, como ellos, se habían apeado en la estación de La Hacquinière. Cuando todos ellos se perdieron en busca de sus respectivos destinos, retomaron la marcha.

—Creo que es por aquí —dijo Marek y señaló el paso subterráneo que cruzaba la vía—; según Google Maps, estamos a cinco minutos de la casa.

—Mi compañero y yo vendremos el viernes a mediodía —informó Julie cuando salieron a la calle en el otro lado de la vía—. Hemos quedado para alquilar las bicis de montaña en una tienda de Gif.

—Vaya, bicicletas y todo, os espera un fin de semana de duro trabajo —bromeó Marek.

—Es parte del operativo —aclaró Julie con una sonrisa—, pero no voy a negar que aparcar el coche para pasearme en bici por el valle de Chevreuse no me hace llorar.

—Y nosotros, ¿tendremos bici? —preguntó Marek juntando las manos y ladeando la cabeza hacia Flavia, igual que hacía su hijo Bazily cuando suplicaba por un ratito más de tele.

—Mucho habrá tenido que mejorar la investigación de aquí al viernes para que quien tú ya sabes nos deje volver a París, no te digo ya hacer cicloturismo.

—A no ser que hoy descubramos algo que justifique los gastos... —insistió el polaco.

—No te hagas muchas ilusiones —contestó Flavia, distraída por la vibración del móvil del trabajo en el bolsillo del pantalón—. No creo que vayamos a volver.

Cuando leyó el mensaje que le había llegado desde un número desconocido, Flavia perdió el hilo de lo que estaba diciendo, también de que estaba andando por la calzada. Marek la agarró del codo para ayudarla a subir a la acera y conducirla hasta donde se encontraba Julie saludando a una mujer de unos cincuenta y tantos años. Cuando Flavia apartó la mirada de su móvil, no fue la pequeña verja enalada de la casa lo que vio, tampoco su cuidado jardín, sino los ojos grises de su compañero sondeando su reacción.

—O igual sí, Marek, igual sí que volvemos a París —contestó, desviando la mirada, pero no lo suficientemente rápido para que su compañero no advirtiera un brillo nuevo en ella.

Cuando ambos se aproximaron a la verja de la casa, donde Julie y la mujer charlaban animadamente en francés, esta última se giró hacia ellos.

—¿Marie? —preguntó la mujer a Flavia mientras le extendía la mano.

La italiana tardó en reaccionar, el contenido del mensaje revoloteaba en su cabeza: *«No pudo ser en La Haya, pero, si para entonces me has perdonado, te devuelvo la invitación en París. Vuelvo el martes»*.

Marek le rozó con el codo, pero Flavia seguía sin darse por aludida; la remitente del mensaje no se identificaba, ni falta que le hacía. Ante su inacción, Marek se adelantó:

—Es ella —afirmó en un más que aceptable francés—. Yo soy Erwin y mi pareja no habla su idioma —añadió, estrechando la mano de la mujer.

—Pauline —contestó esta y amplió su sonrisa—, y me temo que mi inglés no es muy bueno.

—No será problema —contestó Marek—, ¿verdad, Marie? —añadió, tomando a Flavia por la cintura y estrechándola contra su

cuerpo. Esa maniobra, el contacto del polaco y su agarre firme, resultó definitiva para hacer reaccionar a Flavia.

—Marie —contestó la italiana y estrechó la mano de Pauline. Tras su rigidez inicial fruto de la sorpresa, se relajó contra el cuerpo de su supuesta pareja. Y vaya si había cuerpo en el que recostarse: no solo era un hombre grande, es que no había nada flácido en toda su superficie.

—¿Vamos? —preguntó Pauline a la vez que señalaba la casa.

Marek aprovechó para adelantarse antes de que toda esa proximidad le provocara una reacción embarazosa. Julie le fue a la zaga, mientras Flavia se quedaba un instante descolgada, lo que le costó escribir «*Por supuesto*» como contestación al mensaje del número desconocido. Después, guardó el móvil en su bolsillo y cruzó el jardín para alcanzar al grupo en el umbral.

—Los dos juegos de llaves estarán aquí —explicaba su anfitriona, señalando un cesto de mimbre que colgaba del techo a la derecha del porche de entrada—. Los dejaré el jueves, cuando me vaya a Grenoble con mi hija; tengo un nieto de tres años —apostilló con una sonrisa infinita mientras abría la puerta—. Al quedarse embarazada mi hija, empecé a pasar mucho tiempo allí —continuó mientras Marek y Flavia escaneaban el piso en busca de un milagro en forma de descuido revelador sobre las paredes o muebles—. Fue un embarazo de riesgo y se pasó el último trimestre en la cama, así que, cuando me voy con ellos, dejo libre la casa.

Julie levantó las cejas en un gesto de sorpresa provocado, en parte, por la confianza que aquella mujer demostraba tener en el ser humano, compartiendo su intimidad con todo tipo de desconocidos, y, también en parte, por la irrupción de un gato pardo al otro lado de la puerta acristalada que daba al jardín trasero de la casa.

—Pero salió todo bien, tengo un nieto sanísimo —se apresuró a aclarar Pauline, interpretando el gesto de Julie como preocupación por su descendencia—. Y no se preocupe por mis cosas, dejo todo recogido y cerrado el armario de mi ropa; tienen espacio de sobra para ustedes y, si quieren, pueden usar la comida de los armarios de la cocina.

—Por supuesto —contestó Julie cuando el gato se colaba por un hueco de la cristalera para enroscarse en las piernas de Pauline.

—En la página no lo pone, pero... —explicó la mujer, estudiando la reacción de los presentes hacia el felino; Marek y Flavia apenas le prestaban atención y Julie sonreía—. Él es Rasputín —les explicó y se agachó para acariciar al gato, que cerró los ojos agradecido—. Es muy cariñoso, pero, si no os gustan o sois alérgicos, no pasa nada. Tiene una gatera en la galería y él entra y sale a su aire, pero los huéspedes que no quieren verlo no lo dejan entrar y se queda en el porche.

—Qué monada, ¿puedo? —preguntó Julie agachándose también hacia el gato.

—Por supuesto.

—Hola, Rasputín —le saludó la policía francesa, que lo envolvió entre los brazos; este empezó a ronronear a un volumen audible—. Guau, no me conoce de nada...

—Está acostumbrado a los huéspedes —aclaró la dueña de la casa con una sonrisa.

—Sí, nuestros amigos nos hablaron de él —intervino Marek, atento a la oportunidad que se les ofrecía.

—¿Qué amigos?

—Unos que vinieron hace unos fines de semana y que nos recomendaron la casa —aclaró Marek, mirando de reojo a Flavia que, aunque en francés, seguía la conversación.

—Ah, ¿sí?

—Sí, son estos —añadió Flavia en inglés y le mostró el montaje que les habían hecho.

Pauline frunció el ceño.

—No me suenan de nada.

Flavia acercó la foto un poco más.

—¡Ah, sí! Por supuesto —exclamó Pauline, señalando una esquina de la foto—. Esta chica sí, es la que vino a buscar las llaves; me acuerdo de ella, muy guapa.

Flavia intercambió miradas con Marek: la única identificada en la foto era la joven que iba a interrogar el FBI en Hawaii.

—¿Cómo se llamaba? —preguntó Pauline distraída.

Marek se quedó congelado.

—Emma —reaccionó Flavia.

—¿Emma? No me suena —contestó la mujer, frunciendo la nariz—. No obstante, aunque no recuerde su nombre, me acuerdo de su cara, ¡qué guapa! Se parecía mucho a Halle Berry. —Al no ver muestras de reconocimiento, en el caso de Julie debido a su juventud y en el de Flavia y Marek porque sus cabezas estaban digiriendo la información que acababa de revelarse, Pauline preguntó—: ¿No sabéis quién es? Es una actriz muy conocida, a mi marido le encantaba.

—Sí, sí —contestó Marek.

—¿Ves?, ya sabía yo que él se acordaría —exclamó la mujer, dando una palmada en la espalda del polaco—. Mi marido, que en paz descanse, no sé la de veces que me hizo ver la de James Bond.

—Bikini naranja, chapuzón en el mar... Yo también la he visto un par de veces —afirmó Marek y guiñó un ojo en un gesto de complicidad.

Flavia salió al jardín trasero, aparentando estar interesada en el cobertizo. Volvió a sacar su móvil del bolsillo para escribir a Berg: *«¡Emma Tonkin estuvo en la casa de París!»*.

«Justo a tiempo, estamos con el FBI» fue la contestación, casi inmediata, de su compañero.

Satisfecha, volvió a entrar en la casa; el resto de la comitiva la esperaba en el piso de arriba.

—Esta puede ser nuestra habitación, cariño —le dijo Marek, tomándola de la mano—. Julie y Sebastián se quedan en esa, que tiene baño. Lo hemos echado a suertes y han ganado.

Flavia se internó en la habitación que le indicaba Marek, en la que un amplio ventanal daba al jardín trasero. El móvil vibró en el bolsillo de su pantalón y soltó la mano de él para extraerlo. *«Esperando volver a coincidir contigo en este universo»*. Una sonrisa bobalicona se adueñó de su rostro; cuando levantó la cabeza, Marek tenía esa mirada escrutadora.

—Estupendo, cariño —contestó ante la presencia de Julie y Pauline, que salían del baño.

La sonrisa bobalicona desapareció en cuanto pensó cómo gestionar la situación; su cuerpo era un hervidero de sensaciones contrapuestas.

Las caras del cubo de Rubik volaban sobre las manos de Mijaíl Bajtín, creando una fusión de amarillo, rojo, azul, blanco, naranja y verde sobre los tres ejes.

—Todo listo en Hawaii con la soldado cero cero cinco —dijo, entregando el cubo a Fabrice, que lo examinó y comprobó que cada cara presentaba un color homogéneo. No era la primera vez que veía a Mijaíl resolver el juego, pero le costaba trabajo no mostrar sorpresa.

—¿Cuánto tiempo calculas? —preguntó el francés mientras tapaba el cubo con su cuerpo para revolver los cuadraditos.

—El FBI entrará en su habitación en cuestión de minutos, esos tíos son más predecibles que un aspersor —contestó mientras miraba a través de la cristalera que daba al laboratorio.

Fabrice chasqueó la lengua en un gesto de asentimiento.

—¿Y los dos de Estonia?

—Es más que probable que a estas alturas hayan identificado a uno de ellos, siempre deja rastro. El otro no creo, tiene un perfil más bajo. Una vez que atrapen al chapucero, rebuscarán en su mierda, que tiene a mansalva, y entrarán en sus cuentas; desde ahí llegarán a la transferencia. Esta, antes o después, los enviará al objetivo Lambda.

—¿Qué posibilidades hay de que descubran que en realidad estamos nosotros detrás de esa transferencia?

—Hemos preparado un entramado difícil de desenredar. Para llegar hasta nosotros han de intervenir muchas cuentas y para poder hacerlo necesitan la orden de un juez; suponiendo que destinen una cantidad considerable de recursos para conseguir esas órdenes, pueden pasar años. Para entonces, saber quién está detrás de esas transferencias será el menor de sus problemas.

—Dos pájaros de un tiro. Buen trabajo, como siempre. Tu eficiencia es impecable.

Mijaíl torció el gesto; no solo no le gustaban los halagos, lo peor era que sabía lo que venía después.

Fabrice se aclaró la garganta. «Aquí viene», pensó Mijaíl.

—Sería bueno para el equipo un poco de sol y aire fresco.

—No.

—La mayoría de ellos llevan aquí encerrados más de dos meses —argumentó Fabrice.

—Lindsay sabe cómo hacer que la escuches, ¿eh?

—No te digo ir a alternar con los lugareños —continuó Fabrice ignorando el comentario—, estamos hablando de establecer salidas controladas en grupos reducidos. Ya tienen preparado el calendario de turnos.

—Esto no es los Boy Scouts.

—Vamos, esta ubicación ha sido seleccionada por varios motivos, entre los que están que no hay nadie en kilómetros a la redonda y, sobre todo, que contamos con un denso bosque a quinientos metros que elude cualquier control rutinario del satélite.

A través de la cristalera, las batas blancas se dirigían hacia la cantina; Max Hickman, soldado número 004, se quedaba rezagado, nadie le hablaba. Mijaíl lo había observado en el comedor, casi siempre almorzaba solo.

—¿Por qué preguntas si ya lo tienes decidido? —replicó Mijaíl tiempo después.

—No está decidido, estoy pidiendo que seas razonable, que revises ese calendario y que establezcas la seguridad de las salidas —respondió y le entregó el cubo con los cuadraditos de colores alborotados.

Mijaíl lo inspeccionó unos segundos antes de hacerlo girar. Pensó en Max Hickman; había sido un poco duro con él a su llegada. A partir de ahora cambiaría su estrategia. Un tipo marginal, incapaz de establecer vínculos con el resto, se perfilaba como su mejor aliado. Seguro que tampoco se había apuntado en ese estúpido calendario de turnos de salidas al exterior. Cuando la cosa se pusiera fea, que se pondría, lo necesitaría a su lado.

Cuando terminó de resolver el cubo, Fabrice ya se había marchado a la cantina. Mijaíl lo guardó en su bolsillo y se dirigió hacia el mismo sitio, decidido a cambiar la rutina de sus almuerzos, en la tranquilidad de su despacho, para sentarse con el soldado número 004.

CAPÍTULO 7

JUEVES

Era la segunda vez que Marek abría aquel armario de la cocina; tras echar un vistazo, lo volvió a cerrar. Se disponía a mirar en otro cuando unos nudillos llamaron a la puerta. Solo tuvo que estirarse un poco para abrir, sin abandonar la cocina.

La agente Trapesonian apareció al otro lado con una taza humeante en la mano. Él no pasó por alto que a la pelirroja se le había olvidado abrocharse el tercer botón de la camisa, normalmente llevaba sueltos solo los dos primeros. Era un escote un poco ostentoso para su gusto, pero que, en cualquier caso, estaría encantado de explorar.

—Hoy duchado y vestido, vas pillando el ritmo —dijo la norteamericana a modo de saludo—. Y ya te has instalado —añadió, echando un vistazo al apartamento.

—Mmm... —respondió el polaco, tras el primer sorbo de café—. Bueno, he movido la maleta del comedor al dormitorio, así que supongo que sí, ya estoy instalado. Pero no encuentro la cafetera; tampoco es que tenga nada con qué llenarla, pero al menos me gustaría saber si hay alguna y qué tipo de café tengo que comprar.

—Armario de abajo, a la derecha —respondió Katherine, señalando uno de ellos.

—¿Este? —preguntó Marek escéptico—. Lo he abierto tres veces y no estaba.

La agente dejó su bolso en la encimera para agacharse junto a él. El movimiento impregnó el aire de aroma a canela, que a Marek

le recordó las natillas de su abuela.

Al polaco no le dio tiempo a preguntarse hasta qué punto estaba estudiado ese movimiento, que le abrió un plano picado hasta el escote de la pelirroja, porque, tras dejar un par de ensaladeras en el suelo, la mano de esta emergió del fondo del armario con una diminuta cafetera eléctrica.

—¿Esto? —La decepción de Marek no podía ser más evidente—. Con esto no te voy a poder devolver tus favores. ¿Cómo vas a querer un café de aquí teniendo tu supercafetera?

—Bueno —respondió ella mientras recorría detenidamente su anatomía—, ya se nos ocurrirá alguna otra cosa que sí que quiera...

Marek notó que su temperatura facial aumentaba; ella no se andaba con rodeos y estaba empezando a pensar que no encontraba motivos para tenerlos que dar él.

La noche anterior, con Flavia, no hubo *capuccino* a la orilla del Sena. Tomaron el primer tren de regreso a La Haya. Al principio del viaje, ella estuvo inmersa en sus dispositivos y Marek aprovechó para llamar a Bazily. El niño le respondió llorando, pues se había peleado con unos compañeros de clase. Antes de colgar, Anna cogió el teléfono para asegurarle que no había de qué preocuparse. Un detalle muy considerado en atención a los más de mil kilómetros que lo separaban de su hijo y que, unidos al sentimiento de culpa por no verlo en muchos días, nada bueno harían por calibrar la verdadera gravedad de la situación.

Cuando regresó a su asiento, Flavia se había quedado dormida y él comprendió que aquella no sería una noche de revelaciones. Tampoco resultaría fácil averiguar el contenido y remitente del mensaje que había recibido ella justo antes de entrar en la casa de Gif. Tal vez fuera su mente detectivesca, siempre buscando indicios en el lenguaje corporal de la gente, tal vez estaba prestando demasiada atención a su compañera de trabajo, pero de lo que no había duda era de que el contenido de aquel mensaje le había iluminado el rostro con una luz potente. Lo más chocante era que le había llegado al móvil del trabajo.

Él no estaba en el circuito de mensajes de la Europol y asumía que la información de la investigación le llegaría a

trompicones, pero ¿qué revelación en el caso podría cambiar de esa forma el brillo de los ojos de su compañera? Además, ¿por qué no la había compartido con él? Tal vez se tratara de alguna promoción interna; al fin y al cabo, él era un recién llegado que no aspiraba a quedarse mucho tiempo y su compañera podía estar peleando por un ascenso. Desechó la idea de inmediato. No, no era eso. El rostro de Berg se paseó por su cabeza. ¿Podría ser el causante de esa reacción? El sueco estaba casado y con dos hijos, pero tampoco eso era una limitación insalvable.

—¿Vamos? —preguntó la agente del FBI.

Marek asintió y saboreó su último sorbo de café. Tal vez esa era su nueva vida: una exmujer considerada y comprensiva con su situación, una compañera de trabajo que le ocultaba información y otra pelirroja que le traía el café por la mañana y olvidaba abrocharse el tercer botón de la camisa.

Durante el trayecto, Katherine hizo varios intentos de iniciar una conversación, pero Marek parecía absorto en el preludio del amanecer a través de la ventanilla. Cazar los destellos de luz rosada que se colaban entre los edificios de La Haya era un espectáculo lo suficientemente atractivo como para evitar mirar el escote de su compañera de viaje.

Katherine optó por subir el volumen de la música que había seleccionado para ese trayecto, y precisamente eso fue lo que le sacó de su ensimismamiento.

—¿Conoces a Tobiasz Biliński? —preguntó él, incorporándose en su asiento y olvidando por completo los destellos rosas y hasta la tentación de mirar donde no tenía que hacerlo.

—Uhum... —contestó Katherine de forma distraída, conteniendo una sonrisa que le nacía muy dentro.

Marek no tenía por qué saber que Katherine llevaba un tiempo —concretamente desde unas horas después de conocerlo— investigando la cultura polaca. La música de Perfect Son le gustaba. Así que, si al final erraba el tiro y la selección que sonaba en el coche pasaba desapercibida para Marek, no se iría con las manos vacías, ya que habría mejorado su biblioteca musical en el intento.

—Hacía mucho que no lo escuchaba —afirmó él—. A Anna, mi exmujer, no le gustaba, pero, joder, es muy bueno —explicó y subió el volumen—. Gracias por devolverlo a mi vida.

«¡Ding, ding, ding!». El sonido del *jackpot* retumbó en el interior de la cabeza de Katherine tanto que casi se perdió el estribillo de «It's for life». Afortunadamente para Katherine, el trayecto era corto y solo dio tiempo a reproducir las canciones que se sabía. Un atasco o un par de semáforos de más y sus carencias habrían sido evidentes. Se hizo una nota mental para la sesión de ejercicio de la tarde: ampliar el estudio de la discografía del polaco.

Marek fue el primero en llegar a la sala de reuniones. En realidad, hasta donde él sabía, era su despacho. A las 7:25 empezó el desfile de agentes y a las 7:30 comenzó la reunión.

—Buenos días —saludó Waldo—. Tenemos muchos frentes abiertos y muy poco tiempo, así que os ruego que seáis concisos en vuestra presentación de resultados. Cranston, empezamos con vosotros y la multinacional británica.

El aludido se aclaró la garganta mientras caminaba hacia la pantalla de proyección.

—Buenos días. —El saludo del agente se arrastró lento y pesado, hablando de sus duras jornadas de trabajo tan elocuentemente como sus enrojecidos ojos—. Este es Maxwell Hickman —empezó y señaló la imagen de un chico de mirada huidiza y cutis doblegado por el acné—. Es la foto que figura en el organigrama de Murphy Fabric SLD como Subject Matter Expert dentro del Departamento de I+D. Hemos trazado los envíos del vestido de Traudel y la camisa de Gustav y, sin lugar a duda, fueron remitidos por él —añadió mientras se mesaba la barba, crecida de forma irregular en los últimos días—. En el laboratorio no han terminado los análisis, pero el informe preliminar apunta a que utilizaron una disolución de cianuro para matar a Gustav y tratar de hacer lo mismo con Traudel.

—¿Cómo? —preguntó Berg.

—Os lo explica mejor Sophie. —Cranston hizo un gesto a una de las agentes, sentada a su lado, y cambió la imagen proyectada

por la de un vestido de mujer atravesado por capilares que parpadeaban en amarillo.

—Estos modelos salieron al mercado hace apenas unos meses —comenzó la agente sin perder ni un segundo en saludos— en una línea comercializada para diabéticos. Mediante este sensor —el punto que señalaba parpadeaba en azul— se mide la glucosa en sangre y se dosifica la insulina basal vía parenteral. A la hora de comer, tienes la opción de decirle a la ropa lo que vas a ingerir para que calcule y dosifique los bolos extra de insulina. También se puede hacer una foto a la comida, para que la analice la IA, esperar que entre al organismo y la centralita lo regula, o dosificarlo uno mismo...

—Ahora eso no nos interesa —apremió Waldo.

—La potencialidad comercial de esta ropa es que el usuario no se tenga que preocupar de nada; en una conversación de segundos con la camisa, vestido o la prenda que sea, esta va a administrar la dosis de insulina precisa —prosiguió Sophie—. Esa vía, precisamente, fue la utilizada para acabar con la vida de Gustav, pues se sustituyó la insulina por una disolución de cianuro de potasio. El sistema esperó una doble confirmación verbal de la identidad de la víctima antes de liberar el veneno.

—La camisa y el vestido fueron dados de baja del inventario de forma escalonada —intervino Cranston—. La camisa como tara hace dos meses, el vestido como prototipo hace mes y medio. Las salidas, solicitadas por Maxwell, siguieron los procedimientos de rutina sin activar ninguna alarma. Tampoco parece haber irregularidades en el resto del inventario, bombas dosificadoras, sensores, etcétera.

—¿Nos quieres decir que ese chaval ha hecho solo todo? —interrumpió Waldo.

—Hemos interrogado a ciento veintisiete empleados de esta empresa, hemos trazado miles de registros y transacciones internas... Es posible que haya una conexión con alguien más arriba en el organigrama, pero, de momento, no la tenemos. —Con estas últimas palabras, Shaun Cranston se desplomó sobre una de las sillas, un gesto que interpretó Sophie para tomar el relevo.

—Desde el pasado lunes, Maxwell Hickman no ha aparecido en su puesto de trabajo ni en su domicilio. —La imagen proyectada cambió a una fotografía de baja calidad que se aproximaba al rostro de un hombre con gorra—. Este es Hickman, el mismo lunes, en el aeropuerto de Estambul. Sabemos que llegó allí en un vuelo procedente de Heathrow y... nada más. A partir de ahí se desvanece. Igual que Jürgen Fuchs.

—¿Quién? —preguntó Waldo.

—Jürgen Fuchs —respondió ella y se acercó al panel de evidencias para señalar la foto de un chico sonriente, vestido con un polo con el logo de una marca de coches de lujo—. Es el joven del concesionario de Frankfurt con el que perdió la vida Ramón Solans cuando ambos se estrellaron con el coche que acababa de comprar la víctima. —El director adjunto asintió y Sophie continuó—: Hasta donde sabemos, ambos podrían estar muertos o escondidos en la misma batcueva que Fabrice Flamcourt y Mijaíl Bajtín.

—Porque nosotros no sabemos una mierda... —murmuró Waldo antes de pasear la mirada por la sala y sus ocupantes. El agotamiento y la frustración estaban haciendo mella en sus filas. No tenía nada que reprocharles, es más, estaba orgulloso de ellos, pero los resultados no llegaban. La impaciencia y el nerviosismo se apoderaban de la sociedad y los ataques irresponsables de algunos sectores de la prensa enardecían a los ciudadanos más irascibles. Fue la primera vez que no envidió a Fiona Magee, por lo menos él no tenía que dar la cara ante las altas esferas.

—Buen trabajo —dijo con una sonrisa forzada.

—¿Cómo están Traudel y su marido? —preguntó uno de los agentes.

—Las transfusiones funcionaron —contestó Sophie—, no parece haber rechazo; el cuerpo médico es moderadamente optimista.

—¿Y cuándo podremos interrogarlos?

A la pregunta de Waldo, la agente respondió encogiendo los hombros.

—Una semana por lo menos —intervino Cranston desde su silla. No es que tuviera conocimientos avanzados de medicina, es

que no pensaba molestar a los convalecientes.

—Envía a alguien en tres días; si están conscientes, podrían darnos algo relevante —ordenó Waldo—. ¡Ah!, y suspende la vigilancia de los dos directivos de la empresa textil; no se justifica el gasto. —Después buscó con la mirada entre los presentes hasta encontrar al que buscaba—. ¿Aubert?

—Señor, hay algo más... —interrumpió Cranston, levantando la mano. Waldo apretó los puños y el agente buscó con la mirada al único que no llevaba traje ni camisa—. Hans, ¿puedes explicar lo del mensaje?

El responsable de delitos informáticos del equipo tecleó algo en su teléfono móvil y, una décima de segundo después, una voz dulce y aterciopelada explicaba a los ocupantes de la sala los motivos por los que Gustav Blumer debía morir.

—Después de confirmar su identidad, esto es lo que escuchó Blumer antes de morir. Y este otro es el mensaje que oyó Meinl...

—Déjalo, no hace falta —interrumpió Waldo—. No quiero más propaganda de esa gentuza.

—Precisamente, ese es el problema —respondió el holandés, pasándose la mano por su melena rubia—. Lo han colgado ellos mismos o ya se ha filtrado, no está claro, pero mientras estamos aquí reunidos toda esa propaganda está rebotando por el mundo de un servidor a otro. También están las cartas que enviaron a Solans y otras víctimas ofreciéndoles una oportunidad de arrepentimiento y redención. Parecen escritas por la madre Teresa de Calcuta. —El informático hizo una pausa para acomodarse las gafas de pasta—. Propaganda viral, irrastreable y muy muy popular.

Tras estas palabras, el silencio se extendió en la sala como signo elocuente de abatimiento.

—Aubert —prosiguió Waldo, inmune al desánimo—, ¿qué sabemos de la jodida batcueva y el puto Mijaíl Bajtín, Igor Plogojowitz o como coño se llame?

El aludido se levantó de la silla con algo más de garbo que sus predecesores y se permitió el lujo de arreglarse la chaqueta.

—Buenos días —saludó antes de coger el puntero—. Me temo que lo que tengo para responder a esa pregunta no es como para

hacer una fiesta. Sabemos todo lo que se puede saber del pasado de Igor Plowojowitz, dadas las circunstancias. Que nació en 1976 en Sarajevo, cerca de Belgrado, y se quedó huérfano de madre cuando no tenía ni un año. Las circunstancias en las que murió ella no están claras, en el informe figura suicidio. Se crio con su padre, un militar que lo tuvo con cuarenta y un años y que murió cuando el chico tenía dieciséis. Según el certificado de defunción, al padre se lo encontró él, en su casa, ahogado con su propio vómito. Si su infancia os parece sacada de un cuento de hadas, esperad a escuchar la de su padre. —La pantalla pasó a mostrar imágenes en blanco y negro que alternaban los posados de un centenar de personas en el altar de una iglesia con militares nazis—. Al parecer, los abuelos de Igor murieron de forma violenta en 1941, pasados a cuchillo por nazis croatas, los *ustachas*, que entraron en una iglesia ortodoxa serbia para cargarse a todo lo que tenía madre y, no contentos con eso, siguieron hasta que aquello se pudo catalogar de genocidio. Para los que crean en la naturaleza bondadosa del ser humano, solo tienen que buscar en Google «masacres de Glina». El padre de Igor estuvo allí, tenía seis años y consiguió escapar, pero aquello debió de ser una salvajada medieval. Dudo mucho que algo así se pueda superar para darle a tu hijo un sólido soporte emocional. En cualquier caso, todos estos datos nos hablan de un hombre de ahora cincuenta años al que, con total seguridad, se le haya arrancado la capacidad de empatizar, pero no nos dicen dónde está. Desde la imagen borrosa de Mijaíl Bajtín, o Igor Plogojowitz, en patinete por la calle Karlavägen no tenemos nada más.

—¿Y el piloto del helicóptero? El tal Arthur... lo que sea —preguntó el director adjunto.

Aubert negó con la cabeza.

—Esos cabrones se desvanecen. Hace dos días éramos optimistas, teníamos nombres y apellidos, la ruta de escape de Estocolmo... Nos hemos dejado los cuernos revisando horas y horas de grabaciones de cámaras de aeropuertos, estaciones, peajes de autopistas, gasolineras..., pero no hay nada.

—¿Tenemos algo sospechoso del resto de las víctimas de Estocolmo?

—Hemos investigado a todos, pero no vemos nada de lo que tirar.

—¿Y del director ese de la Agencia Espacial Europea? ¿Cómo se llamaba...?

—Conrad Liebs —le socorrió Shaun Cranston.

Aubert volvió a negar.

—¿Y la buena noticia? —preguntó Berg—. Porque la tienes, ¿no?

—Sí —admitió Aubert con una mueca amarga—, tenemos un cabo suelto. Pero no aquí, no en Estocolmo y no con Igor Plogojowitz. —La imagen proyectada cambió a un hombre con túnica verde y pelo largo—. Se trata del homicidio del líder de la secta en Estonia: tenemos la imagen de uno de ellos a doscientos kilómetros del escenario del crimen. —El agente Aubert utilizó por primera vez el puntero para señalar la foto de un hombre apoyado en el mostrador de una gasolinera—. Esta persona está fichada por las policías alemana y polaca por delitos contra la salud pública, pero que nunca se consiguieron elevar a tráfico de drogas. También ha estado imputado en robos con violencia, que fueron sobreseídos. Lo tenemos localizado un par de días antes en las proximidades de la finca de la secta. —Aubert volvió a señalar la imagen del mismo hombre en un supermercado—. Lazar Danchev, de nacionalidad búlgara, podría ser nuestro hombre. Sabemos que fueron dos, pero el otro es prácticamente un fantasma. Un profesional y seguramente más peligroso que el que nos ocupa. Creemos que ahora viaja solo. Han vuelto a localizar el coche, esta vez cerca de Riga. La policía lituana lo está esperando y, si se les escapa, están los polacos —afirmó, dirigiendo su mirada a Marek—. Me temo que esto es lo que tenemos. Esperamos traer algo más a la reunión de mañana.

Paul Waldo suspiró de forma audible mientras se pasaba la mano por el mentón.

—¡Trapesonian! —exclamó de pronto, girándose hacia la agente del FBI—. Dígame que tenemos algo de sus compatriotas.

Katherine esbozó lo más parecido a una sonrisa que se había visto aquella mañana en la sala.

—Por el lado de Elisa Bayo podría estar el otro gran cabo suelto —empezó antes de incorporarse de su asiento—. Este es un resumen de lo más interesante del interrogatorio al que mis compañeros del FBI sometieron ayer a Emma Tonkin, después de encontrarla en posesión de una cantidad de estupefacientes superior al límite de consumo propio —añadió tras encontrar el archivo que buscaba en la carpeta de red—. He cortado los preliminares, unos veinte minutos de acusaciones a los Estados capitalistas y sus cuerpos de seguridad como responsables de, poco más o menos, las diez plagas bíblicas.

—Para los que estéis interesados en las teorías de la conspiración, os hemos colgado el enlace a la versión extendida —intervino Berg, que arrancó algunas sonrisas en la sala.

—En media hora se resignó a colaborar con nosotros —añadió Katherine, ansiosa por recuperar el protagonismo, antes de pulsar el «Play».

En el vídeo aparecía una atractiva joven, de piel de ébano y ojos verdes, que en los tres minutos entrecortados de su declaración venía a exponer, de manera convincente, no solo que conocía a Elisa Bayo, sino que mantenía una relación con ella desde hacía un tiempo. No obstante, ahora no tenía muy claro si la relación se había acabado aquella misma noche o era otro de los típicos cambios de humor de la española, que, según ella, eran frecuentes y caprichosos.

Negaba conocer a Fabrice Flamcourt, Mijaíl Bajtín o a algún otro de los terroristas identificados hasta el momento.

Conocía la casa de Elisa Bayo en Gif-sur-Yvette hasta el punto de que había disfrutado de grandes momentos en ella. Cuando el agente le pidió aclaraciones sobre ese punto, la detenida se deshizo en todo lujo de detalles de lo que significaban para ella esos grandes momentos y cómo había disfrutado de ellos. Esto provocó el movimiento nervioso de Flavia sobre su silla, mientras la parte masculina heterosexual del auditorio disfrutaba del regalo inesperado que aquel relato aportaba a su imaginario.

En cuanto a la reunión de noviembre, dos semanas antes de la entrega de los Nobel, confirmó que, efectivamente, había recogido

las llaves de la casa, pero declaró que no había participado en el encuentro.

«Para sus reuniones especiales —decía Tonkin en su declaración, marcando las comillas con los dedos— Elisa me regalaba un billete de ida y vuelta a París con unas instrucciones muy precisas: yo, y solo yo, debía recoger las llaves de su casa, como si la hubiera alquilado en la aplicación. Después, me quedaba por la ciudad un par de días, a veces sola y otras me buscaba compañía. La víspera de una reunión especial nos veíamos en un hotel; yo le entregaba las llaves y después me marchaba. El tiempo que me quedara hasta mi vuelo de vuelta podía hacer lo que me diera la gana, con quién me diera la gana, a ella le daba igual siempre que no me acercara a la casa».

«Si usted ha dicho que no le estaba permitido acercarse a la casa, ¿en qué momento tuvieron lugar esos encuentros apasionados a los que ha aludido antes?», interrumpió el agente del FBI que la interrogaba, a la búsqueda de contradicciones.

«Le he dicho que ese era el protocolo con las reuniones secretas de Elisa. Pero otras veces, sobre todo al principio y supongo que para impresionarme, íbamos las dos solas».

«¿Hubo algún testigo de esos encuentros?».

«Si lo que quiere saber es si montábamos tríos u orgías, la respuesta es no».

«Me refiero si recuerda haber charlado con algún vecino o si alguien les pudo haber visto..., no sé, en el supermercado».

La joven adoptó una expresión pensativa.

«Pues, ahora que lo dice —dijo después de un momento de silencio—, creo que todas las veces llegábamos en un coche alquilado y no salíamos de él hasta que lo aparcaba en el garaje».

«Raro, ¿no?».

«En aquel momento no me lo pareció».

«¿Cuántas reuniones de esas hubo y cuánto duraban?».

«¿Aún quiere más detalles de nuestros encuentros? ¿No le ha parecido suficiente todo lo que le he contado ya? ¿Qué más necesita saber? ¿Si usábamos algún juguete? ¿Cuántos orgasmos de media?».

«Mi compañero se refiere a los encuentros especiales y secretos, como usted misma los ha llamado, y a los que no le estaba permitido asistir», intervino otro agente del FBI, visiblemente incómodo con el rumbo que tomaba el interrogatorio.

«¿Cuántas reuniones hubo más? No sé, tendría que mirarlo —respondió la joven, enroscando entre los dedos uno de sus tirabuzones—. Dos veces... ¿Tres?».

«¿Cómo era esa casa?».

«¿Está pensando en comprarse algo en París? No soy agente inmobiliaria, pero el precio de...».

«Mire, vamos a hacer una cosa —intervino el segundo agente con un golpe en la mesa—: le doy dos minutos para demostrar que estuvo en esa casa. Si me convence, a lo mejor me olvido de su tono y de todas las gilipolleces de hoy; pero, si tengo la más mínima duda de que me está tomando el pelo, abrimos diligencias ahora mismo con lo que hemos encontrado en su habitación».

«Tiene dos pisos; hay un lavabo abajo y otro más grande, con bañera, en el piso de arriba. Las escaleras son de caracol».

«Con eso no me va a convencer».

«Está bien, está bien, déjeme pensar... En el comedor hay un ventanal enorme que da al jardín trasero, donde hay un tendedor y una caseta para herramientas. Se oye el ruido del RER entrando y saliendo de la parada de La Hacquinière».

«Un minuto y quince segundos», la apremió el agente, señalando la cuenta atrás de su reloj.

«¡Arañas! El lavabo de abajo tiene una ventana y desde esta al techo hay telas de araña. Cuando estás ahí sentada un rato, puedes entretenerte viendo sus idas y venidas. Mmm... Debajo de las escaleras hay un cuarto de obra, donde están la lavadora y los productos de limpieza. ¡Ah! Esto le va a encantar —exclamó la joven con una sonrisa triunfal—: en el baño de abajo, la cisterna del váter tiene un lavabo encima, quiero decir, un grifo para lavarse las manos que reutiliza el agua sobrante para llenar la cisterna. ¡Eso no lo había visto nunca! Quiero uno igual en mi casa».

Katherine detuvo la grabación.

—Kraszewski y Amato estuvieron ayer en Gif-sur-Ivette, ¿qué os parece? —preguntó, mirando en la dirección de ambos.

Marek asintió y esperó a que Flavia contestase.

—Coincide —respondió la italiana tras unos segundos de reflexión—. No parecen detalles que se puedan inventar basándose en las imágenes de la casa de la página web. De todas formas, con lo que hay contra ella no hay forma legal de someterla a una prueba del detector de mentiras... ¿o en el FBI podéis?

—No, en Estados Unidos también existen los derechos individuales y no tenemos por costumbre pisotearlos —contestó Katherine con una expresión que hizo que Flavia se recostara contra el respaldo de su silla—. Así que, efectivamente, nos tendremos que creer lo que cuenta.

—Pues a mí lo que dice me parece demasiado bonito para ser verdad —objetó Flavia—. Mirad su expresión corporal, ¿os parece incómoda?

El vídeo había quedado congelado en un fotograma de Emma recostada sobre la silla, con el brazo derecho, lánguido, sobre el respaldo.

—No es la primera vez que esta mujer es interrogada —replicó Trapesonian—, tiene su experiencia con el FBI y, sobre todo, sabía hasta dónde podíamos llegar con lo que teníamos contra ella.

—Vamos, Katherine, mírala: solo le falta una cerveza y un mando a distancia.

—Primero aquella mujer era la máxima responsable y cerebro de la operación —intervino el director adjunto— y ahora que tenemos pruebas, ¿ya no lo es?

—Señor —interrumpió Berg—, creo que Amato tiene razón, hay algo que chirría. ¿Por qué iba a molestarse en *hackear* la seguridad de los aeropuertos y líneas aéreas si luego le dice a Marek que irá a Hawaii? Hasta ahora todas las operaciones del Ejército Universal han demostrado la precisión de un neurocirujano. ¿Por qué iban a ser tan chapuceros con una pieza clave?

—¿Quién ha dicho que esta mujer sea una pieza clave? —contestó Waldo—. No creo que lo sea. Pienso que es una amargada que Fabrice Flamcourt utiliza a su antojo. Pero esa no es la cuestión.

Lo que tenéis que aprender es que nos vale con que esté relacionada, esa es la jugada. Necesitamos resultados y los necesitamos ya. Si no fuerais unos completos ignorantes de la historia militar, entenderíais el concepto de estrategia. Ahora mismo necesitamos aliviar la presión de los medios y ganar un poco de tiempo. Esa mujer nos lo va a dar.

—Señor, entonces, ¿damos la orden para que la detengan mis compañeros en Hawaii? —preguntó Trapesonian.

—No cometeremos dos veces el mismo error. En Estados Unidos no tienen nada contra ella, la queremos de vuelta a Europa. Esa mujer es soberbia y confiada, se piensa que se ha salido con la suya. Muy bien, pues que se confíe. Mantenemos la vigilancia; cuanta más cuerda le demos, más fácil será luego ahorcarla.

Flavia no fue consciente de su expresión corporal hasta que Paul Waldo finalizó su intervención mirándola fijamente. Cuando notó todos los pares de ojos de la sala sobre ella, dejó de negar con la cabeza para dirigir su vista al suelo de moqueta.

—Por eso todo lo que tengo en mi maleta, incluida la propia maleta, es del *duty free* del aeropuerto.

—¡Madre mía, Elisa! ¿Qué vas a hacer? —preguntó Karen con los ojos como platos.

Caminaban descalzas por la orilla del mar, volvían de hacer taichi y bañarse desnudas en una zona alejada del complejo turístico. Una vez vestidas y con todos los demonios exorcizados, Elisa había aprovechado para confesar cómo habían sido en realidad sus horas previas en Europa.

—Usar la lavandería del complejo, llevo solo tres mudas.

—No me refiero a eso.

—Si me dejan, volver a mi cooperativa y seguir con mi vida —respondió con la vista en las burbujas de espuma sobre la arena.

—Elisa —dijo Karen, deteniéndose para levantar el mentón de su amiga—, las dos sabemos que eso no será fácil; no puedes seguir

con tu vida cuando eres sospechosa de colaborar con el terrorista más buscado del mundo.

—Bueno, si he podido venir hasta aquí, ya no seré tan sospechosa.

—No me hagas dudar de tu inteligencia —replicó Karen con un baño de seriedad en el rostro—, esto no es una broma. Hay factores apuntando hacia ti y, mientras no tengan otra cosa, vas a servirles de chivo expiatorio. La otra noche hasta Philippe dudaba de que no estuvieras implicada.

—¿En serio?

—Apostaba a que no ibas a venir, que no te iban a dejar salir.

—Ya —asintió Elisa—, creo que un chuletón de la sidrería de Óscar ha facilitado las cosas.

—¿Perdón?

—Era la hora de la comida, pasábamos por allí y sugerí aterrizar el helicóptero en el que iba detenida en las eras de Ochagavía —confesó Elisa con una sonrisa.

—Eso es un soborno en toda regla —apuntó Karen divertida.

—Con el chuletón encima de la mesa, el policía polaco me miraba con otros ojos —bromeó Elisa—. De hecho, tuvimos una charla muy amena sobre observatorios astronómicos y física cuántica.

—¿Un policía que sabe de física cuántica y observatorios astronómicos? Una prueba más de que los estereotipos son para los idiotas.

—No te creas, el estereotipo del poli malo por excelencia me estaba esperando en la sala de interrogatorios de La Haya para demostrarme que la policía puede seguir dando miedo. Pero he de decir que también he conocido a varios agentes interesantes.

—¿Además del físico polaco?

Elisa tenía clara en su mente la imagen de la agente en la que estaba pensando, pero ya había hecho muchas confesiones ese día como para preocupar a su amiga contándole que había quedado en verse en París con una policía italiana a la que había mensajeado en un arranque irreflexivo, propio de una adolescente en plena subida hormonal.

—Así que Philippe piensa que soy una terrorista peligrosa —cambió de tercio.

—Su teoría es que Fabrice y tú os habéis seguido acostando durante todos estos años. Así que, entre polvo y polvo, algo tienes que saber.

—A ver si lo entiendo: después de haber puesto punto final a mi relación con Fabrice, hace, a ver..., unos quince años, soy tan imbécil y él tan irresistible que no he sabido decirle que no a una sucesión de polvos casuales y a escondidas durante iquince años! ¿En serio? ¿Quién puede pensar eso?

—Solo Philippe, nadie más compró su teoría. Todos sabíamos que lo decía para provocar a Mathieu.

—¿También sabe lo de Mathieu? —preguntó con los ojos como platos—. Espera, ¿lo saben los demás?

Karen respondió a la pregunta con un gesto elocuente.

—Si han sido tres veces... —se lamentó.

—Elisa, han sido algunas más de tres y Mathieu no es un espía de la KGB precisamente.

—Así que esos encuentros aleatorios con un amigo, el hecho de no tener pareja estable y, por supuesto, no haber sido capaz de definir mi inclinación por hombres o mujeres en todos estos años me convierten en una depravada no solo sexual, sino capaz de conspirar para matar a otros seres humanos. ¡Guau!

—No seas tonta, sabes que eso no es así ni de lejos.

Al no recibir respuesta, Karen detuvo el paseo de ambas para mirarla a los ojos.

—Lo sabes, ¿no?

—Sí, por supuesto que lo sé —respondió Elisa con un gesto de obviedad—, pero no se me escapa el hecho de que, en mi ausencia, habéis estado aprovechando para discutir sobre mi disoluta vida sexual.

—Ya sabes cómo va esto, cariño, a las reuniones hay que venir el primero e irse el último —contestó Karen con una sonrisa y la tomó del brazo para reanudar la marcha—. Pero oye, ahora en serio, tienes que llamar a un abogado.

—No lo sé, en este paseo —dijo y cogió a su amiga de la mano—, aquí, contigo, solo puedo pensar en positivo. Y toda esta historia me hizo volver a La Haya después de un montón de años. Eso me trajo recuerdos.

Karen suspiró de forma audible.

—No me digas más. ¿La famosa Virginia que nunca llegué a conocer? ¿La primera de las primeras? Grrr... Odio a esa mujer.

—Karen, no te pongas celosa —bromeó Elisa—, tú siempre serás la única que se me resistió.

—Eso es porque no me has vuelto a preguntar desde entonces —replicó la americana, que detuvo el paso para sostenerle la mirada. Los ojos azules de Karen penetraron como un rayo en la espina dorsal de Elisa, que eligió ese momento para volver la vista al suelo y retomar la marcha. Karen dejó que se deshiciera el enlace y permaneció clavada en la arena.

Ella era la mujer de Artyom desde hacía casi treinta años, tan solo un par de años después de encontrarse una tarde con aquel científico ucraniano de aspecto despistado en un café de Boston. Aquel hombre, de pocas palabras, a menudo ensimismado, impresionó a la entonces bailarina de danza moderna, quien, años y dos hijos después, quedó reconvertida en profesora de baile, yoga y taichi. Artyom había sido seleccionado, entre miles de aspirantes, para una beca en el Instituto Tecnológico de Massachusetts, el MIT. Aquella beca tenía su continuación en otras ofertadas por la NASA, que culminaron en una nómina estable, matrimonio e hijos, con los que Artyom, en su escaso tiempo libre, construía globos aerostáticos y prototipos de cohetes, dejando a Karen los partidos de béisbol o *soccer*, disciplinas físicas en las que aquella mujer de flexibilidad imposible se desenvolvía mejor que el padre.

En su época de becarios, Artyom y Elisa habían coincidido, de forma tangencial, en algunos de los proyectos en los que trabajaban desde sus respectivas agencias, pero aquel hombre, de inteligencia heterodoxa y escasas habilidades sociales, también había cautivado a Elisa desde un punto eminentemente intelectual. Ella siempre sacaba tiempo para charlar con él, consultarle dudas por correo o su punto de vista sobre problemas en los que se atascaba, lo que

derivaba en largas charlas telefónicas que sabían cuándo empezaban, pero nunca cuándo terminaban.

Con el tiempo, ambos fueron abriendo el abanico hacia sus relaciones personales y, a pesar de la distancia, el primigenio grupo de amigos de Elisa, del que ya formaban parte Philippe, Mathieu y Fabrice —este último pendiente de un hilo—, fue haciendo hueco a Artyom y, sobre todo, a su mujer, Karen, que suplía con creces las habilidades sociales de su marido y con la que Elisa sintió una conexión casi instantánea.

Para Karen ese vínculo inmediato que las dos sintieron provenía del reconocimiento de sus almas, de vidas pasadas. Para la Elisa de entonces se trataba de alguna reacción química desconocida, pero, sea como fuere, a lo largo de los años las charlas con Karen fueron ganando terreno a las de Artyom, porque con esta mirar las estrellas no era un cálculo de variables y momentos, era desenchufar la racionalidad para sentir la energía que radiaba desde el centro del universo. Con ella, Elisa contactaba con su ser más primitivo, aquella mujer salvaje que había enterrado bajo pesadas capas de intelectualidad.

Karen siempre había sido una persona muy táctil, al contrario que su marido, reacio a los contactos físicos más elementales, como el apretón de manos. La noche a la que hacía mención Elisa sucedió en una reunión del grupo, una noche en la que solo quedaban ellas bajo el cielo estrellado del observatorio astronómico de Tenerife. Elisa, envalentonada por el alcohol, quiso avanzar más allá de las manos enlazadas, tan castas como escasas para su impetuosidad de unos treinta y pocos años.

Karen no la rechazó con brusquedad, no hubo ninguna violencia en sus movimientos, se sirvió de su lenguaje corporal para mostrar que no estaba interesada en esa clase de intimidad.

Aquella incidencia no afectó en lo más mínimo a su vínculo emocional. Si acaso, visto en retrospectiva, hizo su relación más fuerte. Porque, como luego entendería Elisa, los vínculos entre los seres vivos no solo se construyen con penetraciones consumadas; el sexo, en su variado abanico de posibilidades, también incluye conexiones táctil-emocionales.

En cualquier caso, parecía que Karen se lo había pensado mejor en los últimos años y hacía tiempo que acortaba distancia, y ahora era Elisa la que la tomaba. Exactamente los tres metros desde los que se volvió hacia su amiga, que seguía en el mismo punto, clavada un poco más en la arena por las idas y venidas de las olas. Desde allí, sus ojos azules mantenían algún tipo de propuesta que todavía conseguía encender el cuerpo de Elisa como un árbol de Navidad.

Solo entonces, perfectamente consciente del efecto, Karen accedió a continuar el paseo.

—Tienes que protegerte, llama a un abogado.

Elisa permaneció en silencio; ahora caminaba del brazo de su amiga, con los ojos cerrados y la respiración contenida. Era una maniobra que la misma Karen le había enseñado a trabajar.

—Tienes razón, como siempre —contestó y abrió los ojos unos instantes después—, pero no quiero explicárselo a todos. Entiéndeme, los quiero mucho, pero he venido a estar con vosotros y no quiero dar más de qué hablar. Ni cuando estoy ni cuando no estoy.

Karen asintió.

—De acuerdo, eso lo entiendo; déjame que haga algunas llamadas, yo me encargo.

—¿Ni a Artyom?

—Me encargo yo, no mi marido —respondió Karen como si la duda la ofendiera—. ¿Hago esas llamadas?

—Sí, gracias, Karen.

—Cabezota —añadió la americana, envolviéndola con el brazo izquierdo. Ambas eran casi de la misma altura, pero en esos momentos Karen se crecía—. ¿Cuándo dijiste que volvías?

—El lunes, para aterrizar el martes.

—¿Tan pronto?

—Sí, bueno, tengo que pasar por París por unos asuntos de trabajo antes de volver a España.

—¿De la cooperativa en París?

—No, bueno, por Francia... Oye, ¿por qué no os escapáis a verme estas Navidades?

—No sé, Artyom está muy liado.

—Artyom siempre está liado, pero tú no. Vente con los chicos, aprovecha sus vacaciones del instituto.

—La verdad es que Vanko y Victoria se acuerdan mucho de Ochagavía y Artyom tenía pensado visitar a sus padres en Ucrania. Podemos pasar el día de Navidad en Boston; después, irme con los chicos a España, y, antes de volver, reunirnos con Artyom en Ucrania.

—En el caserón de Ochagavía cabemos todos.

—No es mal plan, y así me aseguro de que nos reunimos con ese abogado.

—No se hable más —sentenció Elisa y pasó el brazo por la cintura de su amiga. Era un gesto poco práctico para caminar, pero muy eficiente para la recarga de energía vital.

Flavia tamborileaba sobre la mesa con las uñas; frente a ella, su escueto mensaje de texto rezaba: «*Tenemos que hablar*». La destinataria era la vicedirectora, Fiona Magee.

No le gustaba saltarse la cadena de mando y abusar de la confianza de su superiora, pero la otra opción era guardarse el mensaje de Elisa Bayo, con su supuesto itinerario de regreso a Europa, para ella. A Marek tampoco se lo quería contar: no es que no confiara en él —aquel hombre desprendía nobleza por los cuatro costados—, es que no quería que cargase con la responsabilidad de saber y no poder hablar.

Frente a ella apareció una taza de cartón humeante.

—Número dieciséis —dijo Marek con una sonrisa.

—Mi héroe —respondió ella y, como acto reflejo, envió el mensaje—. ¿Has traído tus cosas?

El polaco señaló la mochila del portátil.

—Es ese sitio de allí —indicó Flavia, poniéndose de pie para indicarle un puesto un par de mesas más atrás en diagonal.

—Ya estamos en el mismo piso —concedió Marek mientras se acercaba a su puesto en la mesa corrida y dirigía sonrisas a todo

aquel que levantaba la cabeza de su pantalla.

El móvil vibró sobre la mesa y ella no dejó que empezara a sonar antes de contestar.

—¿Qué pasa con este mensaje, Amato? ¿Me vas a dejar? —preguntó la vicedirectora de la Europol.

—No, me temo que no vas a tener esa suerte, pero hemos de hablar cuanto antes.

—¿Así de urgente?

—Mmm... —Las dudas volvieron a asaltar la seguridad de Flavia, aún estaba a tiempo de echarse atrás.

—Entendido —contestó Fiona al percibir su vacilación—. Te cuento mi envidiable jornada, a ver si podemos hacer un hueco. A las doce y cuarto almuerzo con unos cuantos dinosaurios en traje que me van a leer la cartilla para luego dejarme sola en la rueda de prensa. —La irlandesa suspiró sobre el teléfono—. Dios, se me van a comer viva.

—Puedo acompañarte...

—¿A la rueda de prensa?, ¿en serio?

—Nooo —se apresuró a aclarar Flavia—, me refería a dar un paseo hasta donde vayas a comer, si no está muy lejos.

—Que sepas que tampoco te lo permitiría.

—¿El qué?

—Inmolarte conmigo en la rueda de prensa, ese marrón me lo como yo solita. En cuanto a lo otro, buena idea, no está muy lejos, puedo salir un poco antes e ir dando un paseo.

—Eso sería perfecto.

—Me vendrán bien tu compañía y el aire fresco, últimamente no salgo del bucle coche-aeropuerto-oficina.

—Te advierto que no creo que mejore tu día.

—Querida, empeorarlo tendría mucho mérito.

—Acepto el reto —bromeó Flavia, que notó que cedía parte de la tensión acumulada en los hombros—. Te espero en los jardines de abajo, estaré allí desde las once y media.

—De acuerdo.

Como si de un carrusel se tratase, tan pronto colgó la llamada con Fiona, el agente Berg estaba frente a su mesa.

—Tengo una invitación para ti —susurró el sueco—. Te explico fuera.

Flavia miró a su alrededor hasta encontrarse con los ojos de Marek, que la observaban expectantes por encima del monitor de su mesa. Con un gesto de la italiana, el polaco puso toda su humanidad en movimiento y se dirigió a la salida a la zaga de sus compañeros.

—¿Ya le has conseguido un sitio a Kraszewski? —preguntó Berg cuando alcanzaron el pasillo—. Me inclino ante su eficiencia administrativa, *madame* —añadió con una aparatosa reverencia.

Flavia aceptó el cumplido dando un sorbo a su café, apenas tibio después de tantos acontecimientos.

—Bueno, ¿qué es eso que tienes para mí? —preguntó una vez que Marek llegó.

—He conseguido otra entrevista con Pier Moos, podemos ir de nuevo.

—Me inclino ante tu capacidad de persuasión —admiró Flavia e imitó el gesto de Berg, pero en modo desvaído, consciente del café en su mano, que, aunque tibio, seguía siendo el número 16.

—El tipo está mejor —contestó él quitándose mérito—. Me lo he currado un montón con su mujer y los médicos nos dejan ir a verlo esta mañana.

—¿Con «podemos» te refieres a...?

—A nosotros —contestó y se puso a inspeccionar los alrededores antes de añadir—: Waldo no tiene por qué saber quiénes hemos ido.

—¡Genial, te debo una! —exclamó Flavia ilusionada, apenas un segundo antes de que las arrugas se apelotonaran sobre su frente—. Pero creo que es mejor que vaya Marek.

Una mueca de sorpresa apareció en el rostro de Berg.

—Sabe de física y hasta tiene su propia teoría sobre lo que separó al grupo de investigación en 2011 —añadió la italiana.

El sueco recuperó el control sobre la expresión de su rostro y la dejó neutra.

—En tres días tiene sitio asignado y acceso a los interrogatorios más jugosos —añadió con su habitual socarronería—. Este chico llegará a director adjunto por lo menos.

—Entonces, ¿tú no vienes? —preguntó Marek, hasta ese momento en un prudente segundo plano.

—No.

—Seremos Trapesonian, tú y yo —aclaró Berg—. Abajo en veinte minutos —sentenció antes de girarse para desaparecer por la otra parte del pasillo.

Treinta minutos después de esa conversación, Flavia paseaba frente a la puerta del edificio de la Europol. Se había subido el cuello del chaquetón y andaba de un lado a otro, pero su cuerpo perdía grados a cada paso. Necesitaba una bebida caliente que, por razones obvias, no podía ser café. En los quince minutos que llevaba esperando había subido dos veces a la máquina del tercer piso y otras tantas se había ido de vacío. De las más de treinta variedades de bebidas calientes ofertadas en el *display*, muchas de ellas atractivas y sin cafeína, se sentía fiel al 16, vaya tontería.

Miró hacia la puerta principal; del grupo de personas que emergía de ella, ninguna era Fiona Magee. Se quitó un guante para activar su móvil. Cada vez que releía los mensajes de Elisa —«*No pudo ser en La Haya, pero, si para entonces me has perdonado, te devuelvo la invitación en París. Vuelvo el martes*» y «*Esperando volver a coincidir contigo en este universo*»— un chute de adrenalina le recorría la espina dorsal, su corazón latía más deprisa y la sangre irrigaba con profusión hasta los dedos de los pies; era mucho más efectivo que cualquiera de las variedades cafeinadas de la máquina.

Parte de ese calor interno provenía de la fracción de su cerebro que le recriminaba su actitud de colegiala ante la mayor maniobra terrorista desde Bin Laden y las Torres Gemelas. Si aquella mujer la estaba manejando como una marioneta, no solo iba a hacer un ridículo espantoso, sino que sería el fin de su carrera.

En su mente resonaba el concepto «horizonte de sucesos» —desde que lo había visto mencionado en un artículo publicado por Fabrice y Elisa, no dejaba darle vueltas a la poesía de su significado

—, el límite a partir del cual no se puede escapar de la atracción de un agujero negro.

Si algún ser humano llegaba al confín de una singularidad espaciotemporal, ¿sentiría el mismo conflicto entre atracción y miedo que experimentaba ella?

La figura de la vicedirectora de la Europol caminando hacia ella interrumpió sus cavilaciones.

—Agente Amato, ¡qué sorpresa! ¿Qué haces por aquí? —exclamó Fiona Magee, ladeando la cabeza y con los brazos en jarras. Flavia procuraba que, cuando tenían que verse, pareciera un encuentro casual ante sus compañeros y mandos. Prefería que no se comentase por los pasillos que tenía línea directa con la vicedirectora de la Europol. Fiona Magee lo respetaba, pero no podía resistirse a hacer el tonto para ver la reacción que improvisaba Flavia.

—Vicedirectora —contestó con sobriedad la italiana, recriminándole con la mirada sus excesos dramáticos—, tengo una salida por la zona.

—Qué casualidad, yo voy a un almuerzo oficial. ¿Me acompañas?

—Bueno.

Tras estas palabras y un gesto de la irlandesa, el séquito que normalmente acompañaba a Fiona estableció un margen de unos diez metros por detrás.

—Dime, ¿qué es eso tan importante que tienes que contarme? —preguntó Magee tras dar la vuelta a la esquina.

Flavia se aclaró la garganta.

—Esto pinta mal.

—Vaya, buenos días para ti también. Justo lo que me hace falta hoy, positivismo a raudales.

—No —se disculpó con un gesto Flavia—, lo que quiero decir es que contamos con un gran equipo de trabajo, lo mejor de Europa, tenemos también medios... Y con todo ese equipo y esos medios, una semana dándole la vuelta al reloj y... ¿qué tenemos? Un delincuente de poca monta y una pija antisistema que solo nos cuenta cotilleos de Elisa Bayo, pero que, al parecer, va a convertirse en nuestro mejor hallazgo a expensas de que alguien traiga algo...

—Flavia, estoy al tanto —interrumpió la irlandesa—, parte de mi trabajo es estar informada y parte del de Paul Waldo es redactar un informe ejecutivo diario.

—Eso es precisamente lo que me preocupa.

—Lo sospechaba.

—Bueno, en realidad, no tiene tanto que ver con él, sino con cómo se está enfocando la investigación. Queremos resultados, pero como no los conseguimos cualquier cosa vale.

—Te puedo asegurar que, en ese apartado, Paul Waldo y yo estamos completamente alineados. En un par de horas tengo una rueda de prensa donde se va a poner en duda no solo nuestra competencia, sino la propia existencia de Europol, y me sería de gran ayuda tener algo que anunciar. Cualquiera de esas dos cosas, por pequeñas que parezcan, me servirían como clavo ardiendo al que agarrarme.

—No, si eso lo entiendo, pero precipitarnos con los anuncios puede ser justamente lo que están buscando, como si nos estuvieran direccionando para que lleguemos justo donde ellos quieren...

—Amato, al grano.

Flavia tomó aire y lo expulsó lentamente, haciendo que la cabeza de Fiona se llenara de todo tipo de conjeturas absurdas.

—He recibido un mensaje de texto de Elisa Bayo diciéndome cuándo y cómo vuelve a Europa.

Fiona detuvo el paso de forma involuntaria; entre todas sus conjeturas esa no estaba.

—¿Cómo ha sido eso?

—Lo recibí en mi móvil.

—Quiero decir, ¿por qué tenía tu número?

—Yo se lo di. No me gustaba el rumbo que tomaba el interrogatorio de Waldo y le metí mi tarjeta en la funda de sus gafas.

—¿Quién lo sabe?

—Tú y yo.

—¿Crees que te dice la verdad?

Flavia se encogió de hombros y Fiona miró alrededor; por detrás, sus acompañantes no sobrepasaban la línea imaginaria.

—¿Por qué me lo estás contando? —quiso saber la irlandesa mientras reanudaba el paso.

—Porque creo que la detención de Elisa Bayo puede ser una gran cagada. No sé, es demasiado fácil. Una semana dejándonos los cuernos y con un equipo brillante y no encontramos una fisura, y de repente, caída de la nada, nos dan esto. En serio, ¿tú montarías todo el rollo de los aeropuertos y vuelos simultáneos para luego dejar que pillen a tu amante con una cantidad de droga suficiente para tener que hablar con nosotros? ¿No te chirría un poco?

—Sí, conozco ese argumento. Aunque no lo creas, Waldo me lo transmite todo, tanto tus dudas como que a Berg le chirría también. Waldo confía mucho en él.

Caminaron en silencio unos cuantos metros, tras los cuales Fiona Magee emitió un profundo suspiro.

—Ahora dime, ¿cuál es tu plan? ¿Y cuántos procedimientos te vas a saltar?

—Quiero recibirla en París en privado y proponerle que se una a nuestro equipo.

Eso Fiona Magee tampoco lo había visto venir; se estaba haciendo muy mayor para esto, pensó cansada.

—Si la cosa no funciona —insistió Flavia—, la tenemos localizada, se puede hacer la detención y anunciarla a los cuatro vientos, si es lo que nos conviene. Pero probaríamos primero esto.

—¿Y cómo pretendes hacerlo?

—El plan de Waldo es mantener la vigilancia y saltar sobre ella cuando entre en Europa. Propongo avisarla y hacer maniobra evasiva; la estaré esperando en el aeropuerto de París.

—¿Y cómo vas a hacer la maniobra, Houdini?

—Necesitaríamos manipular la lista de pasajeros de los vuelos.

—No, no, no. Para hacer eso necesitas involucrar a Hans y su equipo; ni hablar, no podemos comprometerlos a ellos también. Te tendrás que apañar sin maniobras orquestales.

—¿Solo yo?

—Bueno, tú y el polaco.

—Hacen falta medios para que salga bien.

—Si no sale, como tú has dicho, nos quedará el plan B: la detenemos con toda la fanfarria.

Flavia caminó pensativa mirando al suelo.

—Estamos acercándonos al restaurante, voy a empezar a cruzarme con gente conocida —advirtió la vicedirectora.

—De acuerdo, lo haremos Marek y yo —respondió Flavia a la pregunta no formulada.

—Los locos de las batas, aventura en París —murmuró la irlandesa.

—Hay otro problema —susurró Flavia—: todos los gastos los aprueba Waldo, y a nosotros, desde lo del helicóptero, nos ha cerrado el grifo.

—Tendremos que hacerlo de otra partida presupuestaria. Eso lo busco yo, te dejo a ti que te inventes la razón por la que te mando allí.

—Cuando se me ocurra, te la cuento. Y... —Flavia rozó apenas la mano de su superiora— gracias, Fiona.

La irlandesa respondió con un volteo de mano, desestimando el peligro que para su carrera asumía con aquella decisión.

—Oye —exclamó cuando Flavia ya se marchaba—, ¿tienes algún interés en esa mujer además del puramente profesional?

—Ehh..., yo no, no... ¿Eh? No sé de qué... —respondió Flavia, cuyas mejillas se tiñeron de rosa a pesar de la gélida temperatura ambiental.

—De acuerdo, querida, me queda claro —contestó Fiona con un guiño para dar la conversación por terminada.

Uno de los muchos detalles que hacían de Fiona Magee una persona sabia es que nunca daba consejos. Tampoco se le podía reprochar que no asumiera su responsabilidad, había tomado una decisión muy arriesgada y no por ello lo iba a subrayar.

Flavia permaneció atónita mientras su superiora se alejaba; gotas de sudor mojaban sus axilas, cabeza y espalda. Fuera de su chaquetón empezaba a lloviznar, una lluvia heladora, mitad nieve, mitad agua.

Marek miraba por la ventana del asiento de atrás. Entre el vaho y que ya era noche cerrada, no veía más que los últimos copos de nieve, cayendo rezagados, resistiendo a convertirse en agua en el cristal. Acababan de salir del interrogatorio de Pier Moos y su sensación más acuciante era el hambre. Desde el desayuno no había tomado nada; tampoco había visto comer a sus compañeros, así que no debían de andar muy sobrados.

—Y bien, ¿a qué ha venido eso? —preguntó Berg desde el asiento del conductor. Habían echado a suertes la conducción: a la ida le había tocado a Trapesonian y a la vuelta, a él.

—En la habitación del hospital hacía mucho calor —contestó Marek.

—Sí, qué horror —convino Berg—. Espero que fuera una estrategia para que nuestra visita fuera corta y ahora bajen la temperatura; si no, acabarán achicharrando a ese hombre. Pero, insisto, ¿a qué ha venido ese arranque de lo del informe falso y el rollo de la materia oscura?

—Pues a que era falso, a que en la habitación hacía mucho calor y a que ese hombre solo repetía, como un mantra, lo mismo que había leído en vuestro informe del otro día. En cambio, no nos hablaba de que en 2011 él firmó un artículo en el que se anunciaba, por primera vez en la historia, que habían detectado materia oscura. Nadie lo había hecho hasta entonces ni pudo hacerlo después, porque, por lo que se ha sabido después, lo más probable es que la materia oscura no pueda detectarse en nuestras coordenadas ni con esos detectores, porque pertenece a otro universo espaciotemporal. Así que, con toda probabilidad, se inventaron el impacto para obtener publicidad, confiando en que los pares no iban a poder reproducir el ensayo y...

—¿Qué son los pares? —preguntó Trapesonian desde el asiento del copiloto.

—Son los científicos que revisan un artículo antes de su publicación; cobran de la revista que los consulta como expertos en la materia, pero en el mundo de la ciencia nada es muy lucrativo. Tengo amigos que de vez en cuando hacen de pares y, créeme, sale mejor poner multas de tráfico. Así que, si a veces no les cuadran

mucho las conclusiones de un estudio, pueden poner sus objeciones. No obstante, por muy sospechoso que les parezca, seguramente no van a tener tiempo de demostrar que es falso, porque eso solo puede hacerse reproduciendo el experimento en las mismas condiciones y esperando. Si tu ensayo es lo suficientemente complejo y no tienes muchos escrúpulos ni integridad, te la puedes jugar a...

—Ya, eso te lo he oído decir en la habitación —interrumpió Berg—. Lo que te pregunto es a qué venía. ¿Qué interés tiene para la investigación? ¿Qué sentido tiene sacarle los colores a un tío que ha visto la muerte de cerca porque hace unos años hizo trampas en un experimento?

—No lo sé —respondió Marek, volviendo la vista a la ventana, en la que el agua luchaba por mantener su dignidad de gota sin fragmentarse como baba de caracol—, pero tampoco nos estaba contando nada relevante, otra vez con el rollo de la reunión de la casa y que si Elisa Bayo tal y Elisa Bayo cual. Todo el equipo tenía que saber que los registros de aquellos tres impactos de materia oscura que daban credibilidad a su hallazgo estaban amañados, y me parecía interesante establecer los condicionantes de la decisión de Pier y por qué no lo firmaron Elisa Bayo y Fabrice Flamcourt.

—¿Y cuáles son, en tu opinión, esos condicionantes?

—Un proyecto que, después de diez años y mucha inversión, no obtiene resultados tiene los días contados. En esas situaciones se genera presión, la subvención europea se acababa y todos se ven en la cola del paro o en busca de recomendaciones que nadie les va a dar, porque, en el mundo de la ciencia, si no publicas, no eres nadie. Mi teoría es que Pedro Gutiérrez, el director del proyecto, les propuso una solución, o ni siquiera la propuso, sino que amañó los resultados con algunos del equipo en espera de que el resto se los tragase. Tal vez ese fuera el precio de Pier Moos: una carta de recomendación a cambio del certificado de tres impactos de materia oscura en su detector. Fabrice y Elisa no firman, pero tampoco denuncian; tal vez sacaron algo a cambio de su silencio o tal vez Pedro Gutiérrez nunca cumplió con su palabra y, quince años después, una bomba estalló bajo su asiento. En fin, no sé, me

pareció que estábamos perdiendo el tiempo y decidí probar con eso. Total, para eso estoy aquí, ¿no?

Trapesonian permanecía en silencio. Tampoco ella había entendido el arranque del polaco, pero no quería ofenderlo; le miraba allí sentado, con el inicio del cuádriceps marcándose sobre los vaqueros y un mechón rebelde cayéndole por la frente, y no le importaba su competencia policial: se lo quería follar.

—Efectivamente —añadió Berg tras unos segundos de reflexión—, tienes toda la razón; por poco relevante que puedan parecer los acuerdos entre unos becarios hace quince años, estamos tan perdidos que no podemos rechazar ningún enfoque, hay que incluirlo en el expediente... ¿Lo podrás poner todo en un informe antes de la reunión de mañana?

—Sí, claro —respondió Marek—. Pero ¿podríamos comer algo?

—¡Sí! —contestó entusiasmada Trapesonian—. ¿Por qué no paramos en la próxima estación de servicio?

—Voy a hacer algo mejor que eso —anunció Berg—: os voy a llevar a un buen restaurante en Amberes. Pero con la condición de que a partir de ahí conduzca Marek.

El polaco asintió, le daba igual cenar sin vino con tal de comer algo decente. La mayor parte de sus días como agente de la Europol se los había pasado viajando o yendo detrás de unos y otros como pollo sin cabeza; casi agradecía sentarse esa madrugada a redactar un informe, él solo, sin nadie que le dijera lo que tenía que escribir; sentirse autónomo y útil, aunque luego nadie lo leyera.

Como movido por telepatía, a su móvil llegó un mensaje de Flavia: *«Te deseo buen viaje de regreso a La Haya. Mañana nos volvemos a París. Saldremos después de la reunión de las 8:00».*

«El pollo sin cabeza vuelve a hacer la maleta», pensó.

CAPÍTULO 8

VIERNES

En la imagen que estaban visionando Berg, Trapesonian y Hans en el monitor del ordenador de este último, un varón de prominente barriga se bajaba los pantalones frente a la cámara. Tanto por las dimensiones como por la iluminación del habitáculo que ocupaba, se deducía que el retrete sobre el que se sentaba, aunque pulcro, no era privado. Una vez acomodado, los ojos, brillantes por la incipiente secreción lacrimal, quedaban a la altura de la cámara. No hacía falta una bola de cristal para adivinar lo que vendría después. Lo que no resultaba tan previsible era la profusión en sonido ambiente de la que hizo gala la grabación: instrumentos de viento, percusión, desprendimiento de tierras..., no faltó de nada. Solo al final de los dos minutos escasos de metraje, el sonido ambiental perdió protagonismo frente a las palabras con las que el autor de la cinta puso la guinda al pastel: «Perroflautas, ahí tenéis vuestra merienda».

—¡Joder, qué ascazo! —exclamó Berg con una mueca de disgusto.

Katherine, por el contrario, permanecía imperturbable, sorprendida únicamente por la reacción del sueco, al que le suponía más cuajo. El agente Berg contaba con la suficiente experiencia como para haber visto unos cuantos cuerpos sin vida, algunos de ellos mutilados, otros diseccionados sobre una camilla forense, y probablemente en todas esas ocasiones habría aguantado sin torcer el gesto. En cambio, aquel visionado, con el que Ramón Solans,

antes de ser asesinado, daba poética respuesta a las cartas que le sugerían enmendar sus errores del pasado, le había superado.

—¿Cuántos? —preguntó la americana, dirigiéndose a Hans—. ¿Cincuenta millones más de seres humanos que, tras ver esta cinta, no solo no condenarán la muerte de este hombre, sino que se van a sumar a los que aplauden el asesinato?

—Desde luego, vídeos como este ponen más difícil su condena —admitió Hans con una sonrisa de circunstancias—. Hay que reconocer que estos tíos son unos genios del *marketing*. Tienen los tiempos perfectamente estudiados y filtran los documentos justo en el momento exacto.

—¿Y no hay por dónde rastrear? —preguntó Berg, que se unió a la conversación una vez hubo alojado, en algún punto remoto de su cerebro, las imágenes que acababa de ver.

—Estamos en ello, pero es difícil; saltan de un servidor a otro y en cuestión de segundos, cuando todo el mundo ha empezado a compartir, desaparecen sin dejar rastro. Y en cuanto a tu pregunta —añadió, dirigiéndose a Trapesonian—, según nuestras medidas indirectas, sí, unos cincuenta o sesenta millones más.

—Cada día nos ponen más difícil subir allí —se lamentó Berg a la vez que señalaba el techo y los dos pisos que los separaban de la sala de reuniones de la planta quinta.

Justo en ese momento acababan de entrar Flavia Amato y Marek con sendas maletas.

—¿Y no hubiese sido mejor haberlas dejado en la consigna de abajo? —preguntó el polaco tras esconder el equipaje en un rincón de la sala.

—Tenemos que coger el tren de las 9:20; he dejado el coche en el *parking* y esta puerta está pegada al montacargas. Haya terminado o no la reunión, le parezca bien a Waldo o no, a las 8:50 nos vamos.

A las 8:02, el equipo estaba congregado en la sala. Como era habitual, a falta de Fiona Magee, Waldo dirigía la reunión y daba el primer turno de palabra al agente Aubert.

—Buenos días —saludó el agente francés—. La policía lituana ha detenido esta noche a Lazar Danchev, uno de los presuntos

asesinos del líder de la secta el pasado miércoles en Esto...

—Aubert —le interrumpió Waldo—, en esta sala estamos solo los buenos, ni prensa ni picapleitos, nos podemos ahorrar las palabrejas: ni presuntos ni supuestos.

Aubert asintió antes de continuar.

—Tenemos material para meter a Lazar un tiempo entre rejas, así que podemos ser moderadamente optimistas en cuanto a su colaboración. Dragan y Rasa acaban de salir para allá.

—Rasa es lituana, ¿no? —interrumpió Berg.

—Sí, y Dragan, búlgaro —contestó con una sonrisa—. Esta detención no ha podido cuadrar mejor con mi equipo. En cuanto a las cuentas —Aubert se dirigió hacia la pantalla, en la que aparecía un esquema con números de IBAN conectados mediante flechas—, hace un par de horas que el juez nos ha concedido acceso. En las que están a nombre de Lazar, todo muy aburrido —añadió justo antes de que varias líneas rojas aparecieran en la pantalla para tachar los números de cuenta que apuntaban con la flecha de «Personal»—. En cambio, figura como socio capitalista de un par de empresas fantasma. Digo fantasma, pero sería más apropiado empresas payaso o, no sé, Homer Simpson, por lo poco sofisticado de su entramado; cualquier estudiante de segundo de Administración de Empresas lo haría mejor. Como decía, justo en las cuentas de estas compañías encontramos un par de movimientos interesantes. Tenemos una entrada de quince mil euros el mismo día del asesinato —la pantalla mostraba los asientos de una cuenta con una línea roja que indicaba la cantidad señalada por Aubert el 16/12/2026— y, en una cuenta de otra de las sociedades, otros quince mil euros el día siguiente. Todos nuestros esfuerzos están centrados en rastrear el origen de esos dos pagos.

—El asesinato del hombre ese de la secta no está reivindicado por el Ejército, ¿no? —intervino Shaun Craston.

—En realidad, sí, pero con menos fanfarria que los otros —respondió Aubert.

—Por treinta mil euros cada asesino, tampoco es como para presumir —añadió Berg y provocó sonrisas en la sala.

—¿Algo más? —preguntó Waldo; cuando Aubert negó con la cabeza, añadió—: Cranston, tu turno.

El aludido imitó el gesto de su compañero francés.

—Seguimos buscando el rastro de Igor Plogojowitz, también la red de financiación; al nivel de esta gente no se llega con recursos limitados, pero me temo que no tenemos mucho que aportar hoy.

—Pues id a entrevistar a la alemana y su marido.

—Los médicos no van a permitir...

—¡Pues insiste! —ordenó el director adjunto con un golpe en la mesa—. Berg, ¿qué tenemos?

El sueco no se hizo esperar.

—Ayer volvimos a entrevistar a Pier Moos —comenzó, liberando a Cranston de las miradas de la sala—. Nos vino a contar, más o menos, lo mismo que la otra vez: que si la reunión, que si Elisa Bayo...

—¿Seguimos con la vigilancia de esa mujer en Hawaii? —interrumpió Waldo, dirigiéndose a Katherine Trapesonian.

—Sí, señor; el FBI mantiene el seguimiento y también el control de pasajeros de los vuelos que salen de Hawaii. No irá a ninguna parte sin que lo sepamos, pero... —Trapesonian notó que se le humedecían las axilas; sabía que no era el momento, pero estaba recibiendo mucha presión desde el otro lado del océano. Los más altos representantes de su oficina estaban en la embajada de Bruselas desde esa misma mañana para hacer entender a la Europol que la colaboración del Gobierno más poderoso del mundo tenía un precio.

—¿Pero qué?

—Mantener ese efectivo depende del resultado de la reunión de esta tarde.

Waldo no disimuló su contrariedad.

—Resolveremos ese ultimátum en privado, no estamos aquí para eso.

—Lo sé —murmuró ella con las mejillas incendiadas.

—Berg, continúa —ordenó el director adjunto.

—Como decía, no estábamos sacando nada nuevo de Pier Moos hasta que intervino Marek; él parece haber encontrado algo.

Con estas palabras, en un movimiento orquestado, Trapesonian hizo emerger en la pantalla el informe que el polaco les había pasado esa misma madrugada. En la introducción estaba la manida foto del grupo de investigación en 2011.

—Buenos días. Entiendo que queréis que vaya al grano —dijo Marek mientras se levantaba hacia la pantalla.

—Por favor —le animó Waldo.

—En el informe encontraréis los argumentos en los que basamos la hipótesis y, si no los consideráis suficientes, intentaré resolver las dudas que os surjan al respecto. —Antes de seguir hablando, se aclaró la voz y, en una corta respiración, templó sus nervios—. Creemos que este momento del 2011 —comenzó mientras señalaba la foto— pudo ser el germen del Ejército Universal. En junio de ese año, las personas de esta foto formaban parte de un grupo de investigación. Este publicó un artículo en una revista científica de prestigio, según el cual habían sido los primeros en la historia de la ciencia en detectar la materia oscura. Como ya nos adelantó la agente Amato, los únicos que no firmaron ese artículo fueron Elisa Bayo y Fabrice Flamcourt. Años después, sabemos que aquella publicación no solo era falsa, sino imposible, porque la materia oscura no interactúa con la luz de nuestro universo, tal vez porque pertenece a una dimensión oculta; hay varias teorías al respecto.

—Por favor, ni se te ocurra explicarnos eso —exclamó Berg con una mueca de espanto que arrancó algunas sonrisas.

—Me temo que, aunque quisiera, no podría: es tan complicado de entender como de explicar —respondió mucho más relajado tras la broma—. En cualquier caso y volviendo a aquella publicación, Pier Moos ha confirmado que, y cito textualmente, «conocían la vulnerabilidad de los datos». Nos ha dicho que el director del proyecto, el difunto Pedro Gutiérrez, ejerció mucha presión para conseguir la publicación. Se acababa la financiación, se quedaban sin trabajo y firmó. Cuando le preguntamos qué consiguió él a cambio, comenzó a hiperventilar, se le aceleró el pulso y la habitación se llenó de batas blancas.

—Yo diría que esas respiraciones no surgieron de forma natural —añadió Berg.

—Eso no lo podemos saber —contestó Marek con un gesto de impotencia.

—Lo que sí sabemos es que funcionó. Fue el fin de la conversación y al hospital no podemos volver en un tiempo —intervino Katherine Trapesonian.

—¿Y a dónde llegamos con todo esto? —preguntó Waldo.

Marek se volvió a aclarar la voz en busca de algo de tiempo para ordenar sus ideas.

—Lo que sugerimos es que hubo una especie de pacto entre los que firmaron y uno de silencio con los que no, Fabrice Flamcourt y Elisa Bayo, pero todos sacaron algo.

Un murmullo en la sala, sumado a las caras de escepticismo de gran parte de los presentes, secó la garganta de Marek. Su reacción estaba más que justificada; era la primera vez que se exponía al imponente equipo de agentes, seleccionados entre los mejores expedientes de toda Europa, y cuando lo hacía no tenía ni con qué cubrirse las vergüenzas.

—Sí, ya sé que no es mucho...

—El que orquestó todo fue Pedro Gutiérrez —intervino Flavia, echando un capote al polaco—, era el más interesado en aquella publicación. ¿Por qué? No lo tenemos claro y creo que ahora eso es irrelevante. En realidad, todo esto no sería más que algo anecdótico si no fuera porque, investigando las empresas que han ido financiado estos últimos años los proyectos de todos y cada uno de los miembros...

—¿Pero la investigación no se hace con dinero público? —preguntó Aubert.

—Sí, en principio sí —respondió Marek—; de hecho, en aquel momento la financiación era enteramente pública, a través de un proyecto europeo. Pero no hace falta ser un experto para saber que cualquier investigador que encuentra un filón, una aplicación en la que alguna empresa pueda estar remotamente interesada, se agarra a eso como a un clavo ardiendo. Es así como se forja el tejido de la ciencia, repleto de *joint ventures* con un porcentaje variable de

capital privado. No lo digo con una connotación negativa, al contrario: con los recortes en investigación, la financiación privada es lo que da la viabilidad a los proyectos que, en un alto porcentaje de los casos, no llegan a nada.

—¿No has dicho que ibas a ir al grano? —recordó el director adjunto.

—La agente Amato y yo hemos estado investigando esas *joint ventures* —continuó, sorprendiendo a Flavia por ser incluida en una tarea que le había sido ajena— y hemos encontrado algunas coincidencias. —En la pantalla aparecieron nombres de varias empresas rodeados con un círculo rojo, culminado por una flecha que apuntaba a proyectos de investigación—. Pier Moos, Fabrice, Kimberly y Silvie Darras participaron juntos en un proyecto financiado por Laboratorios Dohm en 2012. Este generó un ramal posterior de biología molecular, desarrollado y financiado, entre otras empresas, por Dohm. Hay otro...

—¡Espera, no la muevas! —exclamó Cranston desde su silla.

Todos en la sala desviaron su atención de la pantalla para dirigirla al agente británico mientras este consultaba su *tablet*. Fueron unos segundos de silencio en los que Marek no avanzó en su presentación y Cranston permanecía ajeno a las miradas recelosas.

—Hay una coincidencia —anunció cuando el zapateo de Waldo contra el suelo aceleraba en tono y ritmo—: Plogojowitz tuvo relación con esa empresa en 2020. Bueno, él no, pero a través de una tercera persona con la que lo hemos podido relacionar.

—¿Laboratorios Dohm? —preguntó Marek.

—No, esa no —contestó Cranston, volviendo a consultar su pantalla—, Aralabon Supplies.

—Pedro Gutiérrez era socio de esa empresa —añadió Berg—. Se fundó en 2011 y a los pocos años era el único socio.

—Aralabon Supplies también ha sido proveedor de la sede de Laboratorios Dohm en Gif, donde esos dos proyectos que habéis mencionado se desarrollaron —intervino Flavia, incorporándose—. Kraszewski y yo salimos esta misma mañana hacia allí.

—¿Quién os ha dado la autorización? —preguntó Waldo, capaz de asistir al hallazgo de lo que podría ser la primera pista

relevante en la investigación sin por ello descuidar la defensa de la organización burocrática.

—El informe estaba colgado desde esta madrugada en SIENA, esperábamos a confirmarlo en esta reunión, pero... no hay mucho tiempo y...

—De acuerdo —concedió el director adjunto—, largaos. Quiero el informe para la reunión de mañana.

Marek y Flavia no le dieron tiempo a arrepentirse y, mientras Hans mostraba los datos del apoyo masivo al Ejército Universal en las redes y los millones de euros que acumulaban en la cuenta de microfinanciación aportada por sus seguidores, la puerta del montacargas se abría para acoger a la pareja de agentes y sus maletas.

En un pasillo subterráneo, en algún punto de la meseta central rusa, un murmullo de voces se imponía sobre los pasos de Fabrice Flamcourt. Si sus sentidos no le traicionaban, el ruido provenía del despacho de Mijaíl. Ya era complicado oír cualquier conversación del serbio, aunque fuera por teléfono, pero, en su despacho y tan próxima a la hora de la comida, era un suceso tan frecuente como el avistamiento del cometa Halley.

Tan pronto se acercó al umbral de la puerta, la conversación cesó y Max Hickman salió del despacho con un cubo de Rubik sin resolver en la mano.

—El FBI mantiene el seguimiento de Elisa Bayo —le informó Mijaíl sin reparar en convencionalismos—. Ayer la seguían en la visita al observatorio, tan discretos como un ejército de adolescentes en un concierto *pop*. —Esta información resbaló por el consciente de Fabrice, distraído por las conjeturas que la bandeja con restos del menú del día, abandonada en un rincón del despacho, le sugerían. «¿Habrá compartido Mijaíl su comida con Max?»—. Lo mejor de todo es que creen haber reclutado al soldado cero cero cinco para que espíe para ellos.

—¿En serio? —preguntó Fabrice, volviendo de entero a la conversación.

—Como lo oyes: le ofrecieron inmunidad a cambio de vigilancia cercana. Son más inútiles de lo que habíamos previsto: ahora tenemos a un portavoz que les transmitirá lo que nosotros queramos.

—Perfecto, usaremos la ventaja que nos dan, pero sin arriesgar demasiado.

—No entiendo por qué no, cero cero cinco es un elemento prescindible.

—¿Tenemos preparada la aparición de Elisa en listas de pasajeros simultáneas? —preguntó Fabrice, ignorando el comentario del serbio.

—En el vuelo de ida pudimos hacerlo sin obstáculos, pero ahora están sobre aviso y...

—Nada que tu equipo no sepa resolver. —Fabrice observó que Mijaíl acogía el reto con una ligera tensión en sus mandíbulas—. Hablando de soluciones —continuó, impasible a las emociones de su interlocutor—, el equipo de Lindsay ha conseguido veinticinco minutos de estabilidad en el recipiente unitario.

—¿Material?

—Cerámica, teflón y aluminio. No solo más discreto que el titanio, sino económicamente viable.

—Sería mejor cuarenta minutos.

—Nos las arreglaremos con veinticinco y prescindiremos del titanio. ¿Cómo ha ido lo que enviamos a Brasil?

Mijaíl tecleó algo en su ordenador y, un instante después, giró la pantalla para que Fabrice pudiera verla. En la imagen, dos seres humanos cubiertos con trajes y escafandras de protección biológica se acercaban a un mono tumbado en una camilla y aparentemente sedado.

—Inicio de la fase tres. Ejemplar macho joven. Estas imágenes son de hace cuatro días, cuando le inyectaron la vacuna. Los dos primeros días estuvo con fiebre, algún ataque rabioso, sangrado de encías y cosas por el estilo, pero, por lo demás, normal. Ayer le inyectaron el virus —dijo mientras cambiaba la imagen por

otra del mismo mono, que trataba de moverse de un lado a otro de la habitación, pero de una forma tan lenta y pesada que parecía que llevaba toneladas de cemento repartidas por su cuerpo— y estas imágenes son de esta misma mañana.

—Aparentemente, el mismo resultado que con las ratas y los cerdos —comentó Fabrice después de un rato de observación—. Si supera la etapa de aletargamiento, probablemente sobrevivirá.

—Habrá que esperar.

—¿Cuándo empezamos con el siguiente ejemplar?

—No podemos hacer más pruebas con monos.

—¿Cómo que no? Necesitamos probar la tolerancia en ejemplares hembras y bebés.

Mijaíl pasó a mostrar en el monitor la imagen de portada de un periódico digital en la que varias personas se manifestaban frente a un laboratorio cuyo nombre aparecía tapado. La pancarta principal rezaba en portugués: «No a la experimentación animal».

—El último traslado no fue muy elegante y una asociación local lo ha trazado de Monte Castelo a Irapuru.

—¡Putos chapuceros! —exclamó Fabrice, golpeando la mesa—. ¿No les pagamos bien?

—No lo sé, lo estamos investigando. Puede ser que algún intermediario quisiera hacerse el listo y recortar sus costes.

—Está bien, adelantamos la fase cuatro y silenciemos el asunto de Brasil.

—¿Por lo civil o lo criminal?

—Civil, lo del grupo: una declaración del responsable local con una plausible explicación alternativa bien untada en dólares.

—Es solo un grupo de *colgaos*; a lo mejor no son ni veinte.

—No queremos ni el más mínimo foco en las operaciones.

—¿Vas a hablar con los tuyos por esto? —preguntó Mijaíl, traicionando con una ligera mueca su habitual flema.

—Sí, yo me encargo del asunto civil y tú, del criminal. Le daremos un puesto de trabajo a la líder o una oferta de colaboración a todo el grupo, ya veremos. Tú te encargas de buscar la manzana podrida en el cesto de Brasil y de depurarla.

—De acuerdo —respondió en tono neutro. Su gesto se había recompuesto para no dar pista alguna sobre si aplaudía aquella decisión o si, por el contrario, su opinión y la del francés cada día eran más divergentes.

Fabrice tamborileaba con los dedos sobre la mesa con la vista centrada en el monitor.

—Asumo el riesgo de adelantar la fase cuatro sin más pruebas en la tres —admitió tras un largo suspiro—, pero ¿cómo lo hacemos?

—Sabíamos que esto podía ocurrir y acordamos cuál sería el plan B. —Como su compañero no parecía darse por enterado, Mijaíl añadió un recordatorio—: Debemos utilizar la gente de dentro.

—Es muy pronto —negó Fabrice con una mueca de disgusto —, ni siquiera han podido salir a dar un paseo.

—Arreglamos eso: esta mañana empiezan las salidas controladas —añadió Mijaíl mientras rebuscaba entre los papeles de su mesa—. Apruebo el calendario propuesto: pasamos a la fase cuatro, los primeros en ver la luz del sol serán los primeros a los que inyectemos la vacuna.

Fabrice tomó el cuadrante de las manos del serbio. Entre los cuatro nombres del primer grupo estaba el de Lindsay Hargrave; tragó saliva y los músculos de su mandíbula se tensaron.

—De acuerdo, adelante —afirmó justo antes de abandonar la estancia.

Una vez estuvo seguro de que su compañero no volvía sobre sus pasos, el serbio dejó que una amplia sonrisa se abriera paso en su boca mientras las voces de su cabeza reían a carcajadas.

—¡Me muero de sed! —exclamó Flavia mientras dejaba la maleta en el recibidor para abrir la nevera de la casa de París, distrito de Gif-sur-Yvette, a la que acababan de llegar.

—Si no te importa —añadió Marek mientras revisaba el contenido de la nevera—, yo me tomaré una cerveza. ¿Puedo?

—Sí, Julie dijo que podíamos coger lo que quisiéramos.

—¿También esto? —Sostenía una bolsa de patatas fritas que había sacado de un armario.

Flavia se encogió de hombros.

—Pero luego vamos a comprar nosotros.

—Si me dejas la tarjeta, me puedo acercar al supermercado; he visto uno de camino.

Flavia negó con un gesto.

—No hay tarjeta —añadió y sacó del monedero un billete de cincuenta euros—. Toma, ten.

—¿Qué? ¿Cómo que no hay tarjeta?

—Tras lo del helicóptero, Waldo nos cerró el grifo, ¿recuerdas?

—¿Nada?

—Nada.

—¿Y los billetes de tren?

—Los he pagado yo.

—¿Y cuándo los vas a cobrar?

Ella se encogió de hombros. De fondo se escuchó el sonido inconfundible de la chapa de cerveza abandonando el cuello de su botella.

—Entonces, ¿me estás invitando a un fin de semana en París? ¿Es esta la forma italiana de pedirme una cita? —El tono de Marek era jocosos, pero sus ojos sondeaban la reacción de su compañera desde el taburete de la cocina.

—Bueno, antes o después —la italiana desvió la vista hacia su vaso de agua— alguien pagará.

—¿Hay algo que no me has contado?

Flavia bebió un largo trago antes de devolverle la mirada. Tan pronto cruzaron sus ojos, él supo que había acertado.

—Eres bueno, muy bueno —reconoció Flavia con una palmada en la barra de la cocina—. Subrayo lo que dijo Berg: te espera una carrera prometedora.

—Lo de Berg era sarcasmo, no desvíes mi atención. ¿Qué es lo que no me has contado?

—Antes de que te cuente ese algo —comenzó la italiana y se sentó en el taburete de enfrente—, debes saber que, uno, esto es

un tema muy reciente, y dos, no informarte era mi forma de protegerte.

—Eso es lo que se suele decir cuando no se confía en alguien.

—En ese caso —suspiró—, tú lo has querido. Si esto sale mal, que es altamente probable, tu prometedora carrera se puede ir a la mierda y me odiarás. —Flavia se posicionó frente a Marek con los puños extendidos sobre la barra—. Tú decides, Neo, ¿pastilla roja o azul?

—Roja —contestó el polaco sin titubeos.

—Está bien: no estamos aquí para investigar el laboratorio.

—Uhum.

—Bueno, lo del laboratorio es una pista que hay que investigar, por supuesto, pero, corrijo, no estamos solo por lo del laboratorio.

—Continúa.

—¿Seguro?

—Que sííí...

—Me ha escrito Elisa Bayo y me ha dicho que viene el domingo a París y que quiere que nos veamos.

Marek se quedó mirándola con cara de póker.

—¿No preguntas nada? —se revolvió Flavia, a lo que el polaco respondió saboreando su primer trago de cerveza.

—Para tragar la pastilla roja —aclaró, señalando el botellín—. Mmm... Lo cierto es que esta pastilla tiene un toque amargo parecido al de la cerveza —bromeó.

—En serio, ¿no preguntas nada? —insistió Flavia tras otro silencio que solo parecía incomodarla a ella.

—Está bien, si insistes... —contestó él resignado—. Ese mensaje de la sospechosa, o de Elisa, como prefieras que la llamemos, ¿fue al móvil del trabajo antes de entrar por primera vez en esta casa?

El rostro de Flavia no escondió que no solo la pregunta la había sorprendido, sino que tenía que hacer un esfuerzo por recordar exactamente cuándo recibió el mensaje. Tan pronto lo supo, las cejas le treparon por la frente y la boca se le quedó entreabierta mientras asentía.

—Creo que yo también me voy a tomar una cerveza —dijo notando la garganta seca.

—¡Otra para mí! —pidió Julie, que entraba por la puerta acristalada del jardín trasero con unas bolsas de comida en la mano y el casco de la bici en la otra—. No sabía si habríais comido de camino o no, pero me moría de hambre —añadió y dejó las bolsas sobre la barra de la cocina y un aroma delicioso a su paso—. He pasado por delante de un asador de pollos y he comprado tres.

—¡Genial! —exclamó Marek, al que la cerveza y las patatas le habían servido de precalentamiento—. ¿Esperamos a tu compañero? —preguntó después, cuando la educación se abrió paso en su cerebro.

—No, a él le queda el turno del mediodía en la bicicleta.

Con solo un movimiento, Marek abrió la nevera y tendió una cerveza fría a cada una de sus compañeras.

—Gracias —correspondió la francesa justo antes de dar un largo trago—. He estado subiendo y bajando de la bicicleta desde las seis de la mañana.

—¿Para qué? —preguntó Marek, lo que provocó la sorpresa de su interlocutora—. Bueno, hasta donde pueda saber...

—Te puedo contar que cerca de aquí hay una finca muy señorial en la que se celebran fiestas muy privadas.

—Estáis interesados en que alguna de esas fiestas no lo sea tanto, ¿no? —concluyó Flavia.

—Sí, más o menos.

—¿Salud? —ofreció Marek con otro botellín de cerveza recién abierto.

—¡Salud! —exclamaron las dos, chocando sus cervezas.

El brindis fue interrumpido por la irrupción de una bola de pelo gris y blanca, como una exhalación, para encaramarse a la proximidad de los pollos.

—¡Eh, tú, fuera de ahí! —exclamó Julie y apartó con delicadeza al gato de la casa—. Esta noche se me ha metido en la cama. No sé, parece majo, pero, así, en frío, en la primera cita...

Marek cogió al felino.

—Así que ese es tu secreto... —susurró al oído de Rasputín, que empezaba a ronronear—. Te metes en la cama de las tías y *et voilà!* ¿Y qué porcentaje de éxito tuvo esa maniobra tan directa? —se dirigió ahora a Julie—. Porque es como para pensárselo...

—Pues no mucho —contestó ella, chasqueando la lengua—. No sabía si me iba a empezar a arañar, a orinarse encima para marcarme o yo que sé... No estaba pegando ojo y lo he sacado del cuarto, pero al rato ha vuelto y... os aviso que conoce el funcionamiento de los tiradores de las puertas.

—Tenemos un acosador.

—Lo he vuelto a sacar y he conseguido mantenerlo a raya con una barricada con la maleta y la silla. Pero aún queda lo mejor de todo: ¿sabéis que me he encontrado esta mañana en la puerta?

—¿Un ramo de rosas? —preguntó Marek mientras extraía las bandejas de comida de las bolsas.

—Casi —contestó Julie, volviendo a chasquear la lengua—. ¡Un ratón muerto! Ahí, a los pies, en plan «mira de lo que es capaz este macho...».

—¡Rasputín! —exclamó Flavia—. ¿Cómo no he caído antes? —se preguntó, provocando un cruce de miradas atónitas entre sus colegas—. Está lo del ruido del RER entrando en la estación de La Hacquinière, lo de las arañas del baño..., pero ¿por qué no habla de Rasputín?

—¿Quién?

—Emma Tonkin, en su interrogatorio. ¿No te parece raro que hable con todo lujo de detalles de la cisterna del váter y no de Rasputín?

—¿Seguro que no dijo nada?

—Voy a buscarlo.

—¿Podemos comer antes? —suplicó Marek.

—Aquí mismo, mientras reproducimos el vídeo.

—Vale, yo me voy al jardín —interrumpió Julie.

—Ah, lo siento, no... —se disculpó Flavia.

—No hay problema, hace un día maravilloso y tengo cerveza y pollo.

—Antes de marcharnos, reponemos la nevera —añadió Marek, señalando el billete de cincuenta euros que seguía encima de la mesa.

—¡Nah! —desestimó Julie con un gesto de la mano mientras salía por la puerta corredera que daba al jardín; en una mano llevaba una cerveza, cubiertos y una servilleta, y en la otra, un pollo en su bandeja.

Cuando Flavia volvió con su iPad, conectado a la carpeta del servidor donde estaba colgado el vídeo del interrogatorio de Emma Tonkin, Marek había improvisado la mesa sobre la barra de la cocina y hasta había trinchado el pollo.

—Que aproveche —dijo Flavia e inició la reproducción.

Los primeros minutos solo se escuchaba el interrogatorio, apenas intimidado por el deglutir de ambos y seriamente interrumpido en varias ocasiones por Rasputín; justo hasta que el felino consiguió que su plato de pienso estuviera aderezado con trocitos del succulento pollo, momento en el que perdió todo interés por la investigación.

—No está, no habla del gato —concluyó Flavia, apartando el plato con el esqueleto del pollo.

Marek se encogió de hombros.

—No sé, puede que se le haya olvidado.

—Este gato se ha metido en la cama de Julie en su primera noche de estancia, sabe abrir puertas y, por lo visto, tenemos un cadáver de ratón en la basura. ¿Cómo alguien que ha estado aquí no es lo primero que nombra?

—Está siendo interrogada por el FBI, tampoco estaba en el sofá de su casa, relajada y con una cerveza en la mano.

—Mírala —explicó Flavia—, no es su primer interrogatorio. Además, ¿y la mujer de la casa?

—¿La que nos entregó las llaves?

—Sí, tardó en reconocerla. Si hubiera estado tantas veces, la hubiera reconocido a la primera o nos hubiera hecho algún comentario más. ¿No te parece que encaja todo demasiado bien? —Marek no parecía muy convencido—. Vamos a ver, en tu larga

experiencia como policía, ¿alguna vez te has encontrado con algo tan fácil?

—Bueno, sí, recuerdo una vez —contestó él sonriendo—, haciendo la rotación en tráfico; era una inspección de rutina en Cracovia, una campaña de Navidad o algo así; recordábamos que se pusieran el cinturón, que no bebieran... Bueno, lo típico. —Marek hizo una pausa para apurar su tercera cerveza—. Total, que paramos un coche y el tío que había dentro empezó a sudar como un cerdo, se contradecía y tartamudeaba. Le hicimos la prueba de alcohol y drogas y estaba más limpio que una patena. A mí ni se me había ocurrido registrar el coche, entonces era un novato de primer o segundo año, pero fue alucinante, ni siquiera habíamos dicho que nos abriera el maletero y el tipo empezó a cantar *La Traviata*. En serio, yo miraba a mi compañero, buscando una cámara oculta o algo que indicara que los de la comisaría se estaban quedando con nosotros, pero cuando abrimos el maletero, estaba lleno de coca y speed. Lo llevamos a comisaría y, tirando del hilo, trincamos a tres más.

Flavia permaneció en silencio con el ceño fruncido. Marek no esperaba impresionarla demasiado, ni que riera a carcajadas, pero sí algo más de empatía, la historia no estaba mal.

—No sé qué habrá sido de aquel pringado, pero dudo que siga con vida —continuó Marek, pensando en tomarse la cuarta cerveza, pero volvió a cerrar la nevera; con cada una que se bebía, su compañera resultaba más irresistible y, si no ponía trabas a las ganas de rozar su piel, acabaría haciendo un ridículo espantoso. Mejor un café.

—La maniobra más clásica de los contrabandistas es dejar que pillen un señuelo —despertó Flavia de su ensimismamiento— mientras están colando diez veces más por otro lado.

—¿Quieres decir que nos la metieron doblada?

Que Flavia pensara que era un gilipollas sirvió como eficiente jarro de agua fría que contrarrestó el poder de las tres cervezas. Ahora su compañera seguía igual de atractiva, pero él ya no se moría por tocarla.

—No sé, no puedo opinar de algo que no conozco —admitió Flavia—, pero me has dado una idea: ¿y si Elisa fuera una maniobra de distracción?

Marek levantó las cejas y salió en busca del café.

—Pon este hallazgo en el contexto de la organización. En todos estos días investigando no hemos conseguido casi nada y, de repente, nos ofrecen a Elisa en bandeja de plata. Esto no cuadra, me lo dicen las tripas.

—Bueno, a lo mejor tú estás más inclinada a pensar eso.

—¿Qué? ¿Cómo?

—A ver, Flavia, ¿tú eres lesbiana?

—¿Quéééé?

—Perdona —reaccionó Marek, levantando las manos y sin saber de qué parte de su subconsciente emergía esa pregunta—, no me quiero meter en tu vida personal, no es asunto mío. Pero a lo mejor hay algo de esa mujer que te está condicionando. A mí me da igual, en serio, solo quiero decir que igual no son tus tripas las que te están diciendo eso.

—¡Vaya! —exclamó—. Eres la segunda persona que me lo pregunta en dos días —murmuró después, tomándose su tiempo antes de continuar—: Pero creo que tienes razón...

—¿Eres lesbiana entonces?

—No me estaba refiriendo a eso —contestó con una sonrisa—, sino a que es verdad que no nos conocemos casi. Eres mi compañero y, tanto si te quedas un mes como varios años, a mi puzle Kraszewski le faltan piezas... Además, me caes bien.

Marek acogió el cumplido con una mezcla de sensaciones; por un lado, sin duda era algo positivo, pero, por otro, se acercaba peligrosamente a la frontera de la amistad y, por si solo se quedaba en el equipo un mes, había muchas partes de su cuerpo que aceptarían que aquella mujer no fuera su amiga a cambio de una experiencia efímera pero intensa.

—Así que, cuéntame... Bueno, primero te cuento yo: tengo una relación desde hace un tiempo con Nat, pero no anda bien. Nat, de Nathaniel —aclaró la italiana—, es un hombre. No sé si responde eso a tu pregunta.

—No, me temo que no.

—Es que no creo que algo así pueda ser contestado categóricamente. De hecho, si algo he entendido de toda la física de la que me estoy empapando no es la teoría de las cuerdas ni el bosón, el fermión o el resto de los integrantes de las fuerzas débiles; lo único que me queda claro es que el universo no es concreto. Es decir, cuando el pensamiento clásico busca certezas, sistemas binarios de blancos y negros, ceros y unos, llega la naturaleza y le responde con ondas de probabilidad y estar y no estar a la vez.

Así que, respondiendo a tu pregunta, creo que mis quarks se han limitado a interactuar con bosones Z, pero, el día que te encuentras muy muy cerca del bosón W adecuado... ¿por qué no arriesgarse a cambiar de composición?

—Guau. —Marek asistía boquiabierto al parlamento de su compañera mientras su café se enfriaba en la taza—. ¿Acabas de definir tu orientación sexual como consecuencia de una interacción nuclear débil?

—¿Por qué se les llama débiles si son las únicas capaces de cambiar la identidad de partículas?

—Joder, realmente has estado dándole vueltas a esto.

—Se nota que no duermo mucho últimamente, ¿verdad? Mi trasposición de la física al mundo concreto llega a pulverizar las afiliaciones políticas, los nacionalismos y el resto de las estructuras absurdas, inventadas para obstaculizar el flujo cuántico natural. Pero no creo que sea ahora el momento de desarrollarlo... —añadió mientras Marek dejaba delante de ella una taza—, porque, aunque mi respuesta es dispersa, tú todavía no me has contado nada.

—¿A qué hora tenemos que estar en los laboratorios?

—Dentro de unos cuarenta y cinco minutos, pero, según el navegador, están aquí cerca —le informó mientras probaba su café; si bien no era el número 16 de la máquina del tercer piso, él sabía cómo usar un espumador de leche—. Así que un café y una charla están más que justificados. Gracias —culminó, levantando la taza con una amplia sonrisa.

Elisa acomodó los almohadones contra el respaldo de la cama, tomó otro sorbo de café y no pudo evitar un gruñido de satisfacción mitad gato, mitad yeti. No solía hacer uso de las cafeteras de las habitaciones de hotel, y mucho menos las de cápsulas no degradables, pero las circunstancias le permitían la indulgencia. Karen le había escrito hacía un instante y le había pedido una moratoria para su paseo matutino, pues la noche anterior se les había hecho tarde en el observatorio y se había quedado dormida. Esto dejaba a Elisa con un café buenísimo en una mano y en la otra, cuarenta minutos para disfrutar de Fred Vargas, versión *Huye rápido, vete lejos*. Hacía años que se había leído todas sus novelas, pero en momentos como esos se permitía el lujo de releer alguna de sus favoritas.

Cuando el comisario Adamsberg asistía impotente a la expansión de los casos de supuesta peste de París a Marsella, el móvil de Elisa se movió sobre la mesilla y un número largo apareció en la pantalla.

—¿Diga? —contestó; había roto su máxima de no hacerlo con números desconocidos.

—Hola. —A pesar de la distancia que las separaba, su cuerpo se agitó con aquel timbre de voz—. Soy Flavia Amato, la agente de la Europol.

Por supuesto que Elisa sabía quién era, pero estaba lo suficientemente despierta como para interceptar esa información en su descenso del cerebro a la garganta.

—Hola —respondió con el tono más neutro que pudo. Un millón de supuestos del origen de la llamada se agolpaban sobre el ritmo de su corazón, pero Elisa prefirió cerrar los ojos e inspirar fuerte antes que hablar.

—Ehh... —comenzó Flavia—, estoy en tu casa.

—¿Qué? —De todas las hipótesis que había construido Elisa en su cabeza, ni buscando muy profundo encontraba esa formulada—. ¿En Navarra?

—No, en París, en Gif-sur-Yvette.

—No, esa ya no es mi casa. —El ritmo del corazón de Elisa descendió unos enteros para rebotar después con rabia—. ¿Qué

haces ahí?

—Pasar el fin de semana.

—Eso no puede ser, salvo que seas amiga de Pauline o Rasputín.

—Elisa, tu casa se intercambia.

—No puede ser, la tengo alquilada a una viuda y su gato.

—Pauline es la persona que la alquila. Ella misma nos dio las llaves.

Un denso silencio se hizo en la conexión hasta que Flavia lo rompió con una pregunta.

—¿Me estás diciendo que no has ido a tu casa en los últimos meses?

—Mira, no entiendo nada —contestó Elisa airada—. No entiendo tus preguntas, aquí son las ocho de la mañana y me has interrumpido en buena compañía.

—Espera, perdona. Por favor, no cuelgues —rogó Flavia—. Déjame empezar otra vez.

Elisa miró el libro electrónico sobre la cama y suspiró profundamente, lo que Flavia interpretó como un pistoletazo de salida.

—A ver cómo te cuento esto...

—Me da la sensación de que no me va a gustar.

—Lo primero: esta decisión que he tomado, la de llamarte ahora..., solo encuentro una explicación y, después de darle mil vueltas, no tiene lógica. —Flavia tomó todo el aire limpio de París en sus pulmones, tratando de convertirlo en impulso—. Te llamo porque, de alguna manera, he conectado contigo... Nunca me había pasado algo así. A ver, sé que suena a loca peligrosa, no nos conocemos y casi no hemos hablado, pero siento que puedo confiar en ti.

Elisa permanecía en silencio, pero volvió a acomodar los almohadones sobre la espalda y apagó el libro electrónico.

—Y no sé ni lo que digo —continuó Flavia, notando que su determinación se perdía en el silencio de su interlocutora—, porque esta no soy yo. Soy una persona racional que sigue los procedimientos porque son seguros y funcionan, y ahora me los

estoy saltando todos... ¡Joder! Es de manual que hasta la intuición se basa en la experiencia y tampoco cuento con ella, porque a mí esto no me había pasado nunca. —Flavia hizo un alto en espera de alguna reacción desde otro lado que no llegó—. Por favor —rogó—, dime que me has dicho la verdad, que tu inquilina te la ha jugado y no has estado en tu casa de París en las últimas semanas, con Fabrice Flamcourt.

La cabeza de Elisa todavía digería la información, pero no quiso alargar más el silencio que torturaba a la italiana.

—No, no te he mentado, me gustaría podértelo decir en persona, manteniéndote la mirada, pero, dadas las circunstancias, es lo que hay. —Elisa hizo una pausa para debatir la idoneidad de dar el siguiente paso. Ganaron los pulsos cósmicos frente a la reflexión y añadió—: Por otro lado, si te sirve, yo también siento esa conexión —un suspiro de alivio llegó alto y claro desde París—, no es algo que se pueda explicar con la razón, tiene que ver más con sentir que con pensar, pero, por mi experiencia, sé que es algo bueno y no siempre hay por qué hacer algo al respecto.

—Ahora ya es un poco tarde para lo segundo —bromeó Flavia, aliviando parte de la tensión—, pues he hecho algo al respecto y, si esta intuición cósmica es un engaño, me pego la gran cagada no solo de mi carrera, sino de mi vida.

—Me temo que, dadas las circunstancias, no puedo hacer nada más para apuntalar esa decisión.

De nuevo hubo un largo silencio, en el que Elisa se llegó a plantear la posibilidad de que, al otro lado del océano, Flavia hubiera colgado.

—Está bien, me la juego, ya no hay vuelta atrás —afirmó la italiana con un nuevo suspiro—, pero, antes de empezar, esa compañía de la que hablabas antes... ¿Es Emma Tonkin la que está ahí contigo?

—¿Quién?

—La atractiva mujer con la que estuviste tomando algo hace unos días en el bar del complejo y charlando ayer en el observatorio.

—Ahora sí que me estoy asustando... ¿Cómo sabes todo eso?

—¿Esta ahí esa mujer?

—No, mi compañía se llama Fred, de Frédérique.

—Pues te informo que esa mujer, Emma Tonkin, ha declarado ante el FBI que mantiene una relación contigo y que ha estado en varias ocasiones en tu casa de París.

—¿Cómo? ¡¿El FBI?! —exclamó Elisa sin poder contenerse.

—Te he llamado para contarte cosas, pero vas a necesitar paciencia porque es largo.

—Tienes toda mi atención —afirmó Elisa, apartando a un lado la taza de café, que poco iba a colaborar en el control de su estado nervioso.

—¿Y Frédérique?

—Fred es muy discreta cuando se requiere.

—Bueno, pues... —Las dudas de la agente eran más que evidentes.

—Fred Vargas, la escritora, no está aquí de cuerpo presente, solo su gran obra literaria. Dispara ya.

—Está bien, vamos poco a poco. Primero: sigues siendo sospechosa de colaboración con banda armada y terrorismo.

—Lo imaginaba y, aconsejada por mi amiga Karen, me voy a buscar un abogado por si acaso.

—No, ehh... Elisa, ahora mismo eres muy muy sospechosa. Tienes al FBI siguiéndote desde que llegaste a Hawaii. Por eso sé, por ejemplo, que rechazaste a tu amigo Mathieu cuando llamó de madrugada a la puerta de tu habitación y tengo hasta fotos de cómo volviste a rechazar a esa chica despampanante ayer en el observatorio. —Se hizo el silencio mientras Elisa practicaba respiraciones diafragmáticas—. ¿Cómo vas hasta ahora?

—¿Y este teléfono? —contestó Elisa con otra pregunta—. ¿Está pinchado?

—Estoy casi segura de que no. Con lo que tenemos no hay juez que apruebe una escucha. —Consciente del escaso poder de convicción de su respuesta, Flavia añadió—: Además, si así fuera, no te estaría llamando, ¿no?

—¿Y cómo sé que no me estás mintiendo? —exclamó Elisa, perdiendo el control sobre el tono de voz y sus respiraciones calmantes.

—Por lo mismo que te lo estoy contando yo, porque tú también sientes esa conexión.

—Dime que todo el rollo del vínculo entre nosotras no es un truco de psicólogo de la Europol.

—Me gustaría podértelo decir mirándote a los ojos, pero, dadas las circunstancias, es lo que hay —contestó Flavia, parafraseando a la española.

—Está bien, es lo justo. Continúa, por favor.

—Antes de revelar más información, necesito que me contestes a una pregunta.

—Ah, así que tenemos un guion de toma y daca preparado.

—«*Quid pro quo*, doctor Lecter» —respondió Flavia.

Una risa ahogada viajó de Hawaii a París.

—Esa no me la esperaba —reconoció Elisa—. ¿Os ponían *El silencio de los corderos* en la academia o es que tengo pinta de comerme a la gente cruda?

—La vi con mi padre varias veces como parte de mi educación.

—Un tipo listo tu padre, nada sorprendente conociendo a su hija. —El cumplido evadió todos los filtros mentales para escurrirse entre los labios de Elisa, como si su cerebro hubiera olvidado por un momento lo que se estaba desayunando—. Aunque hubiera preferido ser Jodie Foster, entre otras cosas porque soy vegetariana.

—Hay veganos que se comen morcillas de su propia sangre.

La risa ahogada se convirtió en carcajada, atravesando el océano como el Concorde.

—Buff, casi prefiero comerme a la gente cruda. —Ahora fue la risa de Flavia la que viajó en sentido inverso—. Y bien, ¿cuál era la pregunta?

Aunque Elisa no pudo verlo, Flavia se golpeó la frente con la mano. ¿Cómo podía olvidar que estaba en uno de los momentos más delicados de su vida profesional? Por no hablar del comentario de las morcillas... ¿De qué trastero lúgubre y remoto de su cerebro había salido eso?

—¿Cómo hiciste lo de los vuelos?

—¿El qué de los vuelos?

—Venga, no te hagas la tonta. Los vuelos simultáneos.

—No sé de qué me hablas.

—Tienes que saberlo.

—Agente Sterling, ¿vamos a empezar otra vez con el juego de quién confía en quién? Así no acabaremos nunca.

—Apareciste registrada en listas de pasajeros de tres vuelos simultáneos, además del que tomaste para Hawaii.

—¿A dónde?

—Madrid, Roma y Barcelona.

—No entiendo nada —se lamentó Elisa después de tratar de digerir aquella información—. A mí me hizo el cambio de billete Héctor. Mi itinerario a Hawaii no contemplaba el paso por La Haya. Me lo pasó a mi teléfono aquella misma noche y al día siguiente embarqué en París. Fin.

—¿Quién es Héctor?

—El gerente de la cooperativa. Es un *crack*, la buena salud de la cooperativa se la debemos a él... Pero ¿qué te estoy contando? Seguro que lo habéis investigado.

—Ah, sí, me suena del expediente. ¿Tenía una novia que se llamaba Margarita o algo así a la que plantó hace unos meses?

—Madre mía, qué miedo dais.

—Eh, eso estaba todo en la red —se defendió la italiana—. La gente publica sus intimidades sin ningún pudor y la tal Margarita no es alguien reservado precisamente.

—No, no lo es, en eso te doy la razón. Volviendo al asunto de los vuelos, no me considero una persona con excesivo apego a lo material, pero te puedo asegurar que no me gasto el dinero en pasajes de vuelos que no voy a coger.

—Es más complicado que todo eso: no solo se compró el billete, figuras en el embarque; hay que vulnerar unas cuantas medidas de seguridad para conseguirlo.

—Pues olvídate, ni Héctor ni yo sabemos hacerlo. Es más probable que lo hayáis hecho vosotros.

—¿Nosotros? ¿Para qué?...

—Para que pareciera más culpable. Por lo poco que he podido ver en los medios, necesitáis con urgencia un chivo expiatorio.

—Nosotros no hemos sido.

—¿Y el FBI?

—No estabas ni en su radar hasta que te mencionamos nosotros.

—Ah, en ese caso, muchas gracias, todo un detalle.

—Un placer. —En el silencio que acompañó a estas palabras se escucharon hasta tres resoplidos de Flavia.

—¿Ahora qué? —preguntó Elisa.

—Que si tú no sabes hacer magia con las listas de pasajeros, no sé cómo te voy a sacar de Hawaii.

—¿Por qué me tienes que sacar de aquí?

—Porque en cuanto pongas un pie en Europa te vamos a detener.

—Estoy a punto de que me estalle la cabeza. Si me vais a detener, ¿por qué estamos teniendo esta conversación?

—Porque te quiere detener la parte oficial de la investigación, no yo... Es complicado.

—¿Vas por libre?

—No, nos apoya alguien de arriba.

—¿Alguien de arriba que nos va a dejar con el culo al aire? ¿No será el energúmeno ese del interrogatorio?

—No, alguien de arriba en el que se puede confiar... Y también está Marek.

—El gigante rubio me cae bien.

—Sí, me consta; la próxima llamada la hacemos a tres.

—¿Cuándo será eso?

—Cuando tengamos un plan para sacarte de ahí.

—¿Y dónde te puedo llamar si me ocurre algo?

—¿Tienes para anotar?

—Dame un segundo —respondió Elisa, alargando una mano hasta el bloc y el bolígrafo que los hoteles, a pesar de la digitalización global, todavía dejan en las mesillas. A continuación, tomó nota del número.

—Lo tengo —afirmó tras apuntar «00 33 675894523».

—Ese es mi número personal; si necesitas algo, hazme una perdida y unos diez minutos después te llamaré yo.

—¿Eso es todo?

—Sí, ya puedes volver con Fred.

—Flavia, ¿hay información que te has guardado?

—Sí, la hay y la habrá, pero creo que por hoy has tenido suficiente.

—Pues no sé qué decirte, ahora preferiría saberlo todo.

—¿De golpe?

—Del tirón, a lo depilación de ingles.

Aunque Elisa no lo pudiera ver, Flavia volvió a sonreír con toda la cara.

—Bueno, la *esthéticien* está muy ocupada ahora, pero te llamaré cuando encuentre un hueco.

Un nuevo silencio subrayó la incapacidad de Flavia para encontrar el tono adecuado para cerrar la conversación y el hueco se llenó con su lengua materna —«*Ciao, Elisa*»—, la preferida del alma.

—*Ciao, Flavia*.

Elisa colgó el teléfono con la espalda tiesa, sin necesidad de almohadas. Ni toda la magia de Fred Vargas podría hacer volver a su cuerpo a una posición relajada. Necesitaba salir, andar, estirar, nadar. «*Te espero en la cala*» escribió en un mensaje a Karen. Cinco minutos después, cerraba la puerta de su habitación; chanclas, bikini y camiseta. Sobre la mesilla, la taza de café perdía temperatura.

Desde una posición privilegiada, en el sector izquierdo de la gran mesa ovalada, Fiona asistía al fallo absoluto de la diplomacia. Seis representantes estadounidenses y otros tantos europeos separados por medio metro de madera de castaño. Al principio, se forzaban las sonrisas al frente o miradas de reojo cargadas de significado a los del bando propio, pero, conforme avanzaba la reunión, los gestos perdieron sutileza.

Que si patriotismo, que si defensa de las libertades..., palabras grandilocuentes para tratar de ocultar que, en pleno siglo xxi, aquello se seguía reduciendo a un pulso de testosterona. Los americanos imponían unas condiciones inasumibles y los europeos

no pasaban por el aro; después de tres horas de cafés, té, *snacks* y botellas de agua, allí estaban, como gorilas enfundados en trajes de chaqueta que, en vez de golpearse el pecho, tecleaban en sus dispositivos con la misma violencia. Solo les faltaba poner un mapamundi en el suelo para orinar en su territorio.

Otro de los detalles que hacían de Fiona una persona sabia era su capacidad para entregar batallas: mientras otros compañeros cedían a la obcecación, saliendo de forma airada de la sala de reuniones, en la cabeza de la irlandesa el lado positivo de lo que acababa de acontecer había tomado forma. Solo tuvo que dar unos pasos más rápidos de lo normal para alcanzar al director de los servicios de inteligencia, que iba camino del baño.

Fiona no fumaba, pero en momentos como estos compraba una cajetilla, pues con los de su generación esta seguía siendo efectiva. Una seña mostrando el contenido del bolsillo interior de su chaqueta y los ojos de Olivier Baudin chispearon con el deseo reprimido desde hacía más de veinte años. Quince minutos después, sentada en un banco de un parque cercano, Fiona dejó que su colega francés saboreara las primeras caladas antes de hablar.

—Peligra nuestro control sobre el objetivo de Hawaii. —Olivier la miró confundido y Fiona se apresuró con las aclaraciones—: El FBI estaba haciendo seguimiento a una ciudadana española que se encuentra allí. Es sospechosa de colaboración con los terroristas y me temo que, después de esto, no van a dejarla salir de su territorio.

—Y si es sospechosa, ¿por qué se le ha permitido viajar fuera de Europa?

—Porque no tenemos nada contra ella, solo conjeturas. Esperábamos recabar algo antes de actuar, pero ahora la utilizarán como moneda de cambio, a no ser que se la birlemos.

—¿Qué necesitas?

—Una identidad digital —contestó Fiona, dando una pequeña calada a su cigarro. Nunca le había gustado fumar, pero sabía disimular—. Pero tiene que ser ya —determinó, mirando a los ojos de su interlocutor.

Olivier le aguantó la mirada, su cabreo visualizó la revancha; dio una larga calada, después otra y, cuando parecía que iba a dar la tercera, habló con la mano derecha ocultando el movimiento de sus labios.

—Necesito un par de horas y una foto —aseguró el director de inteligencia de la Europol a la vez que sus ojos batían los alrededores. Estaban lo suficientemente alejados del alumbrado público como para mantenerse en una penumbra segura, pero una dilatada carrera en los servicios de inteligencia impregnaba su ADN de tics clandestinos.

—La tendrás en la carpeta compartida en unos minutos —confirmó Fiona, repitiendo el gesto de su colega, pero, en vez de con la mano derecha, se tapó la boca con la izquierda, que es con la que mantenía el cigarro—. Habla con soltura varios idiomas; además de por latinoamericana, también podría pasar por francesa o canadiense.

Olivier asintió, se levantó del asiento y se despidió con un gesto. Mientras veía a su colega alejarse, Fiona apagó su cigarro contra el suelo, tomó las dos colillas y las tiró en la papelera que le pillaba de paso: la de su compañero estaba apurada y la suya tenía más parte blanca que naranja.

Entraba dentro de lo probable que, a continuación, Olivier empezara a fumar uno detrás de otro, pero no se sintió culpable; en el esquema general de las cosas, que su colega retomara su adicción veinte años después era un mal menor.

El sol de la mañana calentaba el cuerpo de Elisa, todavía mojado por el baño en el océano. Tendida sobre una duna natural, las manos de Karen estaban ahora en su frente y su mentón.

A pesar de todos los demonios que Elisa había exorcizado durante casi dos horas al aire libre, cuando llegó la americana a la cala percibió la energía negativa emanando del cuerpo de su amiga. Tras la sesión de taichi, se había impuesto otra de osteopatía craneal, disciplina en la que Karen era una experta. Además de los

estudios, a los que la americana se había aplicado con ahínco durante años, su extraordinaria sensibilidad conseguía información fidedigna desde el centro del alma de su amiga.

—¿Qué me has hecho? —le preguntó Elisa al finalizar la sesión—. Estoy flotando.

Karen recibió el halago con media sonrisa, agotada por la transferencia de energía de la sesión.

—Pero ¿qué te pasa? —preguntó—. Nunca te había notado tan bloqueada.

—No sé ni por dónde empezar —contestó Elisa, recuperando poco a poco la consciencia de su cuerpo— y tampoco si te lo puedo contar.

—¿Cómo que no? ¿Desde cuándo tenemos secretos?

Elisa miró alrededor en busca de espectadores; era una sala muy escondida y a esas horas de la mañana no se veía un alma, pero ese era el trabajo del FBI: estar sin estar. Elisa tomó el rostro de Karen entre sus manos.

—Desde que saberlo te convertiría en terrorista —susurró, rozando con sus labios el oído de su amiga.

Karen cerró los ojos; unos segundos después, los abrió sin romper el enlace.

—No hagas eso. No me dejes fuera.

—Karen, sé que puedo contar contigo para lo que sea, pero... tienes hijos.

—También tengo abogados, los conozco muy buenos.

—No es tanto lo que te cuente, sino lo que vas a hacer con esa información. Te conozco y sé que no voy a ser capaz de hacerte parar.

Cuando Karen abrió la boca para volver a hablar, sonó el teléfono de Elisa; un número largo y desconocido aparecía en la pantalla. Esta se separó para contestar.

—Hola —saludo Flavia, atravesando los océanos.

—Hola.

Ambas hicieron una pausa cargada de significado, pero interpretable según el estado de ánimo.

—¿Puedo llamarte a otro número? —preguntó Flavia.

—Pensaba que este no estaba pinchado —contestó Elisa con su rostro enfocado en el suelo.

—Las cosas han cambiado.

—Pues al de Karen. ¿Te lo paso?

—No, mejor llámame al teléfono que aparece en la pantalla.

—Dame un momento, la tengo aquí al lado —respondió, dirigiéndose después a su amiga y silenciando su terminal con la mano—. Karen, ¿me dejas tu teléfono?

Ella asintió y, simulando las precauciones de Elisa, sacó el móvil de su bandolera y lo escondió tras una roca. No acostumbraba a llevarlo consigo, mucho menos para dar un paseo relajante con su amiga, pero ese día lo había echado a la bolsa. Karen constataba casi a diario que la razón no tenía acceso a multitud de fenómenos que suceden en las zonas alejadas del consciente.

—Luego te cuento —añadió Elisa, justificándose sin necesidad, ya que su amiga no había abierto la boca, ni siquiera en su gesto había trazas de reproche.

Elisa cogió el móvil de la americana y se escondió tras una duna para marcar el número de la cabina de París.

—Gigante rubio al habla —contestó Marek al primer tono.

—Hola, ¿qué tal? Me alegra saber que estás en mi equipo.

—Por supuesto, pero cuando todo esto termine me debes una visita al observatorio.

—Si sigo viva para entonces, te invito a cenar en el de Tenerife.

—¿En serio? A lo mejor acaba allí el TMT y podemos ver extraterrestres desnudos.

Una risa escapó de la garganta de Elisa, y se ganó la atónita mirada de Karen desde la orilla.

—Llámame antigua, pero me ponen más las formas humanas.

—Cuando hayáis terminado... —protestó Flavia—. No tenemos mucho tiempo.

Marek, cogido en falta, le devolvió el teléfono a su compañera.

—A esta conversación le quedan cincuenta y ocho segundos para dejar de ser segura —comenzó Flavia—. No debe quedar nada

por escrito, necesito que me escuches atentamente... ¿Puedes hacerlo ahora?

—Adelante —respondió con firmeza Elisa. El rumor de las olas y la ligera brisa de la mañana potenciaban su concentración.

—Tienes que ingeniártelas para eludir la vigilancia y llegar al aeropuerto de Kona sin ser vista esta misma tarde, a tiempo para coger un vuelo que sale a las 19:45 hora local con destino Milán. Accederás al mostrador de la compañía aérea sin colas, *business class*. Cuando te identifiques en el mostrador, te entregarán un sobre. En él hay dinero y tarjetas; por favor, no uses las tuyas. — Flavia hizo una pausa.

—Continúa —apremió Elisa.

—¿Alguna pregunta?

—Muchas, pero necesito tiempo para destilarlas y reducirlas a su mínima expresión. Ahora mismo la más acuciante es saber cómo puedo reconocer a mis vigilantes.

—Es difícil, son buenos, pero nosotras también; además, contamos con el factor sorpresa. Te haré una videollamada a este teléfono. Cuando descuelgues, no hablaremos y te mostraré en la pantalla una dirección; es un vínculo a una carpeta de archivos y tendrás dos minutos para consultar lo que hay antes de que la información se evapore del servidor. La carpeta incluye fotos de los agentes del FBI que están haciendo el seguimiento, también tus billetes electrónicos... Es lo único que puedes descargar. Y, lo más importante, tu identidad: prepara el acento argentino porque has nacido en la región de Cuyo. En esa misma carpeta habrá un documento en blanco para que me anotes tus dudas y, si lo tienes, el plan de escape. Habrá otro archivo con el nombre «Malbec»...

—¿Macbeth, el de Shakespeare?

—No, por malbec, la variedad de uva. Pertenece a una familia viticultora de cierto éxito, no mucho por precaución. Dentro de un largo informe sobre el comportamiento de la variedad de esta uva en la campaña, encontrarás la dirección para la próxima comunicación; así lo haremos hasta que estés de vuelta en París. ¿Cuándo podemos hacer la videollamada?

—Dame una hora... No, mejor hora y media.

—De acuerdo, a las 11:17 de aquí; a tus 12:17 recibirás una videollamada desde un número desconocido; cógela, anota la dirección que aparecerá en la pantalla y cuelgas.

—Está bien.

—Lo tienes todo.

—Creo que sí.

—Vale, pues... adiós.

La comunicación se cortó y Elisa cerró los ojos para grabar en su cerebro lo más relevante de la conversación. Karen la miraba desde la orilla. Con un leve gesto, ambas iniciaron el camino de vuelta al complejo.

Durante un rato, ambas caminaron en silencio mientras Elisa digería la información. Cuando llegaban a su destino, esta se detuvo.

—¡La inmersión de esta tarde! —dijo de pronto.

Karen tardó un instante en entender de qué le hablaba.

—¿El plan de submarinismo con el que lleva dando la brasa Mathieu toda la semana?

—Sí, justo —confirmó Elisa, apoyándose en uno de los troncos que hacían de vallado. Su amiga se quedó frente a ella y Elisa la abrazó con fuerza—. Tú y yo nos separaremos del grupo, haremos una inmersión por nuestra cuenta —le susurró al oído—. Necesitaré que alquiles un coche y una lancha, en efectivo, nada de tarjetas. —Karen asintió—. Me quedo con tu móvil, te lo devuelvo en la comida. Te quiero.

—Yo también.

De forma simultánea, ambas apretaron su abrazo y después se separaron. El resto del camino hacia sus respectivas habitaciones lo hicieron enfrascadas en sus diferentes incertidumbres.

CAPÍTULO 9

SÁBADO

En algún lugar de la meseta central rusa, Fabrice observaba los monitores en una de las salas del subterráneo. Su atención se centraba en las imágenes de la habitación de Lindsay: a diferencia del resto, ella se levantaba a vomitar por su propio pie.

—La ejecución de los objetivos Kappa y Lambda no podrá efectuarse según lo planeado —anunció Mijaíl, situado detrás del francés.

—¿En qué parte?

—En la de simultanearlas: Kappa está variando sus hábitos y comprometería mucho la seguridad; deberíamos empezar por Lambda.

—Eso nos posicionaría en la derecha más radical, la que más apoyo nos está dando en las redes. No nos interesa.

—Es cuestión de tiempo —respondió Mijaíl con serenidad—. Cuando ejecutemos a Kappa, reforzaremos el equilibrio.

Fabrice se mesó la barba que estaba empezando a poblar su mentón.

—Eso supone que el soldado cero cero siete todavía tendría opciones de llegar aquí, pero condenaríamos de forma irremediable al cero cero ocho.

—Cero cero siete tampoco nos conviene vivo.

—¿Qué? —exclamó Fabrice, volviéndose hacia la oscuridad de la habitación desde la que le hablaba el serbio—. Vamos, esa operación está bien diseñada, el riesgo es bajo.

—La vida no es un cuento de Disney, en los ejércitos hay bajas —subrayó Mijaíl, haciendo un gran esfuerzo de contención para no evidenciar lo harto que estaba de remarcar obviedades—. Un buen estratega sacrifica a los soldados de primera línea para salvar al resto y completar la misión.

—Tampoco queremos un motín en el barco. Te recuerdo que tenemos a un cuarto de los efectivos de este emplazamiento agonizando en sus camas por algo que nosotros mismos les hemos inyectado. ¿Qué crees que pensarán si ejecutamos a sangre fría a los soldados del exterior?

—Me ofendes —contestó Mijaíl con un amago de sonrisa—. Ya sabes cómo trabajo, no es eso lo que van a pensar.

Fabrice suspiró varias veces mientras alternaba la vista entre los distintos monitores.

—Está bien, tu equipo se encarga. Sacrifica lo que tengas que sacrificar, pero mantenme informado para que nuestras versiones coincidan.

Mijaíl levantó ligeramente las cejas. Aquello sí que era un cambio de actitud. No obstante, decidió probar los límites de esa reconversión.

—Tampoco vamos a repetir lo de los vuelos simultáneos para traer a esa puta loca —dijo, colocándose junto al francés—, el riesgo es elevado. Además, no lo necesitamos, el soldado cero cero cinco está haciendo un gran trabajo despistando al FBI. Dejemos que se peleen entre americanos y europeos, ¿para qué intervenir? Es el mejor río revuelto que hubiéramos podido imaginar.

—Traer a esa puta loca es un punto relevante en nuestra estrategia —insistió Fabrice—. Mantenemos a cero cero cinco y añadimos efectivos.

—Si hacemos eso, habrá que sacrificar a todos los soldados que enviemos, y, por supuesto, ya no habrá escapatoria para cero cero cinco: esa operación la condena.

—Bueno, como alguien me dijo una vez, la vida no es un cuento de Disney.

Mijaíl apretó los puños y sus mandíbulas se tensaron en un movimiento reflejo. Nunca había coincidido en la relevancia de esa

estrategia para desviar la atención de la investigación hacia esa mujer, mucho menos en los efectivos utilizados, pero el ilógico empeño de Fabrice era peligroso. No entendía que una persona tan inteligente dejara a su polla tanto espacio en sus decisiones.

—Ese barco ya ha zarpado, la maniobra es complicada hasta para nosotros —añadió el serbio, conciliador—, lo intentaremos si vuelve a Europa y, si no, que se la queden los americanos ya es un triunfo.

—No, no lo es.

Un largo silencio remarcó la cadena de mando y la fisura entre ambos. Mijaíl tenía claro en qué punto empezaría a hacer aguas el barco.

—Cambiano de tema —continuó el francés, señalando el monitor de una de las habitaciones—, hay que bajar la dosis, los débiles no superan la fase de la vacuna.

En la imagen proyectada, el piloto del helicóptero que había sacado a Fabrice del Konserthuset Stockholm se revolvía entre las mantas desde hacía poco más de una semana.

—No está probada su eficacia con menos concentración —contestó el serbio, asumiendo el revés previo con deportividad, pero amueblando mentalmente su bote salvavidas para cuando hubiera que saltar del barco.

—¿Qué sentido tiene una vacuna que solo superan los individuos más fuertes, quienes, por otra parte, serían los candidatos para sobrevivir de forma natural? —insistió Fabrice.

—¿Qué sentido tiene una vacuna sin efectos secundarios si no te inmuniza frente a la enfermedad? —contraatacó el serbio en el límite de su docilidad.

El francés valoró con un gesto la réplica de Mijaíl.

—Arthur no lo va a superar —se lamentó después, señalando de nuevo el monitor donde el bulto experto en pilotar helicópteros ni siquiera era capaz de alcanzar la palangana al lado de la cama.

—En ese caso —replicó Mijaíl con algo parecido a una sonrisa—, añadiremos el cuerpo de Arthur y unas palas al próximo grupo que salga y, por fin, esos temerarios paseos tendrán alguna utilidad.

Alejado de las primeras posiciones de la sala de reuniones, Berg repasaba en su móvil el informe que Flavia y Marek acababan de colgar en SIENA mientras el agente Aubert resumía a los asistentes el resultado del interrogatorio a Lazar Danchev, uno de los asesinos del líder de la secta estonia.

Aunque esa madrugada había hablado por teléfono con Flavia, hasta no tener los datos concretos del resultado de la visita que la italiana y el polaco habían hecho a la sede de Laboratorios Dohm en París no podía contrastarlos con el informe de Shaun Cranston sobre los mecanismos de financiación de la trama.

Había encontrado conexiones que debía confirmar antes de su turno de exposición, para el que faltaban solo unos minutos. Los laboratorios mantenían una larga relación comercial con Aralabon Supplies, que, sin duda, había servido para enriquecer a Pedro Gutiérrez, pero, sobre el papel, a nadie más.

Además, no era un delito lucrarse suministrando material de laboratorio, mucho menos de terrorismo, por lo que Berg dudaba si guardarse estos indicios, redactar el informe con calma y exponer los resultados en la reunión del día siguiente, pero, por otro lado, en esas circunstancias cada minuto contaba como un año luz.

Al final del informe aparecía el listado de trabajadores en nómina de Laboratorios Dohm y sus empresas subsidiarias de los últimos quince años, en el que Marek había resaltado algunos nombres. Eran investigadores que habían trabajado en alguno de los proyectos dirigidos por Flamcourt y de los que actualmente se desconocía el paradero. Tampoco ninguna empresa tenía por qué seguir la pista de todos sus trabajadores en nómina, mucho menos laboratorios de investigación con una gran rotación de becarios y jóvenes en prácticas.

Levantó la cabeza y se encontró con la mirada de Fiona Magee desde el otro punto de la sala. Después de dar la cara ante la prensa y asistir a la malograda cumbre europeo-americana, la irlandesa había encontrado un hueco para dirigir unas palabras de

ánimo al inicio de la reunión, pero las bolsas bajo los ojos y su opaca mirada contaban otra historia.

—En definitiva —resumía Aubert a punto de finalizar su intervención—, va a ser complicado demostrar que Lazar Danchev y su cómplice recibieron el encargo del asesinato; sin embargo, en menos de cinco pasos podemos trazar los dos ingresos de quince mil euros de su cuenta con este hombre de nacionalidad danesa. —En la pantalla aparecía la imagen de un varón de unos cincuenta años, con el brazo derecho en alto, un bigote muy similar al de un dictador centroeuropeo del siglo xx y una esvástica en el izquierdo a modo de brazalete—. Es tan evidente que da miedo.

—A mí más bien me da risa —comentó una de las agentes del equipo de Cranston.

—Ya —concedió Aubert, dirigiéndose a esta—, no me refiero a este fantoche, sino a lo fácil que resulta conectar a Lazar Danchev con sus cuentas.

—Yo tampoco me lo creo —intervino Cranston—, demasiado fácil.

—Vaya —reflexionó Waldo—, así que esas tenemos... ¿Cuántos más creen que, si Fiona anuncia en la rueda de prensa de dentro de una hora que ese nazi es el autor intelectual del asesinato del líder de la secta, vamos a hacer el ridículo?

Varios dedos se alzaron y unos segundos después se sumaron los de los indecisos o temerosos de contrariar a Waldo. Eso dejaba a más de la mitad de los agentes de la sala con la mano levantada. Waldo asumió el resultado con cara de póker, solo alterada por cierta perplejidad al ver a Katherine Trapesonian levantarse y abandonar la sala sin decir nada. Su mirada se cruzó con la de la vicedirectora y ninguno de los presentes se perdió ese detalle.

—Está bien, empezaremos por entrevistar a ese hombre, a ver qué nos cuenta —ordenó Waldo, retomando el hilo de la reunión—. ¿Cómo se llama y dónde está?

—Einar Hvidt y en la actualidad reside en Austria —contestó Aubert—. El operativo de vigilancia montado frente a su domicilio nos confirma que permanece allí desde ayer por la noche.

—Está bien, que la policía austriaca lo interrogue; prepáralo con tu equipo o, si lo consideras necesario, manda a alguien allí, lo dejo a tu criterio. Pero seguid investigando el dinero, a ver qué encontramos más allá de este papanatas.

Aubert asintió y Waldo buscó con su mirada el final de la sala.

—Berg, ¿qué tenemos?

El sueco echó un vistazo alrededor antes de levantarse de la silla. En ese momento se percató de que Trapesonian no estaba. Un gesto de extrañeza surcó su rostro; no en vano habían acordado que empezaría ella la exposición.

—Trapesonian y yo hemos estado revisando los clientes más comunes de Aralabon Supplies, la empresa fundada por el español bajo el que habían colocado la bomba el jueves pasado en la entrega de los Nobel, y varios de ellos coinciden con los apuntados por Cranston en su informe. Muchos clientes de muy variados destinos de todo el mundo, eso es lo más relevante. ¿Quién compraría pipetas y matraces en la otra parte del planeta? Tampoco se trata de uranio enriquecido.

—Yo diría que el granujilla de Pedro Gutiérrez mantenía acuerdos muy lucrativos con algunos directivos —sugirió Waldo.

—Sí, es lo más seguro; tal vez en empresas pequeñas, pero hoy en día es algo casi impensable en multinacionales que cotizan en bolsa. Todas tienen códigos éticos implantados y auditados.

—Tal vez vendiera algún elemento muy específico, algo que no se pudiera conseguir en otro sitio —sugirió Sophie, del equipo de Cranston—. Algo parecido al uranio enriquecido, pero menos conocido o más barato.

—Está bien, investigad los suministros de esos laboratorios; empezad por los envíos más remotos —ordenó Waldo.

—Había pensado trabajar con Kraszewski —añadió Berg de forma casual—. Podrá aportar su criterio a la interpretación de los albaranes.

Waldo asintió. No es que les hubiera dirigido algún elogio público, pero su actitud con respecto a los locos de las batas había mutado en los últimos días.

—Kraszewski y la agente Amato también apuntan en su informe —añadió Berg— que tal vez Flamcourt haya podido reclutar en sus filas a algunos científicos con los que ha trabajado en los últimos quince años. Han elaborado un listado de los cincuenta o sesenta más probables.

—¿Cómo se llama el científico que está en el hospital de Bruselas? —preguntó el director adjunto, tratando de leer el nombre que figuraba bajo su foto en el tablón de pruebas.

—Pier Moos —apuntó Berg.

—Eso, Moos. En el hospital le sobraría tiempo, así que podrá revisar los albaranes de Aralabon Supplies y el listado de la agente Amato; a ver qué nos puede decir.

—Los médicos no nos dejarán acercarnos por allí.

—Pues se lo mandáis por teléfono —sentenció su superior—. Cranston, aprovecho para recordarte que sigue pendiente la entrevista con la alemana y su marido.

—He conseguido que el equipo médico de la UCI acepte una visita corta; será esta mañana —contestó el aludido—. La agente Waas acaba de salir para Hamburgo.

A Waldo no le dio tiempo de felicitar a Cranston aunque lo tenía pensado, ya que Katherine Trapesonian irrumpió en la sala con su móvil en la mano. No fue necesario darle la palabra, todos los asistentes clavaron su mirada en ella.

—Elisa Bayo ha eludido la vigilancia de mis compañeros del FBI —anunció— y se encuentra en paradero desconocido.

La mirada entre Waldo y Fiona no dejó lugar alguno a las sutilezas. Todos en la sala sabían del resultado de la reunión entre americanos y europeos y que dejaba a Trapesonian en una posición delicada. Fiona evaluaba la veracidad de las palabras de la agente del FBI o, más bien, la velocidad de transmisión de información dentro de las complejas estructuras de las agencias de inteligencia americana. En lo alto del escalafón, allí donde el trabajo de estrategia permitía mantener las mangas de la camisa abotonadas hasta la muñeca, la decisión estaba tomada y no parecía reversible, pero tal vez las órdenes no habían descendido por debajo de la zona media del organigrama, y justo en esa área, donde el trabajo exigía

remangarse, existía un hueco para la colaboración entre las fuerzas de seguridad a uno y otro lado del Atlántico.

—¿Cómo ha podido ocurrir eso? —Fiona moderaba su reacción no solo ante la americana, sino frente al propio director adjunto y el resto de ocupantes de la sala, a los que también estaba ocultando información. Se odiaba por ello, nunca le había gustado esconder sus bazas, pero cuanto más tiempo llevaba en el cargo de vicedirectora, más anchas se hacían las holguras de sus mangas.

Como efecto positivo, la cara de estupefacción de Waldo era imposible que fuese simulada. Pero, volvió a reflexionar Magee, ¿y si él también se la estaba jugando a ella? ¿Y si Trapesonian se había buscado sus aliados a este lado del océano? Si lo había hecho, Paul Waldo era el mejor candidato.

La irlandesa buscaba la frontera entre reserva y paranoia. ¿Podía salir bien la jugada o el cielo soleado que se abría ante ella no era más que el ojo del huracán justo antes de que la tormenta tropical alcanzara su costa?

—Señora, eso no es todo —interrumpió Katherine con un hilo de voz que solo fue perceptible porque continuaba en el centro de la sala. Aquella reunión de las altas esferas le había arrebatado la confianza de la que había hecho gala hasta hacía tan solo unas horas.

—Han asesinado a un líder de la izquierda sudamericana.

Mientras hablaba Trapesonian, los aparatos electrónicos de la sala se agitaban, reactivados con la misma energía que parecían haberle robado a ella.

—¿El Ejército? —preguntó Fiona, más por un mecanismo de defensa contra el silencio de la sala que por verdadera duda.

—Acaban de publicar un nuevo manifiesto —intervino Hans, responsable de delitos informáticos. Tras unos ajustes en su teléfono móvil, todos vieron su terminal proyectado en la pantalla.

De lo único que no dudaba Fiona Magee a esas alturas era de que, después de toda aquella mierda, se retiraba.

Fabrice llamó a la habitación de Igor Plogojowitz cargado con su proverbial rama de olivo en una cesta de pícnic. Nadie contestó al otro lado. Cuando sus nudillos iban a intentarlo ya por tercera vez, una posible solución al enigma de por qué Mijaíl no estaba en su habitación a esas horas se abrió paso en su mente y se dirigió hacia el gimnasio. Este era uno de los pilares en los que se sustentaba la paz social allí abajo, en el búnker.

Contaba con estrictos horarios de uso y limpieza, pero, con casi un tercio de los habitantes del subterráneo luchando contra la vacuna que les habían inyectado, el cuadrante del gimnasio tenía huecos y, aunque Mijaíl ya había hecho uso de su turno de mañana, cuando Fabrice llegó a la amplía estancia se encontró con la cabeza del serbio elevándose por encima de la barra de dominadas. Si no fuera por las manchas de humedad repartidas por su camiseta gris, nadie diría que aquello le costaba esfuerzo, ni siquiera su respiración parecía alterarse cuando llegaba al final de cada serie.

—Buen trabajo con el objetivo Lambda —saludó el francés, abriendo la cesta para que asomaran los cuellos de las dos botellas de Rakija.

Mijaíl reconoció el ofrecimiento con la mirada a la vez que dorsales, bíceps, romboides y resto de músculos elevaban su barbilla por encima de la barra. Fabrice se acercó hasta el banco de al lado, dejó la cesta y sacó una de las botellas para mostrar que no era un Rakija cualquiera. Aunque de forma leve, los ojos de Mijaíl se iluminaron. El serbio también tenía su corazoncito y aquel licor, de producción limitada según la voluntad de una anciana serbia de un pueblo próximo al que vio nacer a su padre, había hecho diana.

No necesitaban vasos, en las escasas ocasiones en las que lo habían disfrutado había sido directamente de la botella. De entre cuarenta y sesenta grados según el tino de la mencionada anciana, aquel licor de ciruela se apoderaba de tu garganta para hacerla suya. Demasiado rudo para el esnobismo del francés, que hacía una concesión a su finura en la otra sección de la cesta, de donde sacó una porción de queso pule con un poco de pan.

La visión del queso separó de forma irremediable a Mijaíl de su barra y una tímida sonrisa apareció en el rostro de Fabrice. Antes

de hacer volar por los aires el patio de butacas del Konserthuset Stockholm, el francés aprovechó su celebridad en boga para aprovisionar su búnker de todo tipo de chucherías al alcance de su exquisitez.

—Has conseguido traer al soldado cero cero siete —continuó el nobel, descorchando la primera de las botellas—. Es toda una proeza, tal y como están las cosas.

Estaban pasando momentos de mucha tensión; era lo esperable pues, al fin y al cabo, se trataba de desmontar el orden mundial establecido. Pero, por otro lado, Fabrice no dejaba de maravillarse por lo ajustado que estaba saliendo todo al plan. La desviación, hasta el momento, era despreciable. Ni en sus experimentos más concienzudos había alcanzado ese porcentaje de éxito en el primer intento.

—Recapacité tras nuestra conversación y, efectivamente, el soldado cero cero siete es un efectivo muy valioso —afirmó el serbio haciendo referencia al hombre que había acabado con la vida de aquel líder de izquierda sudamericano y que hacía unas horas había llegado al búnker para formar parte de su exclusiva colonia—. Merecía un esfuerzo extraordinario —continuó, sentado en el banco de enfrente y tomando el primer trago de la botella que parecía llevar su nombre.

—Totalmente de acuerdo, lo necesitamos para las siguientes fases —corroboró el otro, cortando finísimas porciones de queso—. Por eso celebraremos, una vez más, vuestra eficacia.

—Hablando de eficacia... —comentó el serbio, saboreando las primeras tiras de queso—. ¿Seguro que no tenemos a todo el FBI en nómina?... Han perdido a la científica.

Si no fuera porque las láminas de queso apenas eran radiografías, Fabrice se hubiera atragantado. Mijaíl soltó una carcajada antes de beber un largo trago de licor de ciruela. Después, le tendió su botella al francés. En el rostro de este se sumaban la incredulidad por la noticia que acababa de escuchar y el inesperado ofrecimiento.

—Sería un desperdicio que la abrieras para beber dos tragos —justificó Mijaíl su generosidad a la vez que señalaba la segunda

botella que aguardaba en la cesta.

A Fabrice ni se le pasó por la cabeza rechazar semejante presente y bebió un largo trago que acalló su tos y le humedeció los ojos.

—¿Qué ha pasado? —preguntó.

Mijaíl se encogió de hombros mientras recuperaba su posesión cilíndrica para beber de nuevo.

—No lo sabemos con certeza —se limpió la boca con el dorso de la mano—, el soldado cero cero cinco cree que la han perdido de verdad, pero tal vez se la han arrebatado los europeos o es una jugada de los dos.

La suspicacia impregnó toda capacidad de razonamiento de Fabrice. «¿Estaba colaborando Elisa con el FBI? ¿Con los europeos? ¿Se había escapado con sus propios medios? ¿Se la estaba jugando el serbio?». En un momento se deshizo de todas ellas. Esas reflexiones valdrían para alguien que contase con todas las cartas de la baraja y él, aunque muy valiosa, tenía solo una. Levantó la mirada para ver que su particular as de espadas vaciaba a menos de la mitad el contenido de la botella.

—En cualquier caso, no es un buen momento para ocuparnos de cero cero cinco —continuó el serbio.

—Ya —asintió el francés y tomó otro trozo de queso—, un rescate sería muy arriesgado.

—No me estaba refiriendo a eso —respondió Mijaíl, aprisionando más de la mitad de las láminas mientras con su mirada eliminaba cualquier posible duda sobre el sentido de sus palabras.

Fabrice le arrebató la botella y bebió un largo trago, que provocó un silencio a modo de réquiem por Emma Tonkin, la soldado 005. El calor del licor bajando por su esófago le trajo el recuerdo de aquel otro ardor, provocado por una atractiva chica que diez años atrás se había acercado a él tras una conferencia en la Universidad de Melbourne. Su pregunta sobre la radiación electromagnética emitida por el hidrógeno neutro era muy inocente, pero su lenguaje corporal habló de forma elocuente. En aquel momento del 2014, Fabrice estaba muy lejos de su casa y familia, así como de darle forma al concepto del Ejército Universal, pero el entusiasmo de

aquella becaria no solo en la cama, sino en su violencia contra el orden establecido, esbozó la estructura de lo que hasta entonces solo era el germen de una idea.

Tal había sido la implicación de Emma en el Ejército Universal —a pesar de no repetirse el contacto íntimo con Fabrice, probablemente no habían estado a menos de diez metros en los últimos cinco años— que se convirtió en un valioso puntal para la organización mediante operaciones de intendencia por diferentes partes del mundo gracias a su doble nacionalidad. En unos días, cuando la presión del FBI sobre ella hubiera descendido, ese valioso puntal entregaría su vida al mismo Ejército al que, sin saberlo, había insuflado vida.

—En cuanto a lo de Arthur —retomó Fabrice cuando los rizos ensortijados y las prietas formas de la australiana-americana desaparecieron de su mente—, ¿lo decías en serio?

El serbio cogió la última porción de queso sin inmutarse.

—Me refiero a si dejaremos que lo entierren los investigadores. ¿No es mejor hacer uso de cero cero siete para ese tipo de tareas?

—¿Cuánto calculas que le queda? —respondió Mijaíl con otra pregunta.

—No más de dos o tres días.

—Yo apostaría a que estará muerto en menos de cuarenta y ocho horas.

Fabrice hizo un gesto de escepticismo y el serbio volvió a esbozar media sonrisa.

—Si estoy en lo cierto y muere antes de dos días, lo entierran las ratas de laboratorio; si lo hace después, se encarga cero cero siete.

—Arthur es un tío carismático, ha establecido lazos con muchos miembros del equipo, para los que ya es duro no poder visitarlo —argumentó el francés, reticente a aceptar la apuesta—. Dejarlo morir como un perro por evitar contagios y enterrarlo de igual manera tal vez sea demasiado. Las ratas de laboratorio son científicos, no soldados de infantería.

—¿Sabes lo que es duro? —preguntó el otro tras dar un trago—. Ver cómo empalan a tu padre con su propio brazo. —Fabrice acogió la confidencia con un gesto neutro, el licor estaba haciendo su efecto—. Eso es lo que vio el mío con seis años y esas eran las historias que me contaba al borde de la cama los días que estaba tierno y su borrachera le permitía algo más que balbuceos.

Ante una confesión como esa, solo el silencio era una respuesta inteligente; este se prolongó unos cuantos segundos antes de que el serbio lo rompiera.

—¿Sabes? El olor a alcohol en la habitación es mejor somnífero que cualquier canción de cuna y, mírame, no me he muerto ni me meo en la cama.

Fabrice acalló las voces de su cabeza, que gritaban cientos de ingeniosas contras acerca de la buena salud mental del serbio, cuyas taras, por otro lado, tan bien servían a los intereses del Ejército, para reconducir la conversación al terreno profesional.

—Sí, pero manejar la parte emocional es fundamental para gestionar equipos humanos.

—Tu preocúpate de que el dinero siga fluyendo y olvídate de tantas emociones.

—No todo es dinero.

—No, claro que no, todos los que estamos aquí abajo somos gente muy involucrada con la propuesta del Ejército Universal, pero te sugiero que no pongas a prueba los cimientos de esos ideales. Mientras fluya el *cash*, nadie cuestionará sus valores.

Fabrice se mordió la lengua; su poco alcohol en sangre le permitía evaluar con objetividad la situación. El serbio no solo había admitido su error de cálculo con cero cero siete, sino que su equipo había completado una operación impecable, tanto en la ejecución del objetivo Lambda como en la compleja operación de retorno del ejecutor a la comunidad subterránea. Además, el serbio estaba lo suficientemente embriagado para hacerle confidencias, no era el momento de cargarse esa atmósfera para ser el ganador de la batalla dialéctica; prefería administrar la sensación de victoria de Mijaíl en su beneficio.

—De acuerdo, Igor —concedió, utilizando con toda intención el nombre de pila del serbio—, la solución es muy simple: con la efectividad mostrada hasta el momento, el dinero seguirá fluyendo, no veo problema en ese apartado. La siguiente fase está cerca y deberíamos tener preparado el otro búnker por si hay que ocuparlo en los próximos días, incluido el invernadero. Y... —Fabrice escrutó a su interlocutor antes de apuntillar su parlamento— aprovechemos los efectivos que no usaremos para rescatar a la soldado cero cero cinco, para ir a por Elisa Bayo.

—¿Para qué? Se les ha escapado, nos han ahorrado el trabajo.

—Mijaíl, esto es bueno, si conseguimos captarla antes que ellos...

—No sabemos dónde está ni quién la tiene.

—Vamos, Mijaíl, tienes recursos de sobra para encontrarla, y esto puede ser incluso mejor de lo que habíamos pensado. A estas alturas, tanto el FBI como la Europol la habrán colocado en el centro de la diana. Necesitan creer que está implicada a un alto nivel, sobre todo los europeos, porque la opinión pública aprieta y empiezan a estar desesperados.

—¿Y si la tienen ellos? ¿Y si es una trampa?

—¿Me quieres decir que te la van a jugar a ti? —Fabrice observó de reojo que el serbio hinchaba el pecho aceptando el reto—. Da igual si la tienen los europeos o los americanos, si se la arrebatamos, ya no habrá sombra de duda en su culpabilidad. Y, cuando se la devolvamos, tomarán la cabeza de turco de la bandeja para echársela a la prensa sin dudar.

—Muerta.

—¿Perdón?

—Nunca llegará a testificar porque les llegará muerta.

—Si la matamos, ganamos días; si les llega viva, semanas.

El serbio vació el resto de la botella y sus nervios se calmaron. Fabrice era el contacto con el dinero y lo tenía bien presente, pero sus extravagancias de faldas estaban poniendo en riesgo al resto de soldados e, incluso, la operación entera. Allá abajo tenían comida, gimnasio y pornografía abundante y para todos los

gustos: todo lo que necesitaban para mantenerse centrados en el objetivo. Su intelecto no concebía que eso pudiera resultar insuficiente para hombres o mujeres teniendo en cuenta el dinero que recibían a cambio. No podía entender, por tanto, el dispendio de recursos en traer a una de sus antiguas conquistas. Si en el resto de los asuntos estratégicos aquel hombre se mostraba implacable, ¿por qué ser tan ineficiente por una mujer? Para él, el sexo femenino se reducía a un catalizador de descarga, un accesorio en el que no merecía la pena invertir más recursos que los requeridos por la fisiología. ¿Quién le pregunta al bistec de su plato si está disfrutando o si, por el contrario, preferiría que se lo comiera otro comensal? Uno se lo come, paga la cuenta del restaurante y se va.

—Entonces, ¿estamos de acuerdo? —insistió Fabrice como un niño buscando la aprobación de su padre tras una trastada.

Mijaíl asintió de mala gana mientras se levantaba del banco. Ahora que se había acabado el queso, era consciente del sudor frío en la espalda.

En el parque del gimnasio, junto al francés, destacaban la cesta de pícnic y una botella vacía de Rakija; la llena pendía de la mano del serbio, acompañándolo hacia la ducha.

CAPÍTULO 10

DOMINGO

Claudia Piras y Roberto Serra, o lo que era lo mismo, los auxiliares de vuelo más jóvenes de la tripulación del Airbus que había aterrizado en Milán-Malpensa proveniente de Kona, Hawaii, se jugaban a suertes quién debía despertar a la pasajera del asiento 2A. Primero habían desembarcado sus compañeros de business sin que ella se hubiera inmutado; suponían que el bullicioso movimiento del resto del pasaje, con pesadas maletas de cabina, les haría el trabajo sucio, pero no fue así: aunque había cambiado de posición un par de veces, aquella mujer seguía durmiendo como un bebé. La moneda acababa de señalar a Roberto como el afortunado que debía despertarla.

—*Signiora Girado...*

La voz penetraba en los sueños de la pasajera del asiento 2A, que en ese momento estaba cabalgando a lomos de un corcel blanco mientras Artyom, a su lado, exponía el mecanismo de interacción de las fuerzas débiles. Pero no conseguía concentrarse en las explicaciones del científico ucraniano, pues estaba empeñada en dar alcance a aquella mujer que se alejaba con una agilidad admirable, atravesando los viñedos con volteretas y piruetas dignas de una gimnasta olímpica. No podía ver nada de ella, salvo una melena oscura y su estrella de *sheriff* plateada que la cegaba con su resplandor de tanto en tanto. Gracias al rápido galope de su pura sangre, estaba próxima a dar alcance a la misteriosa silueta y

descubrir por fin su rostro, pero Fabrice Flamcourt, vestido de jardinero y cargado con un tridente, se cruzó en su camino.

—*Signiora Girado*. —Cuando Elisa abrió los ojos, no era Fabrice quien hablaba, sino un joven que le sacudía el hombro con delicadeza—. *Mi scusi se la disturbo, signiora Girado...*

Le costó un par de parpadeos ubicarse en tiempo, espacio e identidad falsa; cuando lo hizo y el consciente retomó los mandos de la nave, toda la tensión, evaporada mientras dormía, se apoderó de la columna y las extremidades. Su rostro también debió de ser fiel reflejo de este cambio, pues aquel chico se retiró unos centímetros y la miraba expectante, mitad miedo a una valoración negativa de la pasajera, mitad intriga por descubrir el color de aquellos ojos pardos.

Elisa sacó una sonrisa de la chistera.

—*Buonasera. È stato un bel volo*.

Las facciones de Roberto Serra, auxiliar de vuelo, compusieron media sonrisa; no podía ser completa pues seguía intrigado, ya que ahora que la luz incidía en ellos, los ojos de aquella mujer eran verdes. Hubiera jurado que hacía un instante parecían casi negros.

Con movimientos pesados, Elisa abandonó el avión. No portaba más equipaje que su bolso de mano. Karen se lo había regalado antes de partir. Llevaba un bolsillo oculto, cosido en el forro interior, donde guardaba su auténtica documentación, mientras que la falsa, junto con el billete de tren y el dinero, ocupaba el compartimento principal. También llevaba un fular junto con las bolsitas de infusión que comercializaba su cooperativa, esas que se vendían bajo prescripción médica y que le habían hecho dormir las últimas dieciocho horas de vuelo.

Llevaba apenas una hora y media en el aire, sospechando de todo el pasaje, cuando tomó la decisión más sensata: pedir agua caliente para apagar el consciente. Se la sirvieron en una tetera de imitación de porcelana y, mientras valeriana, pasiflora, espino blanco y, sobre todo, el extracto de amapola producían la magia, las imágenes de su escapada pasaron como un telefilme de sobremesa.

Primero, la videollamada con Flavia, en la que no se dijeron nada, pero hablaron con su mirada; apenas fueron unos segundos, ensombrecidos por la tecnología, pero calentaron su cuerpo lo suficiente como para pensar que tal vez aquello saldría bien. Después, los documentos descargados del servidor; Karen entrando en su habitación con un bolso, una gorra y una peluca; la risa nerviosa de las dos cuando se probó esta última; creer ver las caras de los agentes del FBI en cada persona con la que se cruzaba; buscarlos también a lo lejos, pero no verlos ni una sola vez; y eludir por última vez a aquella chica tan bonita que la perseguía, permitiéndose el lujo de mirarla con altivez, orgullosa de no haber caído en la grotesca trampa. Más tarde, reconocer por fin a un agente del FBI, poniéndose su traje de neopreno, camuflado en otro grupo de buceo. Su fuga junto a Karen, simulando distraerse para llegar a la cala donde las esperaba la lancha; bordear la isla por el sur hasta llegar a la playa donde Artyom había aparcado el coche de alquiler; el abrazo con Karen, largo e intenso, una despedida de términos inciertos; devolver el coche de alquiler en el aeropuerto, molesta con la peluca rubia, que le picaba y parecía que iba a caerse en cualquier momento y que abandonó en los servicios del aeropuerto, junto con la gorra que no había usado ni un solo momento, pues pretendía ser discreta y provocaba el efecto contrario.

Finalmente, llegó hasta el asiento 2A agotada y estresada, pero las semillas de amapola hicieron efecto, diluyendo la verosimilitud angustiosa de ser detenida, secuestrada, violada y asesinada en un sueño embotado de muchas horas de artificial descanso.

«El miedo está creado para tomar decisiones en segundos, lucha contra su prolongación en tu cuerpo», le repetía la imagen mental de Karen mientras caminaba por el *finger* de la terminal. Pero para enfrentarse al bullicioso aeropuerto de Milán ya no le quedaban semillas de amapola en sangre y aquello estaba repleto de sospechosos y sospechosas de quererla detener, matar o secuestrar; el abanico de lúgubres posibilidades volvía a estar abierto y todavía tenía que llegar hasta la Estación Central.

Se dirigió a una librería en las proximidades de la estación para, con la wifi del establecimiento, informar a Flavia y Marek de que había llegado a la ciudad.

El siguiente tren de alta velocidad salía en veinte minutos, tiempo de sobra para disfrutar de un *espresso*; estaba apenas a ocho horas de finalizar la proeza y se lo había ganado. Muchas horas, en cualquier caso, sin su libro electrónico, abandonado junto a su maleta en Hawaii. Se lamentó, ya que en la nube estaba todo al alcance de un clic y ahora no tenía tiempo ni humor para deambular por la librería. Fue a tiro hecho y, en el último sorbo de café, encontró algo de Fred, *El hombre del revés*. Pensó que un paseo por los Alpes le sentaría bien.

En los baños de la estación se enroscó su característica trenza entorno a la cabeza y, con el pañuelo cubriéndole el pelo, salió hacia el andén transformada por tercera vez. Esperaba que aquella versión, de pelo enfundado bajo un fular, llegara hasta París.

Marek se acercó por uno de los laterales del amplio *hall* de Gare de Lyon sin apenas disimular la sonrisa que le producía lo que llevaba entre las manos. La sonrisa se tornó en incredulidad cuando su compañera declinó la oferta de compartir aquella deliciosa pizza. La habían preparado delante de Marek, a la vista se veía que era material de calidad hasta para una italiana, pero el estómago de su compañera no estaba por la labor, solo aceptó el botellín de agua.

Quedaban más de dos horas para que llegará el tren procedente de Milán y llevaban otras tantas en los alrededores de la estación, estudiando el flujo de pasajeros en busca de indicios de que alguno pudiera no serlo. De esta forma habían repasado las idas y venidas de más de un millar de personas, prestando especial atención a aquellos que parecían remolonear más de la cuenta frente a los tableros, las cafeterías o en las sillas. Después los seguían con la mirada para asegurarse de que se marchaban en un tren, un taxi o caminando. Con tanto esfuerzo de concentración, a Marek le había entrado hambre.

El móvil de Flavia sonó en su bolsillo. Antes de contestar, el identificador le informó de que era la llamada que esperaba.

—Recuérdame por qué no estáis aquí ya —dijo Berg a modo de saludo—. Hoy lo ha preguntado tres veces Waldo y solo hemos podido encogernos de hombros.

—Continuamos investigando los envíos más sospechosos de Aralabon Supplies.

—¡Y una mierda! Para eso no necesitáis estar ahí... Ayer acotamos juntos esa lista a treinta y cinco destinos, ¿recuerdas?

—También estamos localizando a los científicos que pudieran estar relacionados con el Ejército Universal.

—Eso ya me lo pasasteis ayer y lo acabo de presentar en la reunión. Se ha decidido visitar los últimos domicilios de los treinta primeros.

—También seguimos en la casa de París, creemos que Elisa Bayo podría volver aquí.

Se hizo un corto silencio de reflexión, o tal vez no fuera eso y Berg solo se daba tiempo para soltar lo que estaba rumiando.

—Ahora sí que me estás asustando. Lo de los laboratorios podía medio colar, pero eso de la casa suena un poco más desesperado. ¿Qué es lo que no me estás contando?

—Sabemos que Emma Tonkin mentía —contestó Flavia de forma apresurada—. Nadie la ha visto por aquí...

—¿Tú y Kraszewski estáis liados?

Aunque Berg no lo vio, Flavia exhaló aliviada el aire retenido en sus pulmones. Marek tampoco se percató, un gran trozo de pizza napolitana atraía su atención.

—Sí, por supuesto, no se te escapa una, fin de semana romántico en París. ¡Ven, cariño! —exclamó dirigiéndose al polaco—. Aquí cerquita, así escuchamos lo que nos cuenta Berg —añadió, ofreciéndole uno de los auriculares conectados a su móvil y provocando que un trozo de pepperoni se quedará dudando entre el aparato digestivo y el respiratorio de Marek. Este lo ayudó a decidirse por el esófago encorvando su espalda y bebiendo un trago de agua. Se acercó hasta la mejilla de su compañera para colocarse el auricular que esta le ofrecía.

Para entonces, Berg y Flavia conjeturaban sobre Emma Tonkin.

—Sí, está claro que mentía en lo de que estuvo en París con Elisa Bayo —admitió Berg.

—¿Por qué mentiría? ¿A quién le interesa?

—Ahora la tiene el FBI, lo que no le saquen esos...

—¿Eso implica que también se inventaron lo de la reunión del equipo de investigación en la casa de Gif? Pero ¿para qué?... Habría que apretar un poco más a Pier Moos y saber si existió o no esa reunión.

—Mmm... Me temo que no. Esta madrugada ha muerto su compañero Robert Kimberly, no es el momento de apretar.

—Dios —se lamentó Flavia.

—Sí, su estado había empeorado en los últimos días.

—Pero Moos evoluciona favorablemente, él es el único del equipo del 2011 a nuestro alcance.

—Ahora no, Flavia; tal vez en unos días. Además, ha colaborado con lo de Aralabon.

—Ah, ¿sí?

—Ha dejado nuestra lista de treinta y cinco destinos sospechosos en dieciséis.

—¿Y si miente también?

—Puede ser —concedió Berg—. Trapesonian y yo investigaremos los dieciséis que ha marcado Moos y vosotros, los diecinueve que deja fuera.

—De acuerdo. Oye, ¿qué más se ha hablado en la reunión? ¿Nos puedes hacer un resumen de lo más interesante y así Kraszewski y yo podemos seguir disfrutando de nuestra luna de miel?

—¿Qué? —intervino Marek por primera vez.

—Cariño —contestó Flavia con empalagosa dulzura—, se acabó fingir, el sueco nos ha pillado: sabe lo nuestro y que todo son pretextos para alargar nuestro fin de semana romántico en París a costa de los contribuyentes.

Marek simuló una sonrisa, pero no añadió comentario alguno. No entendía a qué venía tanta broma; joder, que ellos dos se liaran

tampoco era tan descabellado.

—En fin, al grano, algunos tenemos trabajo —protestó Berg, también molesto por la reacción de Flavia—. Podéis consultar la minuta de la reunión de hoy en SIENA. Aun así, os adelanto que de la entrevista a Traudel Meinl no hemos sacado nada sustancioso; del asesinato del líder sudamericano no tenemos una mierda; por el contrario, Einar Hvidt ha confesado ser el autor intelectual del asesinato de Estonia, pero parece que solo quiere pescar publicidad por el morro.

—¿Quién?

—El nazi danés que reside en Austria y cuya cuenta corriente está relacionada con los pagos a Lazar Danchev.

—Ajá —asintió Flavia para animarle a que continuara.

—Vamos a presentar cargos contra él, no nos queda otra, pero Fiona no lo va a anunciar a la prensa, no le daremos publicidad a ese gilipollas.

—¿Está descartado que fuera realmente él? —preguntó Kraszewski.

—Totalmente, no hay nada que rascar; seguramente se filtrará lo de los pagos y saldrá a la luz pública que hemos presentado cargos. Cuando pregunten por qué no lo hemos anunciado, será el momento de sacar pecho y afirmar que somos una policía moderna para la que los derechos individuales de los ciudadanos están por encima de todo. Que por mucha presión que soportemos, la presunción de inocencia no nos la pasamos por el forro y bla, bla, bla... Con todo eso mantenemos nuestra integridad mientras ganamos tiempo para averiguar de qué podemos acusar realmente a ese papanatas.

—¿Y si eso es precisamente lo que quieren que pensemos? Que es un mindundi y que no puede ser el autor intelectual.

—Flavia, sinceramente, no sé en qué rocambolesca teoría, digna de un demente, alguien sale beneficiado de que lo metamos en la cárcel por asesinato.

—Sí, tampoco se me ocurre en qué puede beneficiar a alguien, salvo para ganar tiempo.

—¿Para quién? Es el Ejército quién está detrás de ese asesinato; el rastreo de cuentas, después de Hvidt, es lo suficientemente complejo y sofisticado para saber que son ellos.

—Resumiendo: Einar es un gilipollas y el Ejército Universal está detrás del asesinato del líder de la secta —apuntilló Marek, que trataba de distraerse de la proximidad de Flavia.

—Bien por el polaco y su navaja de Ockham —respondió el sueco.

—Pero ¿por qué el líder de la secta era objetivo del Ejército Universal? No es alguien importante... —reflexionó Flavia.

—Bueno, además de drogarlas, se estaba cepillando a un montón de menores —contestó Berg—. Maldad en estado puro. Cuando alguien se carga a un tío así es mucho más fácil hacer amigos en las redes sociales.

—Sí, estoy de acuerdo en que es una estrategia populista a bajo coste, pero aun así...

—Estaban a punto de detenerle cuando se lo cargaron —intervino Marek—. ¿Y si era un peligro para el Ejército? ¿Y si hubiera tenido contacto con alguno de ellos?

—Sí, eso tiene buena pinta, pero necesitamos más recursos para trazar las cuentas. Con lo que tenemos parece que nos acercamos a algo; una empresa a través de otra empresa, que contacta con una tercera a través de una cuarta, hasta llegar, en otros cinco o seis grados, a una posible asociación con Igor Plogojowitz.

—¡Bingo! —exclamó Flavia.

—Nada con lo que entusiasmarse. Esa asociación es mucho más remota de lo que me une a mí con Kim Jong-un.

—Sí, se te ven las trazas —apuntilló Flavia.

—En menos de cinco grados te relaciono a ti con un mono de Gibraltar.

—Yo no le doy ni tres —intervino Marek, arrepintiéndose al instante, pues el codazo que le dio la italiana olía a mandarina y miel. Para contrarrestar el cosquilleo que le produjo, mordió la pizza.

—Estamos muy lejos, nos llevará mucho tiempo —concluyó Berg—, pero es lo único que tenemos.

—¿Y cómo está el asunto con Trapesonian? —preguntó Marek todavía masticando.

—Esa es una situación comprometida de la que ahora no vamos a hablar.

—Entiendo —concedió Flavia.

Suponía que la aludida estaba en las proximidades de Berg y que este no se podía explayar. No sabía si había una posición oficial al respecto o el sueco se había posicionado en la suya propia, ya que, al fin y al cabo, trabajaba en su equipo. Tal vez la figura de la agente del FBI sobrevivía en el limbo, olvidada por unos y otros, pero algo le decía que eso no era lo más probable. Lo más seguro era que la americana se hubiera convertido en centro de una lucha de burócratas y, aunque Katherine no fuera santo de su devoción, no puede ser plato de gusto notar los dientes de las dos agencias tirando de tus miembros.

—De acuerdo, adiós —zanjó Marek antes de quitarse el auricular.

El aroma a mandarina que emanaba de la italiana le estaba volviendo loco. «Joder, después de la jornada que llevamos, ¿no puede oler a sudor como todo el mundo? ¿Y el aliento? No la he visto comer nada en todo el día. ¿Cuánto tiempo en ayuno necesita para que le huela a rayos? ¿No es humana o qué?», pensó.

Flavia colgó mientras miraba sorprendida a su compañero alejarse con el ceño fruncido, dando bocados urgentes a su pizza, tal vez en busca del punto más alejado del *hall* de Gare de Lyon.

Elisa inspiraba visualizando un aire limpio y puro entrando por sus fosas nasales; después de unos segundos aguantándolo, un aire sucio de miedo abandonaba su cuerpo. Al principio del viaje había intentado leer, pero no podía concentrarse durante mucho tiempo, sus sentidos estaban alerta ante cualquier movimiento o sonido en su vagón o en los contiguos. Hacía unas horas que había abandonado el libro para practicar sus respiraciones en el asiento, tratando de convencer a su instinto de que su vida no corría peligro.

Engañar a la biología desde la mente era una tarea solo para grandes *jedis* de la meditación. Como ella no lo era, se conformaba con disminuir los estragos que la tensión y el miedo prolongado provocaban en su cuerpo. Cerraba los ojos en un intento no solo por concentrarse, sino para que los demás pasajeros pensaran que dormía.

—*Veillez m'excusez.*

Elisa abrió los ojos para descubrir que la persona que le hablaba en un francés tan educado era una anciana de aspecto angelical. Dedujo que de alguna forma había conseguido engañar a su cuerpo, porque no se había alertado cuando se acercaba. Tampoco creía haberla visto en su vagón en todo el viaje; tal vez se hubiera subido en alguna de las paradas o viniera de camino del vagón cafetería. En cualquier caso, sus pasos debían de haber sido más sigilosos que el silencioso tren.

—Disculpe si la he despertado, pero se le ha caído —dijo, señalando el libro.

—No, no se preocupe, y gracias —respondió Elisa sin poder evitar una sonrisa; aquella mujer infundía paz.

—Me encanta —continuó la mujer, señalando el libro que ahora reposaba sobre la mesita de Elisa, tal vez curiosa por lo que en su mente podía resultar una paradoja, el pañuelo que llevaba en la cabeza Elisa y Fred Vargas—. Me los he leído todos, me fascinan sus personajes secundarios. ¿Cómo es eso que dice Suzanne en este?... «La patria nos la suda, Sol. Uno nace donde nace. Pero intenta no renegar de tus viejos, eso es algo que te hunde en la mierda».

—Tremendo —asintió entusiasmada Elisa—. Si existiera Dios, tal vez alcanzara a verle las suelas a Fred Vargas.

Si aquella mujer creía haber encontrado la caja que se ajustaba a Elisa, ahora mismo se había destartado por los cuatro costados, pero no pareció acusarlo; o tal vez aquella mujer, pese a su edad y clase social, no había construido absurdos estereotipos basados en los pañuelos en la cabeza y su relación con la religión.

—Necesitaría un buen telescopio enfocado hacia arriba —añadió con un guiño, haciendo que una sonrisa genuina naciera de

los más profundo de Elisa, desde aquella parte del alma que celebra con alegría haber topado con una mente despierta—. Me voy a mi asiento, estamos llegando —se despidió la mujer.

En un impulso, las manos de Elisa se fueron directas a enlazarse con las de la anciana; había conseguido engañar a su cuerpo unas horas para que se relajara, pero ahora mismo se rebelaba para contactar con la energía existencial que parecía emanar a raudales de aquel ser. Tras el contacto, la mujer elegante se desvaneció con la agilidad propia de un cuerpo ejercitado durante toda la vida.

Con la sonrisa en su cara, olvidándose por un momento de su situación, Elisa decidió hojear el pasaje que había mencionado la anciana, y allí estaba. Increíble, la mujer lo había recitado de manera textual:

Y como Soliman estaba a punto de echarse a llorar, ella trató de explicarse con más ternura, con su gruesa mano en el hombro delicado del muchacho.

—La patria nos la suda, Sol. Uno nace donde nace. Pero intenta no renegar de tus viejos, eso es algo que te hunde en la mierda. Renegar es lo que no está bien. Renegar, denegar, escupir, eso es para los amargados, los duros, los que se creen que se han hecho solos y que nadie antes lo había logrado. Los gilipollas, vamos...

Suzanne seguía su discurso en la siguiente página, pero Elisa no pudo leer más, ya que su atención se desvió al *post-it* pegado en ella. El mensaje manuscrito rezaba: «*Te hemos dejado un móvil bajo el asiento*».

Elisa palpó de forma inconsciente el lugar indicado hasta notar la reconocible forma rectangular. Ganó la serenidad suficiente como para no hacer muy llamativo su asombro. Con su cerebro procesando información, introdujo el móvil en el bolso y se levantó para ir detrás de la anciana, pero ni en su vagón ni en el siguiente había rastro de ella, se había evaporado. Tampoco pudo avanzar

más, pues el tren perdía velocidad y algunos de los pasajeros se ponían en pie, nerviosos por coger sus pertenencias y ponerse los primeros en las filas que empezaban a formarse junto a las puertas.

Volvió a su asiento para inspeccionar el contenido del teléfono: el historial de llamadas estaba vacío, ningún mensaje, ningún contacto guardado, estaba limpio. Aprovechando el ajetreo del fin de trayecto, lo guardó en el bolsillo. Admitió que Flavia y Marek habían elegido una forma elegante para contactar con ella.

En algún lugar de la meseta central rusa, Fabrice manoseaba el teléfono mientras sus sienes palpitaban *allegro ma non troppo*.

—Está bajando del tren —le informó Mijaíl a su lado—. Entre cinco y diez minutos para contacto visual con la pareja de policías.

—¡Ya voy! —exclamó el otro con un gesto inequívoco de la mano, tras el cual el serbio abandonó la habitación.

«*Just be careful what you wish for...*». Emergiendo desde un pasado lejano, Sharleen Spiteri le recordaba cantando que aquello que le había estado persiguiendo en sueños y vigilia no era más que la sombra idealizada de una trenza.

Tomó aire y pulsó el botón verde.

—¿Sí? —contestó una voz al otro lado.

—Hola, Muluc, ¡cuánto tiempo!

Con el vello del cuerpo erizado, Elisa Bayo se quedó paralizada en el andén; por si le quedaba alguna duda de que el hombre que le hablaba no era el gigante rubio, Fabrice había rescatado aquel mote absurdo que él mismo le puso años atrás. Una mancha de decoloración que Elisa tenía en la espalda, de remoto parecido con el glifo maya, y por la que, tras sus primeros y más apasionados encuentros, el francés —por aquel entonces joven, romántico, idealista y, por qué no decirlo, algo pedante— había decidido bautizarla.

Pero este apodo, relacionado con la imperfección de su espalda, también le traía el recuerdo de su madre y de su muerte cuando Elisa era una niña. Muchos años después, en su etapa

adulta, ella fue capaz de interiorizar que el origen natural de aquella mancha, que había aparecido de forma espontánea en su piel, era la cicatriz del trauma. Justo de ese pensamiento materno extrajo la fuerza necesaria para contrarrestar el miedo que le agarrotaba la garganta.

—¿Qué pasa? ¿Qué quieres? —contestó mientras reanudaba el paso.

Desde luego, no era la respuesta que Fabrice esperaba, pero ya se lo había advertido la vocalista de Texas: aquello necesitaría su tiempo. No solo para adaptar la imagen idealizada que le perseguía en sueños a la versión actual de Elisa, sino también para que aquella escurridiza mujer acabara por comprender la magnitud de sus proezas. Por muy libre pensadora que se creyera, Elisa estaba tan llena de prejuicios como cualquier otro, y hasta que no rascara esas capas no sería capaz de apreciar que Fabrice estaba dando un empujoncito a la madre naturaleza en su proceso de curación. Construía un mundo mejor, pero también le estaba dando una oportunidad a la raza humana antes de su extinción. Solo cuando comprendiera la verdadera dimensión de su proeza, estaría preparada para marchar hacia la muerte. Hasta entonces, todavía le quedaba un camino por recorrer y a él, el trabajo de guía.

—Ayudarte —contestó solemne—, te ofrezco una oportunidad para escapar.

—¿Escapar de qué?

—La estación está infestada de pasma y algo de prensa; han montado un circo mediático para que todo el mundo vea lo eficiente que es la policía europea y, en contraste, hundir en la miseria al FBI, del que te han ayudado a escapar.

Con el pulso a mil, Elisa trataba de digerir la información en silencio mientras escrutaba la gente a su alrededor.

—En ese circo, tú eres la pantera que van a enjaular —añadió el francés, adornándose.

Elisa puso los ojos en blanco; con todo lo terrorista internacional que era, nobel y demás, no había perdido ni un gramo de su pedantería. Ahí estaba, tal y como la recordaba.

—No entiendo qué quieres que haga con esa información — respondió a la vez que subía las escaleras mecánicas.

Nadie parecía prestarle atención, pero hacía unos instantes una anciana adorable y terrorista se la había colado a base de bien. Esto le sirvió a Elisa para asumir que su criterio era tan válido como el de un niño frente a un señor con gabardina repartiendo chucherías en la puerta de un colegio.

—Seguir mis indicaciones y escapar de ahí.

Ella buscó con la mirada el final de la escalera mecánica, ningún rostro conocido se asomaba.

—El hombre de la americana marrón tres peldaños por encima de ti y la chica que acaba de subir, con el abrigo gris, tres peldaños más abajo, son agentes de la Europol. A un gesto de cualquiera de tus dos amigos que te esperan arriba, el alto rubio y la morena, te reventarán a hostias.

Elisa tragó saliva.

—Entonces, aunque quisiera hacer lo que me pides, es imposible.

—Vamos, cariño, ¿no has visto de lo que soy capaz?

Los escalofríos volvieron a recorrer la espina dorsal de Elisa. Que el terrorista internacional más buscado del momento, con toda la faena que debe llevar eso, se preocupe por venirte a buscar a la salida del tren ya era alarmante, pero que te llame cariño cuando apenas has cruzado palabra en los últimos quince años sonaba a peligro de muerte.

—¿Qué tengo que hacer? —claudicó Elisa en un intento por ganar tiempo.

—Solo escucharme: no te separes del teléfono y sigue mis instrucciones al pie de la letra. Lo tenemos todo controlado.

Elisa llegaba al final de la escalera, empezaba a ganar perspectiva sobre el vestíbulo y allí lo vio: Marek la esperaba en su camino hacia la derecha y en sentido contrario descubrió a Flavia. El hombre de la americana marrón se perdía hacia la salida de la derecha y Elisa optó por la opuesta.

—Suponiendo que consigamos escapar, ¿voy a vivir escondida toda la vida?

—No seas tan exquisita, no estás en posición de elegir —contestó Fabrice al límite de su paciencia—. Te quedan unos segundos para salvarte; una vez que estés en sus manos, con todo el circo que han montado, olvídate de que alguien asuma el error. Te han conseguido arrancar de las manos del FBI y eres culpable. Te estoy ofreciendo tiempo hasta que encuentren otro chivo expiatorio.

—Irme contigo no va a parecer muy inocente.

—Vamos, nos lo estás poniendo cada vez más difícil —insistió Fabrice casi gritando.

—A lo mejor prefiero la policía —contestó Elisa mientras hacía el primer contacto visual con Flavia y le indicaba con un gesto el lugar de encuentro.

—En ese caso, tú lo has querido: mira la pantalla del teléfono ¡ya!

Elisa apartó la mirada de la italiana para comprobar qué era eso tan importante que Fabrice le quería mostrar. No estaba preparada para lo que vio, nada te puede preparar para algo así; el color abandonó su rostro, se olvidó de Flavia, Marek y el supuesto circo mediático..., casi se olvidó de andar.

—Encontré a tu amiga Virginia —continuó él ahora más calmado—. Se estaba portando muy mal, toda esa integridad de la que presumía en la universidad se la ha vendido a una de las mayores corporaciones farmacéuticas. Pero todavía os podéis salvar: solo tienes que subir al patinete que sujeta el chico con la gorra verde.

«Elisa, por favor, ven». La voz de su amiga Virginia le hablaba desde un vídeo en el teléfono, atada a una silla y con la cara ensangrentada. Pero Elisa ya no la veía, había levantado la cabeza para comprobar que el chico de la gorra la esperaba a casi la misma distancia que Flavia, que se acercaba por el otro flanco con una sonrisa contagiosa.

Elisa hizo a la italiana un gesto de negación apenas imperceptible, justo antes de echar a correr y abrazar al chico del patinete.

Con la precisión de un neurocirujano, el conductor zigzagueó entre los viajeros que atestaban la sala sin apenas rozarlos. Ambos

desaparecieron al instante, ganándose, a lo sumo, algunas cejas levantadas y la boca abierta de Flavia, que quedó de esta forma inanimada.

La agente no era capaz de coordinar los hemisferios del cerebro. Hacía un instante apenas podía contener las ganas de correr a abrazar a Elisa, y ahora, unos segundos de parálisis después, del hemisferio lógico de su cerebro emergía una conclusión inevitable: acababa de ayudar a escapar a una de las terroristas más buscadas del mundo. Era el fin de su carrera.

Atraída por el agujero negro, acababa de traspasar su horizonte de sucesos. El universo conocido se despedazaba a su paso.

FIN

ESTO NO HA HECHO MÁS QUE EMPEZAR...

La historia continúa en el libro II de la Trilogía

A Mar Cajal no la encontrarás en las redes sociales, prefiere invertir ese tiempo en escribir. Para unirme a su lista de lectores y enterarte antes que nadie de la continuación de este thriller, envía un correo electrónico a:

marcajal88@outlook.es

con el asunto: **Quiero el libro 2**

ACERCA DEL AUTOR

Mar Cajal

Tras el pseudónimo de Mar Cajal se encuentra una apasionada de las buenas historias, el deporte y unas cervezas con los suyos.

Compagina su día a día con la creación de thrillers y novelas de intriga, buscando siempre un punto diferente.

Al contrario de lo que dictan las guías actuales, Mar prefiere pasar el tiempo escribiendo nuevas novelas antes que enganchada a las redes sociales. Por eso, el canal más directo, humano y eficaz para conectar con ella es el correo electrónico. Le hace una ilusión tremenda recibir críticas, comentarios o simplemente un saludo de sus lectores mientras trabaja en sus próximos proyectos. Puedes escribirle directamente a: marcajal88@outlook.es.

OTRAS OBRAS DE MAR CAJAL

EL BALCÓN DEL FORASTERO

Esta es la historia de cuando Leyre no estaba a gusto con su vida. Cuando quiso darse cuenta —abortando en el rellano de la escalera, en medio de una bronca monumental— ya no le quedaban fuerzas para enfrentarse a tanta realidad. Así que decide escapar, buscar una vida en la que transitar de puntillas. Con mentiras, deja su trabajo, a su marido y a su familia para trasladarse a un pueblecito perdido, en busca del anonimato necesario para una existencia sin emociones. Pero ese pueblo esconde no solo una trama criminal, sino también a personas capaces de hacerla dudar. Una de ellas es Irene, que, con su arrolladora personalidad, pone patas arriba no solo la sexualidad de Leyre, sino todo su plan. Sin ser consciente de ello, Leyre se va enredando en las vidas de quienes la rodean. Las mentiras de unas y otros van poniendo en riesgo sus vidas. En tan solo unos meses, con su integridad física pendiendo de un hilo, Leyre vuelve a enfrentarse a la decisión de apostar por la vida, en toda su intensidad, o volver a escapar.

PIRÁMIDES EN MARTE: SEGUNDA PARTE DEL BALCÓN DEL FORASTERO

Pirámides en Marte es la continuación de El balcón del forastero. En apenas un año, Leyre ha derribado todos los hitos del itinerario que tenía marcado. En lugar de un matrimonio de los de toda la vida, ahora mantiene una relación ambigua con Irene; en vez de su

trabajo en una consultora, hace pan para varias decenas de clientes; y su lujoso dúplex ha dado paso a un caserón helador y desconchado. Por si no fuera suficiente, se ha visto enredada en una trama delictiva que ha estado a punto de costarle la vida. Nada queda ya de su acomodado pasado, salvo unos padres de quienes espera que opten por ignorarla y, resistiendo siempre el tirón, Natalia e Iñaki, los pilares emocionales sobre los que asienta su nueva identidad. Irene, por su parte, trata de recomponerse tras el paso por su vida del tornado Leyre, pero el destino que le anuncia su capitán vuelve a unirla al supuestamente apacible mundo rural. Mientras tanto, Adila también intenta rehacer su vida en Marrakech, pero un asesinato sigue sin resolverse y, como nunca supo nadar sin mojar la ropa, revelar aquello que la absuelve también la convierte en la principal sospechosa.
